

## **1968, un año revolucionario**

**Pablo Rieznik, Pablo Rabey, Lucas Poy,  
Daniel Duarte y Diego Bruno**



## **1968, un año revolucionario**

Pablo Rieznik, Pablo Rabey, Lucas Poy,  
Daniel Duarte y Diego Bruno

**Cátedra Historia de los Sistemas Económicos, carrera de Historia**



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

**Decano**

Hugo Trinchero

**Vicedecana**

Ana María Zubieta

**Secretaría**

**Académica**

Leonor Acuña

**Secretaría de Supervisión**

**Administrativa**

Marcela Lamelza

**Secretaría de Extensión**

**Universitaria y Bienestar**

**Estudiantil**

Silvana Campanini

**Secretario General**

Jorge Gugliotta

**Secretario**

**de Investigación**

**y Posgrado**

Claudio Guevara

**Subsecretaría**

**de Bibliotecas**

María Rosa Mostaccio

**Subsecretario**

**de Publicaciones**

Rubén Mario Calmels

**Prosecretario**

**de Publicaciones**

Jorge Winter

**Coordinadora**

**Editorial**

Julia Zullo

**Consejo Editor**

Amanda Toubes

Lidia Nacuzzi

Susana Cella

Myriam Feldfeber

Silvia Delfino

Diego Villarroel

Germán Delgado

Sergio Castelo

**Dirección**

**de Imprenta**

Rosa Gómez

---

**Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras**

**Colección Libros de Cátedra**

Edición: Liliana Cometta-Juan Carlos Ciccolella

Diseño de tapa e interior: Pica y punto. Magali Canale-Fernando Lendoiro

Versión digital: María Clara Diez, Paula D'Amico



1968, un año revolucionario / Pablo Rieznik ... [et. al.]. - 1a ed. - Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires, 2010.

178 p.; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-1450-78-7

1. Historia Política de Francia. I. Rieznik, Pablo

CDD 320.944

ISBN 978-987-1450-78-7

© Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2010

Subsecretaría de Publicaciones

Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Tel.: 4432-0606, int. 167 - editor@filo.uba.ar



El documento se navega a través de los marcadores.

## Prólogo

### *Días que también conmovieron al mundo*

En 2007, durante la campaña electoral para la presidencia de Francia, el entonces candidato derechista Nicolás Sarkozy se encargó de recordar el famoso mes de mayo de 1968, dándole el carácter de un evento epocal. “Se trata de saber”, dijo, “si la herencia de mayo del ‘68 debe ser perpetuada o si debe ser liquidada de una vez por todas (...) Yo quiero pasar la página de mayo del ‘68”. No está mal como caracterización, ya que pocos meses antes de que se cumpliera el cuadragésimo aniversario de aquella rebelión, nuevamente los jóvenes de los suburbios parisinos, marcando una continuidad, se levantaban con violencia contra un régimen de gobierno que los excluye y hambrea.

De todos modos, 1968 fue más que el Mayo Francés: el año arrancó con lo que se conoce como la Ofensiva del Têt, que arrinconó en Vietnam a las tropas invasoras yanquis, asestándoles un golpe decisivo a pesar de su enorme costo en vidas y del fracaso de sus objetivos inmediatos. El impacto fue enorme en el mundo entero pero, particularmente, en Estados Unidos, donde el movimiento contra la guerra crecía

sin cesar. En abril, una masacre contra mujeres y niños en la aldea de My Lai provocó una conmoción planetaria. Aquella famosa foto de niños desesperados corriendo desnudos con el telón de fondo de una ruta bombardeada se transformó en símbolo de la brutalidad imperialista. El “Tío Sam” fue colocado a la defensiva: el presidente Lyndon Johnson tuvo que renunciar a su segundo mandato. El régimen político yanqui se sacudió ese mismo año con dos “magnicidios”: el de Martin Luther King, en abril, y el de Robert Kennedy, a principios de junio.

En agosto, el centro de los acontecimientos se desplazó de nuevo y violentamente hacia Europa, esta vez al Este. Cinco mil tanques rusos y doscientos mil soldados invadían Checoslovaquia para aplastar la llamada “Primavera de Praga”, un hito clave en las rebeliones que desde hacía más de una década sacudían el territorio dominado por el stalinismo y sus gobiernos títere en Europa oriental. El proletariado y la juventud de los Estados no capitalistas ocupaban así también un primer plano en la lucha contra el dominio de los usurpadores que decían gobernar en su nombre. En octubre, cuando el año de las grandes conmociones se acercaba a su fin, la policía y el ejército mexicano reprimieron a sangre y fuego una concentración estudiantil, asesinando a decenas de compañeros en lo que se conoce como la Masacre de Tlatelolco.

Vietnam, el Mayo Francés, Praga y Tlatelolco son los hitos más destacados pero no los únicos de ese 1968 que también “conmovió al mundo”. En las fronteras argentinas el proletariado uruguayo se levantaba contra el gobierno creando una situación revolucionaria. En Bolivia, se desarrollaba la guerrilla de *Inti* Peredo contra la agónica dictadura del general Barrientos. En Brasil, el estudiantado se levantaba contra su propia dictadura ocupando las calles de San Pablo; en la Argentina, debutaban las huelgas que culminarían en el Cordobazo; en El Salvador una huelga general de maestros

hacía temblar el país. En Italia, en España, en Inglaterra, en Alemania, en Polonia, en Japón... la revuelta de los estudiantes, las huelgas y la radicalización política trazaban su propio camino. En China, se llegaba al punto más alto de la “Revolución Cultural”. Como se ve, 1968 no fue un *happening* contra la “sociedad de consumo”.

Las huelgas, las calles y las plazas, los obreros, los estudiantes y la juventud, la guerra de los pueblos oprimidos y las manifestaciones populares en los territorios más distantes se reconocen en el escenario común de una quiebra de los equilibrios políticos y económicos armados al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Por primera vez aparecían en primer plano las masas explotadas en una revuelta “global”. Sacudieron los pilares del orden trazado a mediados de los años cuarenta por los acuerdos del imperialismo con los burócratas del Kremlin en las conferencias de Yalta y Potsdam.

París y Praga no solo socavaron la “coexistencia pacífica” de los burócratas y explotadores sino que también liquidaron de un plumazo la concepción prevaleciente entonces sobre el irremediable “aburguesamiento” del proletariado. En 1968, la especie de una quiebra definitiva en las posibilidades históricas de la clase obrera mundial sufrió un revés que modificaría la línea de acción del imperialismo mundial en las décadas subsiguientes. El ciclo de revoluciones que se inició en 1968 recién se cerraría con las derrotas de la revolución portuguesa en 1975, y de la sandinista y la de Polonia, a principios de la década del ‘80.

El ‘68 vino a demostrar el carácter mundial de la lucha de clases que no es sino un reflejo de la naturaleza del modo de producción capitalista. Fue preparado por todas las circunstancias y contradicciones del orden mundial armado en la posguerra. Fue en 1968, precisamente, cuando se evidenció la quiebra de la arquitectura económica internacional capitalista. Las erogaciones de la guerra de Vietnam, los gastos en la reconstrucción europea y los recursos que requería el

despliegue sin fronteras de las tropas yanquis, habían diezmado las reservas de oro norteamericanas, sobre las cuales debía reposar el andamiaje del comercio y el tráfico financiero mundial. Se hacía presente la perspectiva de una devaluación y del dislocamiento de los intercambios económicos internacionales. El gobierno norteamericano tuvo que apelar ese año a medidas parciales de inconvertibilidad de su moneda, las que se transformarían en definitivas algunos años después. La declinación evidente hacia el fin de los años sesenta remató en la década siguiente con la primera crisis económica general de la posguerra.

El libro que presentamos a los lectores está basado en un conjunto de artículos que, a lo largo del año 2008, fueron publicados semanalmente en las páginas de *Prensa Obrera* con el objetivo de recordar el cuadragésimo aniversario de ese año revolucionario pero, sobre todo, de plantear la vigencia histórica de esos acontecimientos decisivos y poner de manifiesto las enseñanzas que provee para los luchadores del nuevo siglo. En la primera parte, el lector encontrará una serie de artículos que presentan una caracterización general del año 1968, así como un análisis de la crisis capitalista internacional que –suele olvidarse– fue el telón de fondo fundamental de ese agitado período histórico. En la segunda parte, la mirada se desplaza a París, donde obreros y estudiantes hicieron temblar al régimen gaullista en jornadas que fueron mucho más que un simple “hartazgo” de jóvenes aburguesados cansados de la sociedad de consumo. La tercera parte dirige la mirada a Praga, donde la “primavera” de jóvenes y obreros puso contra las cuerdas a la burocracia stalinista y mostró que la movilización popular del ‘68 no conocía fronteras ni “cortinas de hierro”. Un anexo aborda el fundamental proceso de luchas políticas y sociales en los Estados Unidos de la década de 1960 en estrecha relación con la crisis abierta a partir de la resistencia de las fuerzas vietnamitas en la llamada Ofensiva del Têt.



## **Primera parte**

---



## **CAPÍTULO 1**

### **El lugar histórico del '68**

El de 1968 fue el segundo estallido revolucionario francés del siglo XX. En 1936, el proletariado también había paralizado toda Francia con una formidable huelga general, que fue desactivada entonces a partir de importantes concesiones –vacaciones pagas, semana de trabajo de cuarenta horas, reconocimiento de la organización sindical en las fábricas– pero, por sobre todas las cosas, gracias a la colaboración contrarrevolucionaria del stalinismo para sostener a un gobierno “socialista” –bajo la jefatura de León Blum– que asumió la tarea, no de dismantelar al estado capitalista, sino de sostenerlo. Estos “socialistas” apoyaron algún tiempo después la emergencia de un gobierno de “salvación nacional” de colaboración... con el nazismo.

El impacto de la insurrección obrera de los años ‘30 sobre la burguesía fue tan enorme, que poco tiempo después prefirió la invasión alemana a sostener una lucha de la nación armada contra el enemigo extranjero. El socialismo francés quedó prácticamente disuelto luego de tanto empeño contrarrevolucionario. No así el proletariado. En 1968, su tradición insurgente resurgió del cementerio al cual había sido

arrojada por la “historia oficial” de la izquierda y de la intelectualidad, encargada de presentar la supuesta integración del proletariado al capital como un hecho irreversible. El “ensayo general” de 1936 encarnó en la huelga general de 1968 por la mediación de una joven generación obrera y con la novedad de un movimiento estudiantil de masas, como no había existido hasta entonces.

Para acabar con la insurgencia de finales de los sesenta la burguesía tuvo que otorgar nuevamente concesiones significativas y apelar al colaboracionismo del Partido Comunista. El régimen del entonces presidente Charles de Gaulle, sin embargo, quedó herido de muerte. La burguesía tuvo que ejecutar a su modo la tarea que quedó inconclusa con el levantamiento de la huelga. “¡Diez años ya basta!” era la consigna de las grandes manifestaciones de mayo. Y aunque el proletariado fue echado atrás en junio de 1968, y la situación “normalizada”, un año después el Bonaparte encaramado en el poder desde una década atrás tuvo que irse sin pena ni gloria, derrotado en un plebiscito sobre su permanencia en el poder.

La insurgencia obrera puso fin de esta manera al equilibrio político de una década y no solo en Francia. Con el aplastamiento de la revolución húngara por parte del stalinismo, en 1956, y con el golpe del propio De Gaulle, en 1958, se habían controlado los focos claves de inestabilidad que sacudían a la Europa de posguerra. Fue en ese contexto que el imperialismo norteamericano replanteó su propia política mundial, con el frente “estabilizado” en el viejo continente. Se consagró entonces a planificar una nueva ofensiva que se concretaría en los primeros años de la década siguiente con la invasión a Vietnam, un medio para cercar a la China de Mao. El agotamiento del bonapartismo con sede en París, al terminar los años ‘60, estaba llamado en consecuencia a tener repercusiones internacionales. Más aún cuando se veía confrontado a una gran rebelión obrera que era, además, el

signo de un nuevo período. El imperialismo veía revertirse la situación en Vietnam, cuya heroica lucha se transformaba, a su vez, en emblema de lucha en el mundo entero. Los cimientos del orden europeo consagrados diez años antes eran socavados por otra rebelión, nuevamente en el Este, esta vez en Checoslovaquia.

## **Giros y virajes**

El Mayo Francés y la Primavera de Praga abrieron una nueva etapa en el panorama mundial de la época. En primer lugar el ascenso de masas de 1968 se extendió como un signo del período inmediatamente posterior a nivel planetario. En 1969, en América Latina, el Cordobazo argentino; en Europa, el “verano caliente” que extendió el clima de insurgencia a Italia; en Asia la radicalización del movimiento estudiantil japonés, que se extendía en luchas tremendamente masivas y combativas. En 1970, la rebelión obrera volvió a pisar terreno en el este del viejo continente con huelgas enormes en Polonia; en 1971, la izquierda triunfaba en las elecciones en Chile y se producía el levantamiento de los explotados bolivianos que culminaría en la “Asamblea Popular”.

En segundo lugar, la crisis de conjunto del “orden” pactado entre las potencias capitalistas y el stalinismo en la posguerra planteó una fase de transición en el panorama internacional. Como expresión de la nueva situación la configuración política de la Europa de posguerra tomó una nueva dimensión. La división de Alemania, que había sido su expresión más evidente, quedaba ahora planteada no apenas como la bisagra que separa “dos mundos”, sino como el centro de una política de cooperación mutua para enfrentar los riesgos de una desestabilización a ambos lados de la frontera entre los países capitalistas y los Estados bajo el dominio de la burocracia rusa. Por eso en 1970, con

los acuerdos Bonn-Moscú, la cúpula del Kremlin estableció un nuevo cuadro de colaboración con la burguesía alemana, abandonando la política previa de hostilidad. Como en un paso de minué, el imperialismo lanzaba un año después la política de “distensión” con China, buscando una vía alternativa al fracaso en marcha de la aventura bélica en Vietnam.

La “nueva política” cristalizará, un lustro más tarde, en los acuerdos de Helsinki, donde se celebró en 1975 la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea, que incluyó al imperialismo yanqui y que fue cerrada por el secretario de Estado del Vaticano. Luego de los conflictos de la “guerra fría” (Corea en el debut de los años ‘50, Cuba en el comienzo de los años ‘60), los popes del imperialismo establecían un marco de trabajo común en las nuevas circunstancias. La “seguridad” y la “cooperación” incluían los términos de un salvataje financiero a la burocracia, que entonces ingresará en la gran cadena de la deuda mundial, a cambio de concesiones en las posibilidades comerciales y de negocios en los Estados obreros que se “abrían” al mercado mundial. Quedaban así planteados los términos de la restauración capitalista. El año 1975, finalmente, no será uno cualquiera: es el año de la primera crisis económica mundial generalizada de la posguerra; es el año de la derrota de la primera potencia del planeta frente al pueblo vietnamita; es el año de un nuevo estallido en Europa, ahora en Portugal.

## **Dictadura, democracia, contrarrevolución**

Fue una larga transición, entonces, la que abrió el ‘68, y no fue rectilínea. Y, tal como ocurriera en el Mayo Francés, incluyó la represión y la maniobra política. En el plano internacional se combinaron los métodos de la guerra civil (para acabar con la rebelión obrera y popular) junto con

las salidas democratizantes. Tendremos entonces tanto los Videla y Pinochet, en América Latina, como el “redescubrimiento” de la democracia en Europa, como instrumento clave de la contrarrevolución.

Ambas posibilidades fueron evaluadas muy concretamente en 1975 cuando, con la revolución portuguesa de un lado y la agonía del franquismo del otro, la revolución europea asomaba otra vez en el horizonte. En ese momento Henry Kissinger, canciller norteamericano, convocó a los gobiernos europeos para sondear las posibilidades de un golpe. El representante francés hizo valer su experiencia de algunos años atrás: “Golpe no”, planteó, “salidas electorales y parlamentarias para disipar la situación y proceder a la reconstrucción del régimen político”. Era Valéry Giscard d’Estaing, el mismo que en la mañana del 30 de mayo de 1968, en la peor zozobra de la Francia capitalista, cuando se rumoreaba la eventualidad de una asonada militar, declaró que esa alternativa era inviable; se llamaría en cambio a levantar la huelga para votar una nueva Asamblea Nacional que quedaría disuelta esa misma tarde.

En la defensa de la “democracia” convergió progresivamente el conjunto de las fuerzas del “orden”, en el Este y en el Oeste. La “democracia” fue el arma privilegiada para avanzar con la restauración capitalista y para proceder al desmonte de las propias dictaduras militares “setentistas” en cuya descomposición se incubaba la emergencia de un estallido revolucionario. En Europa, el ejemplo francés cundió. La bandera de la “democracia” se presentó bajo la apariencia de renovación por parte de un stalinismo *aggiornado* que, con la excusa de rechazar el “totalitarismo”, planteaba ir hasta el final del camino en la integración-disolución del Estado capitalista. Fue planteada explícitamente como una alternativa a la revolución, naturalmente, con la excusa de rechazar al stalinismo. En esto hizo punta el PC italiano, con su planteo de “compromiso histórico” con la

mafia clerical representada por la Democracia Cristiana. El “eurocomunismo” fue adoptado por el PC español para apoyar una salida al derrumbe del franquismo y que preservase... la monarquía. Era el anticipo de la *glasnost*, era el anticipo de la *perestroika*.

Democracia, entonces, no para la revolución sino para la restauración. Nada faltó; cierto trotskismo que siempre cultivó el gusto por estar a la moda sumó su apoyo a esta experiencia y se hizo “gorbachovista”, mientras intelectualmente redescubría la “democracia socialista” como oposición a la “revolución” y a la “dictadura del proletariado”. Algo que venían de eliminar en la letra de sus programas los partidos comunistas, mucho después de haberla abandonado en su práctica contrarrevolucionaria.

En este nuevo cuadro político, una expresión contrarrevolucionaria del Mayo Francés se fue forjando en el terreno de la larga agonía de la V República gaullista. El PC francés, como garante de una salida ordenada para la descomposición definitiva del gaullismo, se planteó una coalición con el PS, reconstituido por un hombre de la burguesía, el futuro presidente François Mitterrand. Se conformó así un frente rechazado en el pasado por el “antisovietismo” de los eventuales aliados, e inclusive por su apoyo a la política de De Gaulle, que proclamaba una cierta independencia de los yanquis en beneficio del imperialismo francés con el inoculable apoyo nada menos que de Moscú. Luego de Helsinki, con la restauración en marcha y la dislocación internacional del aparato stalinista, la situación era otra. Mitterrand tomó, a su modo y en la izquierda del régimen burgués, la bandera del bonapartismo. La V República se transformaría en “socialista” a principios de los años ’80.



## **CAPÍTULO 2**

### **Mayo Francés, crisis mundial, intelectuales y clase obrera**

Uno de los mitos más difundidos sobre el Mayo Francés es que se habría producido en un marco de gran prosperidad capitalista. En realidad, los acontecimientos de 1968 son inexplicables sin considerar la crisis del capitalismo. Algo que explica por qué De Gaulle lanzó en 1967 una serie de ataques contra el salario, las condiciones de trabajo y el régimen jubilatorio, que fueron la base de las reivindicaciones de la huelga general. El ataque al movimiento obrero era una tentativa de reconstituir la rentabilidad en la búsqueda de un lugar propio en el mercado mundial. Desde 1965, cuando reclamó volver a un sistema monetario internacional respaldado en la reserva de oro, el gobierno de De Gaulle expuso la necesidad de revisar los acuerdos económicos de la posguerra.

#### **“Final de una época”**

Detrás de los acontecimientos del mayo parisino no había solamente una crisis “francesa”, sino un principio de descomposición más amplio de la economía mundial capitalista. “Una serie de hechos –decía un informe del Banco

Mundial– han hecho del período 1967-1968 el más problemático que haya conocido el sistema monetario internacional desde finales de la década del cuarenta”. Lo destacaba un alto funcionario del gobierno francés en el área económica, “para subrayar la gravedad de la situación sin intentar minimizarla ni banalizarla”. Y no era para menos: en apenas cuatro meses, desde noviembre de 1967, se habían producido dos acontecimientos clave: la devaluación de la libra e, inmediatamente, una especulación contra el oro que no era otra cosa que la manifestación de una devaluación encubierta del dólar. Por eso las autoridades monetarias yanquis establecieron un “corralito” en ese mismo 1968, impidiendo que los bancos centrales de otros países pudiesen cambiar sus dólares por oro. Fue apenas el principio de un verdadero terremoto que llevaría a la inconvertibilidad definitiva del dólar, pocos años después.

El año 1968 no es entonces solo políticamente emblemático; también lo es porque “marca el final de una época”.<sup>1</sup> Liquida la base de los llamados acuerdos de Bretton Woods, que dieron nacimiento al Fondo Monetario Internacional. Uno de los propósitos clave de su creación había sido precisamente el de evitar las devaluaciones de las monedas nacionales que habían contribuido decisivamente a quebrar el comercio mundial en la preguerra. Establecía un sistema de paridades fijas entre las diversas monedas y la utilización del dólar como moneda de reserva de los diversos países. Por eso mismo la devaluación de la libra arrastró a todo el sistema monetario internacional. Quebrada la relación fija de la libra con las otras monedas, todo el edificio se desbalanceó.

---

1 Denizet, Jean. *Histoire du système monétaire internationale depuis 1945*. París, Fayard, 1985.

## ¿Problemas “monetarios”?

La devaluación de la libra sobre el final de los años ‘60 era el remate de todo un proceso histórico de decadencia del imperio inglés. Diez años antes, en 1957, las autoridades monetarias habían tenido que liquidar el uso de la libra en las transacciones internacionales de otros países. La *city* londinense mantenía hasta entonces una posición clave en el movimiento financiero mundial, pero la condición de la libra como moneda de reserva era insostenible para la economía británica. En un par de años sucumbió a la competencia del eurodólar, o sea a los dólares acumulados en las cuentas bancarias de Europa. Se creó en Londres el llamado mercado del “eurodólar”, al autorizarse a los bancos a recibir depósitos en dólares por afuera del sistema bancario regulado, adonde iban a parar los dólares originados por la emisión de Estados Unidos para financiar un déficit de cuentas con el exterior. Ayudó a sostener la cotización del propio dólar, pero solo dilató el momento de su devaluación.

A comienzos de 1960, un célebre trabajo de un economista norteamericano había señalado que si los intercambios de los Estados Unidos con el resto del mundo eran “deficitarios”, el comercio internacional se vería favorecido con dólares que permitirían su desarrollo y expansión, pero los bancos centrales acumularían billetes por los cuales no podría responder el oro de la autoridad monetaria norteamericana. Si, en cambio, los Estados Unidos eran “superavitarios” en el mercado mundial, el comercio internacional carecería de medios de circulación y, al revés, la acumulación de oro podría llevar a una revaluación del dólar, equivalente a una devaluación general del resto de las monedas nacionales. En cualquier caso se trataba de un equilibrio condenado a romperse tarde o temprano.<sup>2</sup>

---

2 Triffin, Robert. *El oro y la crisis del dólar*. México, Fondo de Cultura Económica, 1968.

Fue lo que pasó: el déficit norteamericano “se transformará muy rápidamente desde 1957 en un fenómeno crónico y de magnitud”.<sup>3</sup> El derrumbe de la libra precedió al del dólar como si fueran dos gotas de agua... en 1968.

## Otra etapa

En el deterioro del dólar tuvo una influencia decisiva el enorme gasto de la guerra en Vietnam, pero ese gasto había permitido sortear una recesión. “La real debilidad del dólar descansa en el enorme endeudamiento gubernamental y privado en los Estados Unidos, sin el cual la formidable máquina productiva norteamericana no podría vender su diluvio de mercancías. La deuda privada norteamericana ascendió de 140 mil millones de dólares en 1945 a 753 mil millones en 1963.” El señalamiento es de Ernest Mandel en un artículo de enero de 1968, reproducido entonces en *Política Obrera*.<sup>4</sup> Y concluía: “esta deuda en espiral no puede continuar indefinidamente (...) una devaluación del dólar favorecería a los deudores. Pero los acreedores son los bancos norteamericanos; es por lo tanto incomprensible la irresolución del sistema (...) no hay solución a esta contradicción”... que no pase por una gran crisis, habría que agregar. Y la crisis estalló con enorme ruido en la década de 1970.

El “equilibrio” de la última posguerra, heredado de medio siglo de guerras, revoluciones y crisis gigantescas consumió su combustible cuando no habían concluido los años ‘60 y tomó forma explosiva en la gran crisis de la década siguiente.

---

3 Johnson, Harry G. *La economía mundial en la encrucijada*. Barcelona, Labor, 1968.

4 *Política Obrera*, nº 25, 25 de enero de 1968.

## Intelectuales y clase obrera: macaneos ayer y hoy

Si la crisis económica está ausente en la práctica totalidad de los análisis actuales sobre el Mayo Francés, algo similar sucede con los principales protagonistas de la contestación a ese orden capitalista de posguerra que comenzaba a resquebrajarse: los trabajadores. “La revolución del deseo y la palabra”;<sup>5</sup> “...la primera lúdica de la historia...”;<sup>6</sup> “...incapaz de plantear una sociedad alternativa...”;<sup>7</sup> “una revolución filosófica, por eso intensa y fugaz...”;<sup>8</sup> “...que marcó nuestra cultura...”;<sup>9</sup> “una relación entre el cero y la alegría.”<sup>10</sup> Las citas que podrían seguir, vibrando siempre en una cuerda similar en la cual ya nada puede faltar hasta el límite de lo incomprensible, recogen algunas de las definiciones más significativas de periodistas e intelectuales convocados por la prensa argentina en ocasión de recordar el Mayo Francés al cumplirse cuatro décadas. Son significativas, en realidad, no por lo que dicen las notas respectivas sino, al revés, por lo que callan.

En efecto, entre decenas de artículos que contabilizamos en los diarios porteños, en ninguno se hace referencia al acontecimiento decisivo del año 1968 en Francia: la huelga general más grande de la historia del país, acompañada de una ocupación masiva de fábricas que colocó al proletariado galo en el centro de un sacudimiento revolucionario sin precedentes en las décadas previas y solo comparable al levantamiento obrero de 1936. Esta omisión grosera domina absolutamente todos los enfoques de las notas que aluden al

---

5 Valiente Noailles, Enrique. *La Nación*, 4 de mayo de 2008.

6 Corradini, Luisa, ídem.

7 Le Goff, Jacques, ídem.

8 González, Horacio. *Página/12*, 4 de mayo de 2008.

9 Sierra, Gustavo. *Clarín*, 4 de mayo de 2008.

10 Pauls, Alan. *Página/12*, 4 de mayo de 2008.

célebre Mayo, violentando la condición más elemental de un artículo o comentario historiográfico: presentar los hechos concretos en cuestión.

Con pocos matices, entre los intelectuales y especialistas predomina la tesis de una revolución “cultural”, que no podía explicarse en otra dimensión porque emergía en una especie de mundo de posguerra pleno y feliz, en crecimiento económico aunque espiritualmente insatisfecho.

“El talante dionisiaco del ‘68 se oponía al orden sexual que reinaba en la sociedad burguesa y constituyó el núcleo basal de la revuelta, generada por la potencia del orgón”.<sup>11</sup> Esta notable afirmación fue publicada en la revista del principal diario español y se trata de una versión no solo muy difundida sino también interesada. Si el capitalismo postse-senta ha sabido asimilar cierta liberalización de las costumbres, por sobre todas las cosas la convirtió en un negocio muy lucrativo (prostitución industrializada, pornografía, turismo sexual...).

La interpretación más descompuesta en este campo correspondió al líder estudiantil de entonces –Daniel Cohn Bendit– quien se reunió con el presidente derechista de Francia, Nicolás Sarkozy, luego de que este llamara a terminar con la nefasta herencia de aquel Mayo de cuarenta años atrás: “Él es un perfecto producto del ‘68...” dijo Dany, antiguamente apodado como “el Rojo”. “¿Quién hubiera imaginado antes un presidente dos veces divorciado en el Elíseo?”<sup>12</sup>

El contraste entre la realidad del Mayo obrero francés y la interpretación totalmente distorsionada que domina el panorama intelectual se ha hecho persistente con el tiempo. Inclusive puede sorprender en circunstancias en que la *intelligentsia* planetaria, de izquierda a derecha, prodiga el culto

---

11 Verdú, Vicente. *El País*, Madrid, reproducido por *Página/12*, 16 de enero de 2008.

12 Cohn Bendit, Daniel. Reproducido en *La Nación*, 4 de mayo de 2008.

de la “memoria” y del “no olvidar”. Pero tiene su explicación porque expresa una suerte de antagonismo histórico visceral: el proletariado de 1968 no solo paralizó a Francia sino que propinó un golpe terrible a la “cultura” de su tiempo, cuyos mejores exponentes había profetizado que el tiempo histórico de la clase obrera había caducado. La intelectualidad y la cultura fueron hostiles al Mayo que no previeron... y los desbordó.

En efecto, entre tanta tinta derramada en los artículos de este aniversario apenas uno da la pista sobre la cuestión cuando destaca un trabajo que parece poner los puntos sobre las íes:

Todos los grandes intelectuales franceses con etiqueta de revoltosos o forjadores del Mayo Francés, no se encontraban ahí donde se cree: Foucault estaba en Túnez; Althusser, que estaba enfermo, evocó la existencia de un “movimiento progresista” pero luego se encerró en muchas reservas. Claude Lévi-Strauss odió siempre el ‘68; Roland Barthes no le encontraba sentido y la evocación del Mayo Francés lo ponía nervioso. Jacques Derrida, en esa época, no se metió en la ola por “desconfianza” mientras que Pierre Bourdieu observaba la revuelta con un escepticismo que los manuales de historia no siempre resaltan.<sup>13</sup>

Parece entonces que la impostura intelectual con relación al Mayo de 1968 es genética. El “olvido” de los intelectuales de hoy sobre la clase obrera francesa y su acción directa revolucionaria cumple la función de dejar impune la fechoría de sus pares de la generación “sesentista”.

---

13 Febbro, Eduardo. *Página/12*, 4 de mayo de 2008, citando un trabajo de Serge Audier.





## **Segunda parte**

---



## CAPÍTULO 3

### ¿Francia se aburre? El mito del mayo “imprevisto”

El artículo editorial del diario francés *Le Monde* del 15 de marzo de 1968, titulado “Francia se aburre”, escrito por el periodista Pierre Viansson-Ponté, ha pasado a la historia como ejemplo de anacronismo, un caso de supremo despiste de un analista político. Tan solo una semana después, en la “aburrida” Francia, la movilización estudiantil daba inicio a un movimiento que provocaría el estallido insurreccional de mayo. El título de marras, sin embargo, traducía el inmovilismo del régimen político francés de la época, cuyas características no son ajenas a la explosión de masas, obrera y juvenil, que acabaría por liquidarlo poco tiempo después.

En 1968, se cumplía una década del gobierno del general Charles de Gaulle, que había accedido al poder mediante un golpe de Estado que puso fin a la llamada IV República y a una creciente inestabilidad política en el período de la posguerra. De Gaulle surgió entonces como una suerte de “salvador nacional”, capaz de mantener a raya a la derecha militar y someter a las organizaciones obreras, prometiendo a la burguesía francesa un lugar propio en el orden mundial emergente de la Segunda Guerra Mundial. A los capitalistas galos, De Gaulle les prometía rescatarlos del asedio

de la izquierda; al stalinismo y a los socialistas, impedir los rigores de un neofascismo nativo. Debemos recordar que el capitalismo francés había aceptado la invasión de Hitler como una suerte de mal menor frente al susto que todavía le provocaba el ascenso revolucionario que cristalizó en el levantamiento de 1936, que el Frente Popular evitó condujera a la clase obrera al asalto del poder. Es precisamente para intentar disciplinar las fuerzas opuestas de la lucha de clases en un país de grandes tradiciones revolucionarias que con De Gaulle se impuso una suerte de dictadura, bajo el rótulo formal de la “V República”.

Según Mark Kurlansky, autor de un importante trabajo sobre 1968:

Pocos monarcas modernos y ningún jefe de Estado democrático han disfrutado del grado de poder absoluto que De Gaulle garantizó por la Constitución al presidente de la República que, en un futuro inmediato, sería él mismo. El presidente tiene el derecho de disolver el Parlamento, ya sea a través de la convocatoria de un referéndum o mediante decreto. El presidente también redacta la agenda de la legislatura, decide qué proyectos de ley se debatirán y qué versiones de estos proyectos. Puede bloquear propuestas de reducir impuestos o de aumentar el gasto. Si un presupuesto no se aprueba en setenta días, el presidente tiene derecho a decretar otro.<sup>14</sup>

Fue mediante sus “poderes especiales” que De Gaulle consiguió en los primeros años de los ‘60 concluir con la guerra de Argelia, poniendo en caja a la derecha terrorista que él mismo había protegido (la misma que asesoró a los militares argentinos en materia de salvajismo represivo y torturas) y

---

14 Kurlansky, Mark. 1968. Barcelona, Imago Mundi, 2004.

combatiendo criminalmente la creciente movilización contra la guerra. En esta escuela se formó también una nueva generación: quienes serán “los hermanos mayores” de los jóvenes del ‘68. Y es como parte de ese mismo movimiento, en los ‘60, con el movimiento estudiantil que resurge, que la izquierda toma las riendas de la Union Nationale des Étudiants de France (UNEF), la federación nacional de estudiantes universitarios que tendrá su protagonismo en los días del mayo revolucionario.

El arbitraje gaullista fue golpeado también por las tentativas del movimiento obrero de quebrar la adaptación de sus aparatos dirigentes, “socialistas” y “comunistas”. Para el stalinismo, sometido a las directivas de la burocracia moscovita, De Gaulle era una especie de “aliado”: buscaba una posición propia para su burguesía frente al imperialismo norteamericano y había concluido por retirar a Francia de la OTAN. El “bonapartismo” del general francés tenía una dimensión internacional que parecía robustecer su apariencia indestructible. Es en París, además, donde en ese mayo de 1968 debían iniciarse las conversaciones sobre cómo poner fin a la guerra en el sudeste asiático entre los representantes norteamericanos y vietnamitas, como si Vietnam (territorio del viejo imperio francés) fuera ahora un territorio neutral entre el imperialismo y la revolución.

A pesar del intento de pasar como el gran árbitro capaz de regimentar la vida social, el régimen gaullista debió enfrentar una oleada de huelgas que tuvo su pico en la de los mineros, en 1963. En 1967, la tentativa de lanzar, a través de medidas “especiales” del Poder Ejecutivo, una política de “ajuste” contra el salario y el sistema jubilatorio, volvió a replantear un reguero muy significativo de luchas y huelgas en varias ciudades del país. Otro síntoma: en las elecciones legislativas de marzo de 1967 se registró un gran crecimiento de los candidatos del socialismo y del PCF. Tras las formas de un poder “fuerte”, 1968 fue preparado

por toda una experiencia previa de la lucha de clases y por el agotamiento de un régimen gaullista que buscaba salir de su propia *impasse*:

“Para sobrevivir frente a la competencia internacional, tanto en el mercado mundial como en el cuadro del Mercado Común (europeo) que plantea la eliminación de barreras aduaneras, el gran capital francés emprendió una ofensiva general, no solo contra las posiciones conquistadas por la clase obrera sino también contra los pequeños campesinos (...) y capas muy amplias de la pequeño burguesía, la masa de la juventud, obreros, aprendices, estudiantes. Para la inmensa mayoría de la población francesa no hay salida ni esperanza más que en el combate contra el capital y su Estado policial. Si la clase obrera le muestra un camino para este combate, se reagrupará bajo su bandera”.

Esto planteaba, en diciembre de 1967 el manifiesto fundacional de la Organisation Communiste Internationaliste (OCI), puesta en pie por los militantes del grupo trotskista que editaba la revista *La vérité* y cuyo principal dirigente era Pierre Lambert.<sup>15</sup>

Así, contradictoriamente, 1968 se incubaba en las contradicciones del “imbatible” gobierno de De Gaulle. No es extraño que regímenes bonapartistas que emergen ante la impotencia de experiencias parlamentarias o constitucionales adquieran una inflexibilidad política que prepara estallidos que los pueden hacer volar por los aires. Inclusive aparecen como imprevistos y hasta descartables, especialmente para el Bonaparte que se coloca por encima de todos y de todo. Por eso Francia se “aburría” antes de explotar y De Gaulle, en esos mismos días, se jactaba ante la

---

<sup>15</sup> Para una breve reseña de los agrupamientos políticos del trotskismo francés durante 1968, ver el artículo incluido en el Apéndice documental del presente volumen.

prensa de la “situación satisfactoria” de su país frente a los “problemas y crisis” que recorrían en ese momento diversos países del continente europeo (*Paris Match*, 23 marzo de 1968). En realidad, todo estaba a punto de empezar.





## CAPÍTULO 4

### De Nanterre a París: así arrancó el Mayo Francés

El 22 de marzo, estudiantes de la Universidad de Nanterre, en los suburbios de París, ocuparon las instalaciones de la casa de estudios y sesionaron en asamblea en los salones “oficiales”, reservados para las autoridades. Lo hicieron luego de un acto en el cual reclamaban la libertad de compañeros detenidos en una movilización de solidaridad con el pueblo vietnamita. La acción rompía los cánones establecidos hasta entonces por la protesta estudiantil y fue considerada como el punto de partida de un ascenso de lucha que pronto tomaría la forma de una insurgencia general. Las autoridades decidieron el cierre de Nanterre, pero la reacción estudiantil se incrementó y se extendió a la capital. En la ocupación participaron ciento cuarenta y dos estudiantes, que luego de la asamblea lanzaron un llamamiento público a extender la lucha.<sup>16</sup>

La manifestación por Vietnam se había concretado dos días antes. Luego de un ataque al local de American Express, la policía desató la represión y arrestó a varios manifestantes, entre ellos a Xavier Langlade, dirigente de la UNEF de Nanterre. Las movilizaciones contra el imperialismo venían

---

16 Ver “Los ciento cuarenta y dos se abren paso”, en el Apéndice documental.

creciendo en el último período, estimuladas desde fines de 1967 por la repercusión mundial que tuvo el asesinato del *Che* y, a principios del año siguiente, por la enorme ofensiva de la resistencia vietnamita. Se vivaba a Ho Chi Minh y se gritaban consignas en favor de la victoria de la guerrilla del Vietcong. La burocracia soviética y sus satélites reclamaban, en cambio, la “paz” y la negociación como parte de su estrategia de “coexistencia” con el imperialismo.

El movimiento estudiantil de Nanterre evidenciaba además una corta pero rica y sintomática historia. La Universidad había sido fundada pocos años antes, en un “oscuro barrio” de la periferia parisina, con el propósito de aliviar la sobrepoblación de la Sorbona, desbordada por el constante incremento de la población estudiantil.<sup>17</sup> El *campus* de la nueva casa de estudios “era una suerte de paraje desolado”: por eso el gobierno prohibió la inscripción en la Sorbona de estudiantes de varios barrios de París, los más próximos a Nanterre, de modo de obligar a una “inscripción forzada” en la nueva Universidad. Para compensar esta especie de ultimátum tuvo que ofrecer instalaciones más amplias y una mejor relación entre el número de profesores y estudiantes. Pero la situación se deterioró rápidamente por el aumento de la matrícula estudiantil, que no cesaba de crecer: dos mil estudiantes en el año lectivo 1964-1965; ocho mil en 1966-1967. Nanterre sufría el fenómeno más general de la “sobreproducción” universitaria. El mal llamado “boom económico de la posguerra” expresaba sus límites en la imposibilidad de utilizar sus recursos más calificados. Crecía el número de jóvenes profesionales sin oportunidades de trabajo y se hacía sentir la asfixia de recursos económicos: el mundo universitario se desenvolvía en una rutina burocrática y regimentadora contra la cual se evidenciaba una creciente inquietud estudiantil.

---

17 Crouzet, François. “A University Besieged, 1967-69”. *Political Science Quarterly*, vol. 84; n° 2, 1969.

Ya en 1966 una huelga estudiantil de tres días por mejoras en las condiciones de estudio había dado lugar a la formación de piquetes en Nanterre e inclusive a un enfrentamiento con profesores de derecha. A comienzos del año siguiente, un movimiento de mayor envergadura se levantó contra las normas que regían la actividad en la residencia universitaria de Nanterre, reclamando la libre circulación de los estudiantes de ambos sexos, ya que los hombres tenían prohibido el acceso al ala femenina. El rector de la Universidad llamó a la policía cuando un grupo de estudiantes ocupó las instalaciones. Fueron desalojados y expulsados de la residencia. La situación empeoró: “los estudiantes que vivían en el *campus* estaban aislados, sin oportunidades de entretenimiento, deprimidos por la pobre geografía circundante; además muchos de ellos provenían del interior del país y estaban separados de sus familias”. La descripción es de un derechista que protesta porque así se creaban las condiciones para un activismo político creciente, “entreverado con la promiscuidad sexual”.<sup>18</sup> El hombre prueba, a su modo, las condiciones materiales concretas que estuvieron en el origen del movimiento estudiantil de 1968.

El clima se tornó más caldeado sobre el final de 1967, cuando el gobierno anunció una reforma universitaria que incluía diversas medidas limitacionistas y la creación de “carreras cortas” para evacuar las pobladas aulas de la enseñanza superior. Era el llamado “Plan Fouchet”, por el nombre del entonces ministro de Educación. El ala más politizada del movimiento estudiantil, el de la carrera de Sociología, decidió una huelga activa que incluía el boicot a las clases y reclamó a los profesores debatir la reforma en las aulas, exigiendo la formación de comisiones paritarias para discutirla con las autoridades. La movilización fue muy contundente: a los piquetes se sumaron grupos organizados de alumnos que

---

18 Ídem.

ingresaban en las aulas para convocar a la huelga, repudiando a los docentes que daban clases. La movilización se extendió durante una semana entera y la reivindicación tuvo que ser aceptada, aunque las camarillas profesoras sabotearon su funcionamiento. De hecho el claustro de profesores se encontraba dividido, con una minoría que simpatizaba y apoyaba al movimiento estudiantil, concentrada en la misma carrera de Sociología, cuyo director en los primeros años había sido Henri Lefebvre, un conocido intelectual marxista que había roto con el stalinismo luego de la invasión de las tropas de Stalin a Hungría en 1956.<sup>19</sup>

En el movimiento intervenían las organizaciones de izquierda, grupos de base y anarquistas, cuyo líder era Daniel Cohn Bendit. El 8 de enero de 1968 se planteó una nueva protesta, esta vez interrumpiendo la ceremonia de inauguración de una pileta del *campus* a la cual asistía el ministro de la Juventud y el Deporte, François Missoffe. El 26 de ese mismo mes, los estudiantes se concentraron en la entrada de la Universidad ante la versión de que policías de civil habían ingresado en la misma. El rector resolvió, entonces, llamar a la policía uniformada para restablecer el orden. Una patrulla de una docena de agentes ingresó en el *hall* central y fue violentamente repelida por los estudiantes: volaron sillas y bancos y los efectivos debieron huir, perseguidos por los alumnos. El clima de tensión subía y, en este contexto, el activismo resolvió dar un salto, preparar la ocupación de la Universidad y deliberar sobre los pasos a seguir. Es el 22 de marzo que pasará a la historia.

Luego de esa ocupación el movimiento conocerá un ascenso en flecha que estallará con la fuerza de una bomba en el mes de mayo. Naturalmente, no nació de un repollo: la “pequeña” historia de Nanterre desmiente el mito de una explosión espontánea, nacida del inconformismo de la abundancia

---

19 Ver “Henri Lefebvre: ‘Yo no soy policía’”, en el Apéndice documental.

y de la sociedad del consumo. La “alienación” estudiantil hundía sus raíces en el terrenal mundo de la universidad limitacionista y regimentadora, de los límites del capitalismo de posguerra y de una experiencia política forjada en la acción y en la lucha.

## **De Nanterre a París...**

Nanterre era, en realidad, solo la “punta del *iceberg*”. En numerosas ciudades de Francia, a lo largo de todo el año 1967, el movimiento estudiantil se había manifestado contra los planes limitacionistas del gobierno para la enseñanza superior. En enero de 1968 una movilización en Caen había reunido a miles de jóvenes estudiantes y de la nueva generación obrera, en apoyo a numerosos conflictos y en torno a la defensa de las condiciones de trabajo.

Para el día 29 de marzo se convocó en Nanterre una nueva “toma” para discutir los siguientes temas: el capitalismo y las luchas obreras en 1968; la Universidad y la Universidad crítica; la lucha antiimperialista, los países del Este y las luchas obreras y estudiantiles en ellos.

Lo significativo, lo subversivo –dice el autor de un trabajo sobre los acontecimientos de mayo– eran tanto la temática como el método de acción: discusión en pequeños grupos; asambleas generales; boicot a los exámenes parciales y a las clases magistrales. La ocupación de locales y la negación de la autoridad, era algo que la dirección académica de Nanterre no podía permitir. El decano, alegando que “un grupo de estudiantes irresponsables desde hace unos días perturbaban los cursos y los exámenes y practican métodos ‘parti-

sanos' en la Facultad", decidió cerrarla hasta nuevo aviso.<sup>20</sup>

Entre el 22 y el 29 de marzo, se fueron sumando numerosos estudiantes a los ciento cuarenta y dos firmantes que protagonizaron la primera ocupación. Toda la facultad estaba implicada, a favor o en contra. Los muros comenzaban a hablar: "Profesores, sois viejos, vuestra cultura también"; "El fascismo a la basura de la historia"; "Dejadnos vivir". Panfletos, discusiones, carteles... toda la facultad en ebullición. Algo nuevo había pasado: el decano temía a "esos estudiantes, que no se adscriben a ninguna organización política conocida, constituyen un elemento explosivo en un medio muy sensible", afirmaba *Le Monde* en su publicación del 30 de marzo de 1968.

El cierre de la facultad no impidió la celebración del mitin previsto. La organización del mismo fue superior a todas las conocidas hasta entonces. Ante la amenaza del grupo fascista "Occident" de atacar la facultad, se estableció un servicio de orden estudiantil de quinientos militantes. El 29 se celebró la asamblea y los días 1 y 2 de abril fueron jornadas de discusión generalizada. Los "ciento cuarenta y dos" que lanzaron la ocupación el 22 de marzo eran ya mil doscientos en el mitin del 2 de abril. Para alivio de las autoridades académicas, las vacaciones de Semana Santa introdujeron un aparente paréntesis en la agitación estudiantil.

No obstante, con la reapertura de las facultades, el 18 de abril, el movimiento retomó toda su fuerza. Antes, los músculos del ascendente movimiento estudiantil habían probado su fuerza en las calles de la capital: cuando el 13 de abril se conoció que el líder de los combativos estudiantes alemanes, Rudi Dutchske, había sufrido un atentado en Berlín, diversas organizaciones políticas y el movimiento "22 de marzo" llamaron a una manifestación en protesta. Cinco mil estu-

---

20 Vidal Villa, José. *Mayo 1968*. Madrid, Bruguera, 1978.

diantes siguieron la consigna y se produjo una manifestación combativa por el centro de París, en dirección a la embajada alemana. El gobierno, que hasta entonces no había enviado a la policía contra las manifestaciones estudiantiles, ordenó cargar sobre ellos. Era el primer choque violento. La policía podía ser resistida. Poco a poco, esta idea iría recorriendo su camino entre numerosos estudiantes. El ejemplo de la solidaridad con Rudi consolidaría una nueva actitud ante el poder: resistencia y, si es preciso, ataque. Ni las vacaciones, ni la policía, ni el cierre de facultades habían logrado frenar un movimiento estudiantil de nuevo tipo que, desde Nanterre, se iba extendiendo a la Universidad parisina y a otros lugares de Francia.<sup>21</sup>

### **...en las vísperas**

Una suerte de doble poder estudiantil dominaba la deliberación colectiva en Nanterre. El 25 de abril, la juventud del PCF –que reclamaba la normalización de las actividades y criticaba a los grupos “ultraizquierdistas”– convocó a un acto para que hablase Pierre Juquin, ex profesor y diputado del PCF. El personaje en cuestión, sin embargo, “no pudo pronunciar ni una palabra y tuvo que escapar por una salida de emergencia,”<sup>22</sup> luego de que la sala en la cual se encontraba fuera invadida por activistas y organizaciones estudiantiles maoístas y trotskistas. Por primera vez el stalinismo era puesto en fuga.

El cuerpo de profesores se dividía entre quienes reclamaron al rector la intervención policial, una minoría que apoyó a los estudiantes y los elementos vacilantes que pretendían algunas concesiones mínimas para retomar la normalidad de

---

21 Vidal Villa, *op. cit.*

22 Crouzet, *op. cit.*

los cursos. Pero las autoridades académicas decidieron pasar a la ofensiva: anunciaron que ocho estudiantes de Nanterre debían ser juzgados por el “Conseil de l’Université”, con la intención de expulsarlos. Se fijó la fecha: 6 de mayo de 1968. Pero antes, el 2 de mayo, los estudiantes habían convocado a una “jornada antiimperialista” y organizaron la seguridad, colocando las instalaciones bajo su propio control. A las ocho de la noche el rector de Nanterre anunció que la Universidad sería cerrada hasta nuevo aviso. La Sorbona, en tanto, era un hervidero de estudiantes, se discutían nuevas iniciativas y se creaban comisiones para organizar la solidaridad con Nanterre:

[El primer objetivo eran] los obreros inmigrados que habitan en los suburbios próximos a la Universidad. El movimiento empieza a salir de su cascarón. La lucha en la facultad empieza a ganar la calle. Hay que trasladarla a París. Unánimemente se convoca un mitin de protesta contra el cierre de Nanterre, en la Sorbona, en pleno Barrio Latino, a las doce horas del día siguiente: el 3 de mayo...<sup>23</sup>

---

23 Vidal Villa, *op. cit.*



## **CAPÍTULO 5**

### **Arde París**

El viernes 3 de mayo, alrededor de las cuatro de la tarde, importantes contingentes de la policía rodeaban la Sorbona. En el interior de la vieja Universidad, alrededor de cuatrocientos militantes estudiantiles, miembros de la UNEF y de diversas organizaciones políticas acababan de concretar un acto de protesta contra el cierre de la Universidad de Nanterre y contra las amenazas de expulsión a siete de sus compañeros. La militancia estudiantil se proponía, además, defender la Sorbona contra el ataque anunciado del grupo fascista “Occident”, que había declarado que procedería a “limpiar” de “gusanos bolcheviques” el Barrio Latino (sede de la Universidad). Ante el pedido formal del rector, la policía ingresó en la casa de estudios y rodeó a los estudiantes que, en notoria inferioridad de condiciones, no podían resistir. La policía arrestó a los principales cuadros del movimiento estudiantil. Hacia las 19 horas el movimiento parecía acabado. En realidad, era el comienzo de todo.

Así se inició el mes que sacudiría a Francia y al mundo: en el exterior de la Sorbona se reunieron entonces en grupos dispersos los estudiantes que habían asistido a la detención de sus camaradas dirigentes. De repente, ante el paso de un

vehículo policial, un estudiante anónimo gritó: “¡Liberen a nuestros compañeros!”. El grito fue retomado: los jóvenes se reagruparon, la consigna se mantenía. Se organizó una manifestación y la policía trató de dispersarla: algunos adoquines volaron contra la prepotencia represiva. Rápidamente, los manifestantes eran más de dos mil; a los universitarios se sumaban chicos de los secundarios, jóvenes trabajadores e incluso transeúntes del populoso barrio universitario parisino... el Barrio Latino.<sup>24</sup>

En lo alto de la avenida central –el boulevard Saint Michel– se detuvo un camión blindado de la policía. Los uniformados descendieron para ayudar a un policía que había sido aislado de la tropa por los estudiantes. El sonido de la explosión de bombas lacrimógenas era continuo y la atmósfera irrespirable. Una foto en la prensa ilustra mejor que cualquier otra cosa lo que fue esa manifestación: los muchachos se ocupaban de levantar una precaria barricada; bajo el brazo todavía llevaban... sus libros de estudio. Aún con refuerzos y con una violencia cada vez mayor, a la policía no le resultaba fácil quebrar la movilización. No fue sino a las diez y media de la noche que, según la consagrada fórmula, “el orden quedó restablecido”. Quedaban centenares de heridos, seiscientos detenidos. El rector de la Universidad anunció que los cursos quedaban suspendidos... ahora en la Sorbona.

Un nuevo dato quedaba instalado en el escenario político: la enorme combatividad de los estudiantes y la juventud que enfrentaron con enorme resolución, y organizándose de improviso, a la represión policial. La UNEF convocó a organizar el repudio a la represión policial y al cierre de la Sorbona. La organización estudiantil estaba recorrida por una intensa deliberación política. En su seno intervenía el Comité de

---

<sup>24</sup> Relato de la movilización del 3 de mayo: De Massot, François, *La grève générale (mai-juin 1968)*. París, Informations Ouvrières, 1968.

Enlace de Estudiantes Revolucionarios (CLER), encabezado por militantes trotskistas de la organización dirigida por Pierre Lambert. Por iniciativa de este grupo, en el Congreso de la UNEF de Lyon, en julio de 1967, se había aprobado una campaña de manifestaciones en todo el país contra la política educacional del gobierno y los ataques a las conquistas de los trabajadores. En marzo de 1968, los militantes de la CLER habían enfrentado (en una asamblea general) la línea de pasividad, cómplice con el gobierno, de la dirección socialdemócrata y el stalinismo. Fue bajo la presión de los acontecimientos y la vanguardia estudiantil que la UNEF reaccionó, luego de la represión del viernes 3, y llamó a la población a participar masivamente en la manifestación que se preparaba para el lunes 6 de mayo, al mismo tiempo que invitaba a los sindicatos obreros y de profesores a organizar la lucha en común. La gran gesta del '68 estaba en marcha con una consigna histórica contra la represión del Estado burgués: “¡Liberen a nuestros compañeros!”.

## **A la calle**

Los jóvenes se lanzaron a la calle desde muy temprano en la mañana de ese lunes 6. Al mediodía ya eran más de diez mil. En las calles se deliberaba y se discutía. La organización de los jóvenes maoístas (UJCML) tenía previsto un acto para esa hora: llamaba a concurrir a los barrios obreros para buscar la solidaridad; “no hay que encerrarse en el Barrio Latino”, decían. Se impuso de hecho la línea opuesta y nadie se fue: “¡La Sorbona es nuestra!”, cantaban los estudiantes movilizados en las proximidades del edificio cercado por los uniformados. Se formó una columna que partió a recorrer en manifestación las calles centrales de la capital francesa y regresó al punto de partida, donde se produjeron los primeros enfrentamientos con la policía: era la primera batalla del

día, en la cual los estudiantes hicieron retroceder numerosas veces a la policía. A las seis de la tarde se agrupaban ya treinta mil jóvenes y no solo universitarios: se habían sumado los estudiantes secundarios, algunos obreros y muchachos de los barrios.

El choque con la policía duró hasta la medianoche. Se levantaron las primeras barricadas: coches incendiados, adoquines como arma y como parapeto, cadenas de estudiantes que abastecían de adoquines a los tiradores de primera línea... todos mostraban la decisión de lucha. Entre los estudiantes circulaban impresos con recomendaciones sobre cómo resistir los gases y métodos para enfrentar a la policía. La combatividad era enorme. El balance de esta jornada: 1.150 heridos, entre los cuales una parte importante correspondía a los cuerpos represivos (más de trescientos). La situación ya conmovía a Francia entera, y en diversas provincias se planteaban manifestaciones y enfrentamientos semejantes a los de París. No era solo la continuación de lo acontecido el viernes 3 cuando, por primera vez, los estudiantes habían tomado las calles de la capital.<sup>25</sup> Ahora mantenían sus posiciones: “ya no es la reacción a las disposiciones represivas de la policía, es el comienzo de una contraofensiva”, afirmaba un dirigente del lambertismo.<sup>26</sup>

Al día siguiente los estudiantes doblaron la apuesta: la UNEF y las organizaciones estudiantiles propusieron volver a la calle. Era el martes 7 de mayo y las consignas del movimiento quedaban claramente definidas:

- 1) Libertad a todos los estudiantes, levantamiento de sumarios y persecuciones judiciales o administrativas.
- 2) Retiro inmediato de la policía de las calles del Barrio Latino.
- 3) Reapertura de todas las facultades cerradas.

---

<sup>25</sup> Vidal Villa, *op. cit.*

<sup>26</sup> De Massot, *op. cit.*

Con esta bandera se congregaron entre cincuenta y sesenta mil estudiantes. De nuevo el objetivo era la Sorbona. El cortejo en marcha alcanzó los primeros piquetes de policía, mucho más numerosos que el día anterior. ¿Qué hacer? La gran masa inició entonces lo que sería la “larga marcha”: treinta kilómetros recorridos por todo París, atravesando los barrios populares, cruzando los puentes del Sena y desembocando en la más simbólica de las avenidas burguesas de Francia: los Campos Elíseos. La Internacional resonó con vigor en el mundialmente conocido Arco del Triunfo.<sup>27</sup>

## **Stalinismo, *impasse***

La novedad ahora era que los aparatos sindicales, en primerísimo lugar la CGT (Confederación General del Trabajo) dirigida por el stalinismo, intentaban intervenir. Hasta el momento habían ignorado la movilización estudiantil. Un famoso artículo del secretario general del PCF, aparecido el mismo 3 de mayo, repudiaba al movimiento estudiantil iniciado en Nanterre con la excusa de que con sus “provocaciones” había llevado al cierre de la Universidad, estaba dirigido por “falsos revolucionarios que hay que desenmascarar ya que, objetivamente, están sirviendo a los intereses del poder gaullista y de los grandes monopolios capitalistas”.<sup>28</sup> Pero el ímpetu imparable de la manifestación de los primeros días de mayo y su gran repercusión popular había obligado al PCF a tomar una nueva orientación: pasó repentinamente a denunciar la represión y a proclamar la solidaridad con los estudiantes movilizados. Sin embargo, mantenía su propósito de buscar una brecha para encaramarse sobre la ascendente movilización en la tentativa de quebrarla desde

---

27 Vidal Villa, op. cit.

28 Marchais, George. *L'Humanité*, 3 de mayo de 1968.

adentro. El primer ensayo fracasará.

El 8 de mayo, por convocatoria de la UNEF, se reunieron en un acto común dirigentes de la CGT y otras organizaciones sindicales. La proclamada solidaridad era nada más que de palabra: no comprometía ninguna acción concreta. En la manifestación que siguió al acto, el aparato de “seguridad” del PCF asumió el control y se interpuso entre los estudiantes y la policía a fin de evitar cualquier incidente. Los diarios del día siguiente destacaban el hecho: el PCF se presentaba ante el poder como un factor de control para negociar una salida, marginando a la vanguardia estudiantil radicalizada. El gobierno aprovechó la situación para evitar retroceder y aún luego de la manifestación “pacífica” planteó que la Sorbona no podía reabrirse hasta tanto no cesara la agitación estudiantil.

El movimiento parecía ingresar en un *impasse*. El 9 de mayo fue un día sin grandes acontecimientos. Todo el activismo discutía cómo seguir, mientras no cedía el cerrojo de los represores sobre la Sorbona. En un acto convocado ese día por la JCR (Juventud Comunista Revolucionaria), trotskistas “mandelistas”,<sup>29</sup> el líder “anarquista” más reconocido, Daniel Cohn Bendit, llamó a mantener la presión con las movilizaciones callejeras. Bendit, desde el principio, había repudiado cualquier tentativa de acción común con las organizaciones sindicales. Los trotskistas “lambertistas”, que acababan de fundar la Federación de Estudiantes Revolucionario (FER), criticaron el planteo, convocaron a luchar por quebrar el bloqueo de los aparatos que aislaban al movimiento estudiantil y lanzaron la consigna de “500.000 trabajadores y estudiantes en el Barrio Latino, por un frente de las organizaciones obreras y estudiantiles para derrotar a la represión”. Fuera de este planteo, lanzarse a nuevas

---

29 Por el nombre de su más conocido dirigente, el belga Ernest Mandel (1923-1995). Ver artículo en el Apéndice documental.

acciones en un barrio amurallado de uniformados pertrechados hasta los dientes podía conducir a una masacre.

## La noche de las barricadas

El 10 de mayo marcó el punto culminante de la primera fase del Mayo Francés. Fue la noche de las barricadas, cuando la heroica resistencia de los estudiantes que tomaron el Barrio Latino se transformó en el punto de partida de una nueva etapa de la movilización, que involucrará al proletariado francés en su conjunto. Desde la tarde, los estudiantes volvieron a concentrarse. Otra vez, comenzaban a marchar decenas de miles. La novedad era la enorme masa de estudiantes secundarios que se integró en la multitud. La policía bloqueaba a los manifestantes el cruce de los puentes hacia el centro de la ciudad y custodiaba la Sorbona. Otra vez: ¿qué hacer? “La policía no ataca. La indecisión reinante en la manifestación se convierte de golpe en una decisión concreta: si no se puede retomar la Sorbona, se ocupará el Barrio Latino; si la policía rodea a la Sorbona, la manifestación rodeará a la policía”.<sup>30</sup> Los estudiantes se lanzaron a la ocupación general del Barrio Latino; eran más de treinta mil los que en la noche organizaron barricadas y se pertrecharon en las calles.

Esa noche, la FER concluía un acto convocado días antes: hacia las doce de la noche, marchando con 1.500 compañeros, se dirigió al Barrio Latino. Era para expresar que consideraban una aventura la ocupación. Llevaban una gran pancarta que insistía: “La tarea es militar por reunir medio millón de manifestantes en el Barrio Latino, para quebrar así el operativo represivo”. Transformando este planteo en

---

30 Vidal Villa, *op. cit.*

un ultimátum, acabaron por replegarse. Luego de llamar a no confundir a las organizaciones sindicales con sus aparatos dirigentes, planteando la acción común de trabajadores y estudiantes, confundieron el impulso masivo de la juventud radicalizada con la falta de perspectiva y la política aventurera de los líderes estudiantiles más reconocidos. Se retiraron del Barrio Latino cuando la gran batalla estaba por comenzar y el Mayo Francés ingresaba en una nueva etapa.

El relato de Vidal Villa resume los acontecimientos de esa noche decisiva:

A las 2:15 de la madrugada, un cohete luminoso da la señal de ataque y la masa de policías concentrados se lanza a la conquista de las barricadas. Cascos, escudo, fusiles, porras, granadas lacrimógenas, una masa azul y negra que desencadena su brutalidad (...) La virulencia del ataque no tiene punto de comparación en la historia de la Francia contemporánea. Pero la resistencia es muy superior a la esperada. Cada barricada va a representar un auténtico combate. Varias veces van a intentar ocuparlas y varias veces van a ser rechazados (...) Los heridos van a abundar por ambas partes. Incendios de automóviles, gases y bombas de humo, ulular de sirenas, ambulancias, detenidos, aporreados hasta la inconciencia, la furia desencadenada de la represión (...) El asalto a una barricada en la que ondea una bandera con el lema: “Viva la Comuna del 10 de mayo” reaviva la memoria adormecida, el recuerdo de otras jornadas gloriosas. La solidaridad popular no se va hacer esperar. Desde esa misma noche, desde las ventanas de los edificios colindantes a las barricadas los vecinos lanzan todo tipo de proyectiles contra la policía, elementos de protección para los manifestantes y dan refugio a los que buscan cobijo... A las seis de la mañana, tras cerca de cuatro horas de combate, los estudiantes se repliegan. La masa azul y negra se ensaña con los últimos



rezagados y toma posesión de las barricadas... Efímero y triste triunfo, inútil triunfo que tan solo durará unas horas más. La crisis política que las barricadas han producido va a obligar al gobierno a retroceder.<sup>31</sup>

---

31 Vidal Villa, *op. cit.*



## **CAPÍTULO 6**

### **La huelga general y la cuestión del poder**

Luego de la brutal represión desatada sobre los estudiantes en la noche del viernes 10 de mayo, se produjo otro enorme giro en la situación. En un estado de conmoción nacional, las principales organizaciones sindicales (la CGT, dirigida por el stalinismo; la CFDT (Confédération Française Démocratique du Travail), de origen clerical; y FO (Force Ouvrière), dominada por la burocracia socialista e integrada al capital) se vieron obligadas a convocar a una huelga general de veinticuatro horas para el siguiente lunes 13 de mayo. El sábado 11, poco antes de medianoche, el primer ministro Georges Pompidou intentó calmar la situación cediendo a varios reclamos. Ordenó el retiro de la policía del Barrio Latino, la reapertura de la Sorbona y planteó que iba a “reconsiderarse” la situación de los estudiantes detenidos. Estas concesiones gubernamentales no lograrían, sin embargo, frenar el movimiento sino estimularlo. Durante el fin de semana, se produjeron manifestaciones espontáneas de protesta en el Barrio Latino y en los alrededores de la Sorbona.

El lunes 13 los trabajadores llegaron a sus lugares de trabajo y se reunieron en asambleas. Se discutió la situación y se convocó a la manifestación prevista para la tarde, en repudio a la represión. En la planta de Renault en Boulogne-Billancourt –

la fábrica automotriz más grande de Europa, con más de veinte mil obreros— la burocracia sindical del stalinismo repartía panfletos a los trabajadores pidiendo “unidad y calma” y advirtiendo sobre la actitud de “provocadores”.

En los alrededores de la fábrica, afiches pegados por la CGT denunciaban a grupos trotskistas, maoístas y anarquistas de pretender infiltrarse en la clase obrera al amparo de la policía. Cerca de las siete de la mañana, cuando llegaron grupos de militantes trotskistas para vender su periódico, grupos de la burocracia intentaron impedirlo y se produjeron forcejeos. El “servicio de orden” de la CGT pretendía impedir que militantes de la FER (lambertistas) se dirigiesen a los trabajadores que estaban reunidos en asamblea. Ante el reclamo de los presentes, debieron dejarlos hablar, y uno de sus dirigentes llamó a la lucha unificada contra el estado policial y a sumarse a la marcha de esa tarde. Hablaron los burocratas de las distintas centrales, que también convocaban a la manifestación, pero insistían en advertir sobre la acción de “provocadores”. El clima era de tensión y de movilización. Se cantó *La Internacional* dentro de la fábrica, por primera vez en veinte años. La situación se repetía en otras plantas industriales y barriadas.

Hacia el mediodía, la ciudad estaba completamente paralizada. La huelga había sido convocada con escasa anticipación y ni siquiera era “legal” (el régimen gaullista exigía anunciar los paros con cinco días de antelación), pero el estado de ánimo de las masas era de lucha. Todas las fuerzas se dirigían a la manifestación, convocada por las centrales sindicales, la federación estudiantil y las asociaciones de profesores (FEN y SNESup). No se veían autobuses ni coches en las calles, las cuales estaban completamente en manos de las masas. Tampoco había policías a la vista. Los contingentes de manifestantes llegaban de todos los extremos de la ciudad. La convocatoria era impresionante: un millón de manifestantes ocupaba las calles de París, conformando una

marea humana extraordinaria. “Piqueteadores” de los periódicos de todos los grupos políticos desafiaban la resolución burocrática tomada por las organizaciones sindicales, que establecía que solo podría venderse el material de los grupos convocantes. Podían verse las banderas de la Jeunesse Communiste Revolutionnaire (mandelistas) y de la FER, la UJCML y Servir au Peuple (maoístas). La columna estudiantil era inmensa: el movimiento “22 de marzo”, la UNEF, los sindicatos docentes, los estudiantes secundarios de los liceos. Había decenas de columnas sindicales: empleados públicos, docentes, bancarios, metalúrgicos, ferroviarios, empleados del metro. Todo el mundo parecía estar ahí.

## París de rojo

Las organizaciones convocantes a la manifestación habían acordado concentrarse por separado en distintos lugares para luego confluir en la Plaza de la República, y de allí marchar sobre el Barrio Latino, hasta la plaza Denfert-Rochereau. No se trataba simplemente de una cuestión organizativa: la burocracia sindical y el PCF no querían, bajo ningún punto de vista, que confluyesen las más radicalizadas columnas obreras con las estudiantiles. A pesar de que había sido convocada como una movilización conjunta, los burócratas de la CGT querían impedir a toda costa que se mezclasen los grupos, en la calle.

Cerca de las cuatro y media de la tarde, la columna de estudiantes y docentes, de casi cien mil personas, logró finalmente salir de la Plaza de la República. Recién entonces avanzaron las columnas sindicales. Algunos grupos estudiantiles intentaron infiltrarse en las columnas de la CGT: algunos lo lograron, otros fueron frenados por el aparato de “seguridad” del stalinismo. Pero en la manifestación se impuso el canto de *La Internacional*, el himno sin fronteras de los trabajadores y la bandera roja flameaba en todas partes:

“Son centenares de miles de trabajadores, jóvenes, de todas las capas de la población explotada que se unen: la manifestación del 13 de mayo se impone como una de las más importantes que haya conocido Francia en toda su historia.”<sup>32</sup> El Barrio Latino quedó liberado y el clima que se vivía en las calles, las consignas, la solidaridad reinante, traducían la certeza de que se trataba del preludio de una lucha que no se detendría ese día.

Cuando las columnas llegaron a la Plaza Denfert-Rochereau, el punto de destino de la manifestación, la CGT se apresuró a organizar la “desconcentración”. El movimiento “22 de marzo” había llamado a estudiantes y obreros a concentrarse en el Champ-de-Mars (a los pies de la torre Eiffel) para discutir en una asamblea los pasos a seguir. Aparecieron por todas partes los encargados de la seguridad del PCF y la CGT (según algún cronista, había miles), que cerraron el paso a las columnas obreras y llamaron a desconcentrar. Los que llamaban a continuar movilizados eran acusados de “provocadores”. La mayoría de los trabajadores siguió la directiva de la burocracia y se desconcentró; otros protestaron, algunos se sumaron a las columnas que seguían movilizadas. “La masa estudiantil, por su parte, se dirige al Champ-de-Mars, donde se celebra un mitin en el que se plantea la continuidad del movimiento: se adopta una decisión que va a crear una situación nueva: se ocupará indefinidamente la Sorbona.”<sup>33</sup>

## La clase obrera entra en escena

Para el stalinismo, la acción del 13 de mayo debía ser un paro de veinticuatro horas, para luego reasumir el comando de la situación, contener la radicalización estudiantil y

---

32 De Massot, *op. cit.*

33 Vidal Villa, *op. cit.*

pactar una salida compatible con el régimen gaullista. Ya lo había intentado la semana previa, buscando regimentar las manifestaciones estudiantiles. Pero otra vez se verá superado por los acontecimientos. La masa de la clase obrera se había puesto en movimiento y se abría una nueva etapa del Mayo Francés. La manifestación “del millón” era el primer acto de la huelga general.

En la mañana del martes 14, los 2.800 obreros de la fábrica Sud-Aviation, en la ciudad de Nantes, plantearon una serie de reivindicaciones inmediatas: ante el rechazo de la patronal, decidieron ocupar la fábrica y se declararon en huelga indefinida. El gerente fue retenido en su oficina. Al anochecer del 14, una bandera roja flameaba sobre la fábrica.<sup>34</sup>

La mayoría de los periódicos intentaron restar importancia al hecho. *Le Monde* decía que “al estilo de los estudiantes, los obreros de Sud-Aviation, ocupan la planta de Nantes”. Pero el movimiento se extendía: el miércoles hacían lo mismo los trabajadores de la fábrica Renault-Cleon. El jueves 16, a iniciativa de los trabajadores más jóvenes y combativos, se ocupó un taller en la ya mencionada Renault de Boulogne-Billancourt. Al día siguiente, la fábrica más importante de Europa había sido ocupada por sus trabajadores.

Ante la extensión de la ocupación de fábricas, el PCF volvió a adaptar su táctica para no perder la oportunidad de maniobrar sobre el movimiento. Si salía a enfrentar la ola huelguística, corría el grave riesgo de perder el control sobre la base de los trabajadores movilizados; si se ponía al frente de la lucha perdía su lugar de “garante del orden” ante el gobierno gaullista. La CGT stalinista resolvió, entonces, que “aceptaría las decisiones de las bases”. Al no poder dirigir el movimiento, buscaba evitar que se volviese en su contra.

---

34 De Massot, *op. cit.*

Pretendía, de este modo, que el conflicto no fuese contra la burocracia, sino que quedase limitado a una serie de “reivindicaciones” tales como aumento salarial, reducción de jornada laboral, cambios en la edad jubilatoria, etc.

Al mismo tiempo, continuaba la campaña contra los “provocadores” y los “ultraizquierdistas”. Cuando, al mediodía del viernes 17 de mayo, llegó a la Sorbona la extraordinaria noticia de la ocupación de la planta de Renault, los estudiantes que mantenían ocupada la Universidad decidieron lanzar una marcha sobre la fábrica para expresar su solidaridad. Aparecieron entonces miles de volantes de la CGT que desaconsejaban la movilización. “Nos oponemos a toda iniciativa precipitada” –decía el volante de la burocracia– “que pueda comprometer nuestro movimiento y facilitar una provocación que conduzca a una intervención gubernamental”.<sup>35</sup> A pesar del volante, más de dos mil manifestantes se movilizaron hasta la planta sin que les fuese permitido ingresar.

## **“Todo es posible”: la huelga general en su apogeo**

Pero el movimiento seguía en ascenso. Miles, decenas de miles, luego millones de obreros fueron a la huelga. “Esto es significativo”, dice un investigador académico sin simpatías con la revolución, “porque modifica la interpretación común de mayo de 1968 como una revuelta juvenil.”<sup>36</sup> El lunes 20, más de cinco millones de trabajadores estaban en huelga: en la metalurgia, los transportes, las comunicaciones, la educación, las finanzas. En barriadas industriales como Argenteuil o Bezons, la huelga “crecía masivamente”. En cuestión de días, la huelga indefinida se extendió a toda Francia. “La

---

35 Vidal Villa, *op. cit.*

36 Seidman, Michael. “Workers in a Repressive Society of Seductions: Parisian Metallurgists in May-June 1968”. *French Historical Studies*, 18: 1, 1993.



paralización del país será un hecho: desde los transportes, hasta los servicios, pasando por la producción, todas las actividades en Francia serán suspendidas.”<sup>37</sup> Desde la huelga general de 1936 Francia no vivía una situación semejante.

En la semana que comenzó el 20 de mayo, la huelga general era imparable. El viernes 24 París volvió a ser ocupada por una manifestación masiva de trabajadores, jóvenes y estudiantes, en lo que se conoció luego como la “segunda noche de las barricadas”. La acción de la clase obrera planteaba una crisis revolucionaria. La burguesía vacilaba, al mismo tiempo que la labor de vaciamiento de la huelga por parte de la dirección stalinista seguía su curso.

Mientras los manifestantes se lanzaban a las calles de París el 24 de mayo, el presidente De Gaulle, con Francia completamente paralizada, se dirigió por radio y televisión a todo el país. Reconocía lo que llamaba genéricamente la “demanda de cambios” que se expresaba en la huelga general, pero no se refirió a ninguna reivindicación concreta. Convocaba, en cambio, a renovar el mandato del gobierno mediante un referéndum. Pretendía un apoyo plebiscitario para renovar su gastada capacidad de arbitraje. Sonaba a burla y a una especie de ultimátum. Por eso mismo exasperó a todo el mundo. En las manifestaciones convocadas para ese día por la CGT y por la UNEF, la respuesta al discurso fue prácticamente inmediata: “Fuera De Gaulle” era la nueva consigna que se gritaba en la capital francesa.

El clima era de extrema tensión: la manifestación avanzó y encontró una feroz represión policial. Otra vez se observaban actos salvajes de brutalidad policial, encarnizamiento con los heridos, centenares de detenidos. Otra vez las barricadas: los manifestantes mostraban una tenaz combatividad, que expresaba la fuerza de la huelga general y el ascenso

---

37 Ídem.

de masas. Tal como ocurriera el 10 de mayo, la pelea por la calle fue tenaz y violenta; los manifestantes resistían y mantenían en vilo a la policía. París, luego de casi quince días de huelga, estaba irreconocible: los edificios públicos se encontraban en estado de semiabandono. La segunda noche las manifestaciones se extendieron a otras grandes ciudades del país. Los obreros agrícolas se incorporaron a la huelga.

Nos encontramos en el punto más alto de una movilización de alcance revolucionario. La burguesía estaba confundida. Luego del 24 deliberaba sobre las alternativas posibles, sin descartar la eventualidad de una salida militar. En lo inmediato, y para ganar tiempo, lanzó un llamado a la “negociación”.

## ¿...y ahora?

En la mañana del 25, se reunieron en París delegados convocados por la vanguardia vinculada con el trotskismo lambertista. Bregaban por el frente único de las organizaciones obreras y por la constitución de un Comité Central Nacional de comités de huelga. Consideraban que la situación había dado un salto, que se había abierto una nueva etapa. Votaron un llamamiento: “la huelga general debe terminar con el gobierno capitalista, es la única garantía para satisfacción de nuestras reivindicaciones (...) todo depende de las centrales sindicales y de los partidos obreros; que se unan para este combate...; el momento ha llegado”. En esta “dependencia” del movimiento de las grandes organizaciones se encontraba también el talón de Aquiles de la movilización revolucionaria que ingresaba en sus días más efervescentes.

El stalinismo había hecho lo imposible por recortar y limitar la huelga que nunca había decretado. Con el *leit motiv* “que las bases decidan” había acompañado la iniciativa de los obreros, buscando siempre regimentarla y mantenerla bajo control. La CGT aceptó la formación de comités de huelga solo

en la medida en que se sometieran a la coordinación del viejo aparato. Los mantuvo separados unos de otros en todo lo posible, por fábrica y por región, consciente de que así impedía una organización adaptada al estallido huelguístico masivo y que se desarrollara como un nuevo poder. La propuesta de un comité nacional de huelga le sonaba a provocación. Mientras tanto, la dirección de la CGT buscaba restringir las ocupaciones a un acto menor, enviando a los trabajadores a casa y dejando una suerte de “guardias” bajo control del aparato.

Los trotskistas vinculados a la corriente mandelista, que actuaban en común con el grupo dirigido por el publicitado Cohn-Bendit, pregonaban la formación de “comités de acción” pero al planteo de poner en pie una organización centralizada de la huelga oponían la línea de que las empresas ocupadas se pusieran a producir (una “autogestión” generalizada), eludiendo –con un clásico argumento “basista”– la cuestión clave: plantear la lucha por el poder.

Quedaba instalada la vieja consigna de *cambiar el mundo sin tomar el poder* que, por supuesto, no condujo a ningún lugar. La cúpula de la CGT, naturalmente, se oponía a plantear cualquier consigna con relación al derrocamiento del gobierno y se limitaba a trazar las reivindicaciones inmediatas que impulsaron la huelga con reclamos de orden salarial, respecto a la jornada, a las condiciones de trabajo y al régimen jubilatorio. Cuando el 25 el gobierno planteó “negociar” para frenar la marea incontenible de la huelga, el stalinismo presentó la cuestión como una victoria. Estimaba que la sogá de algunas concesiones se podía atar al cuello de la clase obrera insurgente, en el cuadro del régimen político vigente.

### ***“Ne signez pas!”***

Durante todo el fin de semana del 25 y 26 de mayo se reunieron las organizaciones sindicales, las patronales y el gobierno.

Las reuniones dieron como resultado los llamados “Acuerdos de Grenelle”: se ofrecía aumentar el salario mínimo, otorgar aumentos salariales del orden del 7%, reducir la jornada laboral para ciertos sectores y pagar los días caídos por la huelga.

Se trata de concesiones reales que no se explican sino por el miedo que provoca la huelga general, por la fuerza del movimiento. Pero los límites de estas concesiones son evidentes (...) Ninguna de las reivindicaciones fundamentales que han llevado a la lucha a diez millones de trabajadores ha sido satisfecha. Ninguna garantía que asegure que lo que se conquista no será arrebatado: ni escala móvil de salarios, ni control obrero sobre los precios. No es un compromiso que responde a la realidad de las relaciones de fuerza entre las clases. Se trata de una pura y simple capitulación de la burocracia ante la burguesía.<sup>38</sup>

El lunes 27 a la mañana se jugaba la carta decisiva: los principales líderes sindicales del país decidieron ir a la principal fábrica, la Renault Billancourt. Su objetivo era hacer pasar allí los acuerdos, y mostrar que mantenían el control de la situación. A las siete de la mañana, ante una multitudinaria asamblea obrera, los dirigentes sindicales más importantes del stalinismo, Georges Séguy y Benoît Frachon, se dirigieron a la multitud, explicando los acuerdos. La respuesta fue unánime: *Ne signez pas! Ne signez pas!* (“¡No firmen!”). Lo mismo sucedía en otras grandes plantas, como Citroën, Berliet, Rhodiaceta, Sud-Aviation.

La huelga general se fortaleció: miles de obreros se reunían en sus lugares de trabajo, discutían, denunciaban los acuerdos, exigían que fuesen rechazados. Una vez más, el stalinismo comprendió que debía acomodarse a la nueva situación:

---

38 De Massot, *op. cit.*

Séguy anunció que la CGT no había dado la orden de ir al paro, y por lo tanto no podía pedirles a los trabajadores que volvieran al trabajo. Unas horas después de la asamblea en la Renault, la CGT indicó a su comisión negociadora que no firmase el acuerdo de Grenelle dadas las “concesiones insuficientes” de los patrones.<sup>39</sup>

La tensión del Mayo Francés llegaba entonces a su punto máximo: “La burguesía y su estado, en una sociedad que definen como ‘sociedad de la abundancia’, consideran imposible satisfacer demandas tan elementales como la semana de trabajo de cuarenta horas, el rechazo al desmantelamiento de la seguridad social, el rechazo a un salario de miseria”.<sup>40</sup> El triunfo de la huelga exigía ahora la caída del gobierno. Quedaba formulada una cuestión de crisis de poder.

Ya no se hablaba del referéndum planteado días antes por De Gaulle. La prensa hacía hincapié en la “anarquía reinante” y en el “vacío de poder”: Pierre Mendès-France, vieja figura de la burguesía liberal y ex primer ministro, ensayó presentarse como la única salida para salvar al régimen mostrándose simpático al clamor de la movilización obrera y juvenil. El secretario general del PCF, Waldeck Rochet, le pidió una reunión, para fijar las condiciones de “un reemplazo del poder gaullista por un gobierno popular de unión democrática con la participación comunista”.

Todo el mundo deliberaba, la crisis de poder se agudizaba: el 29 de mayo, *Le Monde* planteó que “no se ve otra salida más que la renuncia del jefe de Estado”. *Le Figaro* constataba que “la situación se agrava de hora a hora”, y reclamaba “la formación de un gobierno de amplia unión nacional”. El régimen tambaleaba, pero aún no se desplomaba. El gobier-

---

39 De Massot, *op. cit.*

40 Ídem.

no se guardaba una última carta. El presidente anunció que daría un discurso por radio y televisión el día 30. Mientras tanto, se reunió sigilosamente en Alemania, en un cuartel de tropas francesas, con el alto mando militar: discutían la intervención del ejército en la represión. Después de preparar todos los recursos, el 30 comenzará la contraofensiva. Y claro, contará con la ayuda clave del stalinismo.<sup>41</sup>

---

41 Ver "Si alguien habla de revolución. . . no será un comunista", en el Apéndice documental.

## **CAPÍTULO 7**

### **Punto de viraje**

El 29 de mayo medio millón de manifestantes ocupó nuevamente las calles de París. La convocatoria era de la CGT, luego del rechazo a los acuerdos entre la propia burocracia sindical y el gobierno. Ahora, en las calles no solo se gritaba contra De Gaulle: crecía la consigna “por un gobierno popular”. Pero aunque la huelga general alcanzaba su pico máximo, con un planteo de cambios en la cúpula, los trabajadores no podían darle forma concreta a su reivindicación. No había organismos de doble poder. El PCF concebía tal gobierno como una suerte de engendro centrozquierdista y no en contraposición al Estado burgués y sus instituciones. La gran irrupción revolucionaria del proletariado francés no había evolucionado al punto de superar el bloqueo de los viejos aparatos, el stalinismo en primer lugar. El ascenso extraordinario de las masas que se había desarrollado en apenas semanas enfrentaba con sus propios límites a un régimen en descomposición, cuyo poder de fuego parecía haber desaparecido. Todo parecía posible. Pero todo no sería posible...

Ese mismo 29 de mayo, la crisis “por arriba” tomaba su forma más extrema. A la mañana estaba convocada una reunión extraordinaria del consejo de ministros, pero se anunció su

levantamiento. Se decía que De Gaulle partiría para su residencia en el interior del país, pero los medios informaban que nadie sabía dónde estaba. Recién al caer la noche, el presidente fue localizado en su casa. El clima era de confusión: en los mentideros de la burguesía se hablaba de vacío de poder. La tensión aumentó al comenzar el día siguiente. Se extendió el rumor de que el presidente había expuesto la necesidad de un golpe de Estado en una cita sigilosa con los jefes del Ejército que se había concretado en un cuartel de tropas francesas en la ciudad alemana de Baden-Baden.

En esa atmósfera de incertidumbre, De Gaulle habló por radio y televisión en la tarde del día 30. “He tomado una decisión –afirmó de entrada–: no voy a renunciar y cumpliré con mi mandato”. El discurso fue corto, neto y preciso: el referéndum anunciado seis días antes quedaba suspendido porque no existían “condiciones materiales” para ponerlo en práctica. La decisión ahora era otra: se disolvería el Parlamento (la Asamblea Nacional) y se convocaría a nuevas elecciones. Con la zanahoria de un progreso propio en la institucionalidad “renovada”, se pretendía entonces que la izquierda garantizase las “condiciones materiales” para que el pueblo votase; en pocas palabras, terminar con la huelga. Pero también había un “plan B” explícito: “Si esta situación de fuerza se mantiene”, concluía *monsieur le president*, “para mantener la República y de acuerdo con la Constitución, tendré que tomar medidas distintas a un inmediato voto popular”.

## Operativo contraataque

La diferencia con el discurso del 24 –cuando De Gaulle anunció el nonato referéndum– era notoria. El rescate plebiscitario de un bonapartismo en decadencia no había provocado entusiasmo entre las camarillas capitalistas y debió dar



paso a una salida parlamentaria. Ahora, se “abría el juego”. No se trataba de más de lo mismo. Se planteaba un cambio de frente en el régimen político, apelando al recurso clásico en situaciones de peligro para la burguesía: la colaboración más abierta de las direcciones contrarrevolucionarias. A cambio de echar atrás la huelga, la izquierda podría hacer su camino en la “institucionalidad”.

El alto mando militar obligó a De Gaulle a sacrificar un golpe en beneficio propio. El ejército actuó como representante general de la clase capitalista, planteó la variante de agotar los términos de una salida política y guardó “en última instancia” la posibilidad de una salida de fuerza, preservando al aparato represivo. Los uniformados exigieron la libertad de los jefes de la derecha militar, encarcelados por atentados y tentativas de golpe algunos años atrás, en ocasión de la crisis que provocó la decisión de De Gaulle de conceder la independencia a Argelia.

El nuevo discurso presidencial traducía un rearme de conjunto del frente patronal. El operativo fue puesto en marcha de manera inmediata: las fuerzas de “seguridad” tomaron algunas refinerías paralizadas y se dispuso normalizar el suministro de combustible; los medios de comunicación lanzaron una enorme campaña en favor de la nueva línea oficial, en defensa de la “democracia” que se renovarían por el voto y de una superación de la huelga mediante el diálogo sectorial y hasta caso por caso. Como parte de la maniobra, el gobierno ofreció más concesiones a los gremios ferroviarios y del transporte, para fracturar el paro y contribuir a una normalización de la vida ciudadana, con los servicios funcionando. No era todo: en su propio discurso De Gaulle había reclamado que “en todas partes e inmediatamente hay que organizar la acción cívica “para ayudar al gobierno... y a los prefectos (intendentes), que serán o volverán a ser los comisarios de la República, en sus tareas que consisten en asegurar al máximo posible que la gente

pueda vivir normalmente y evitar la subversión en todo momento y lugar”. El mismo 30, por la tarde, se manifestaron en el centro de París los que apoyaban al gobierno. Al llamado respondieron centenares de miles de personas: era la Francia “bien pensante”, acomodada, pequeño burguesa... y no tan pequeña. “El comunismo no pasará”, decían algunas pancartas. Se cantó la *Marsellesa* y se reclamó el apoyo al régimen. La situación se repetía en algunas ciudades de provincia. Algunos piquetes de huelga fueron atacados por fuerzas policiales o comités “cívicos”.

Eran aún solo escaramuzas, porque la huelga general todavía se mantenía firme por todas partes. El llamado de los gaullistas a ganar las calles no fue enfrentado por los sindicatos ni por el PCF. El jefe del bloque comunista en la Asamblea Nacional, ese mismo día, dijo que “los trabajadores, seguros de su fuerza, continuarán defendiendo las reivindicaciones por las cuales están en huelga [y] participarán en conjunto, con más fuerza y confianza, en la campaña electoral, para terminar con el poder gaullista”. Un poco más tarde, el buró político del PCF señaló que el partido “irá a las elecciones para exponer su programa de progreso social, de paz y de unión de todas las fuerzas democráticas”.

La salida no será obrera y socialista... La alternativa para la mayor huelga política de masas de la historia del proletariado europeo, según el PCF, era “dictadura gaullista o democracia”. Garantizar “las condiciones materiales” de las elecciones era ahora el “programa común” no escrito de quienes se enfrentaban violentamente de palabra pero se afanaban en mantener en pie al régimen burgués.

## Zanahoria y palos

Las direcciones sindicales culminaban su tarea. Se habían empeñado en no bajarse del barco ni abandonar la ola

ascendente del movimiento para renovar siempre su intento de echar atrás la huelga general. Después del rechazo a los acuerdos de Grenelle y con la situación abierta por el nuevo planteo gaullista, la línea ahora era: nada de negociación de conjunto, separar las reivindicaciones por sector, negociar por rama, región o fábrica y preparar las condiciones para un “exitoso retorno al trabajo”, título literal de una edición del diario del PCF de esos primeros días de junio. En lugar de centralizar a la clase obrera, atomizarla. El contraataque oficial estaba en marcha, la dislocación de la huelga también. No sería una tarea sencilla y no faltaría la represión abierta contra los huelguistas.

El 31 de mayo *Les Echos* pintaba el país de esta manera: “Las huelgas y las ocupaciones de fábricas prosiguen... salvo algunos casos excepcionales no hay hasta el momento un retorno importante al trabajo.” Estaba por comenzar el desarme progresivo: sería una mezcla de zanahoria y palos.<sup>42</sup>

La huelga general, a pesar de su potencia, no había podido darse los medios de su centralización. En lo que respecta a sus organizaciones, los trabajadores, aislados en sus ciudades y regiones, arrinconados en las empresas, no recibieron ninguna orden de combate, de reagrupamiento. Al contrario, el rápido realineamiento para la “batalla” electoral no podía ser interpretado sino como el anuncio de la retirada.<sup>43</sup>

Pero no sería una retirada tranquila: la vanguardia presentará pelea y la defensa de la conquista de la huelga será heroica.

---

42 A propósito de la huelga general de 1926, León Trotsky escribía: “Es necesario mirar la realidad de frente: los esfuerzos esenciales de los dirigentes del Partido Laborista y de un número considerable de dirigentes de los sindicatos no estarán dirigidos a paralizar al Estado burgués mediante la huelga general sino a paralizar la huelga general con la ayuda del Estado burgués”.

43 De Massot, *op. cit.*



## **CAPÍTULO 8**

### **Junio: el gobierno y la burocracia desarman la huelga general**

El discurso del presidente De Gaulle, el jueves 30 de mayo, marcó un punto de viraje. Expresaba el reagrupamiento político de la burguesía en torno a una salida a la crisis revolucionaria creada por la movilización de los trabajadores y la juventud. El régimen convocó a elecciones generales. Se invocaba a la democracia para echar atrás la acción directa de los explotados. Como carta de reserva, el ejército –consultado por De Gaulle– amenazaba con intervenir. La operación contraataque requería la colaboración de las direcciones obreras.

Los acontecimientos se sucedían ahora muy rápidamente. Se inició un operativo para levantar la huelga y aislar a los sectores más combativos. Una vez asegurada la “vuelta al trabajo” en algunos sectores estratégicos, se descargaría todo el peso represivo sobre la izquierda y los militantes revolucionarios.

El gobierno intentó aprovechar el fin de semana largo del 1 al 3 de junio –el lunes 3 era feriado– para negociar contra reloj con algunos sectores clave. El objetivo: lograr que el martes ya hubiera obreros de vuelta en el trabajo. El aparato de la burocracia stalinista le marcaba el paso a

la táctica oficial: el sábado 1 de junio, la CGT declaró que “en un número importante de sectores las negociaciones han concluido con resultados que representan indudables victorias”. El diario *Le Monde* confirmaba, ese mismo día, que “las conversaciones en curso hacen esperar un retorno general al trabajo para el martes”. El domingo, un nuevo comunicado de la CGT prometía que “tomará las disposiciones necesarias para organizar una solidaridad material masiva con los trabajadores *que se vean obligados a continuar con la huelga...*”.<sup>44</sup> Era el discurso de una burocracia que se preparaba para entregarse en forma inminente. A la presión de los burócratas se sumaba el apriete represivo.

Durante todo el fin de semana, sin embargo, los trabajadores no cedieron. Aun con enfrentamientos menores con las fuerzas “del orden” en algunas fábricas, las ocupaciones y los piquetes se mantuvieron. Todavía se sentía la fuerza de la huelga general. Al día siguiente del discurso de De Gaulle, un editorial de *Les Echos* se planteaba la pregunta esencial: “¿Quién puede desmovilizar las fábricas?” El martes 4 de junio todavía no había respuesta.<sup>45</sup>

## Los “sectores estratégicos”

El gobierno comprendió que, para conseguir su objetivo, tenía que otorgar mayores concesiones en algunos sectores estratégicos del movimiento obrero. A los ferroviarios les ofrecieron una serie de reivindicaciones para que levantasen el conflicto: pagar íntegramente los días caídos, un aumento salarial del 10 % y una reducción de la jornada laboral. No se establecía, sin embargo, ninguna garantía que asegurase el cumplimiento de las mejoras, ni se decía una palabra sobre

---

44 De Massot, *op. cit.* (cursivas nuestras)

45 Ídem.

todas las restantes reivindicaciones de los obreros en huelga. La burocracia hizo votar la aceptación de las condiciones en aquellos lugares que controlaba mejor, más alejados de la capital y con menor cantidad de trabajadores. Luego presentó a los trabajadores más combativos el hecho consumado del levantamiento. El 6 de junio, un comunicado de todas las centrales sindicales anunciaba que “los ferroviarios han evaluado los aspectos positivos [de la negociación] y han decidido democráticamente en la mayoría de los centros el principio del retorno al trabajo”.

Otro sector estratégico era el de los transportes (autobús, subterráneo) de la zona de París. La prensa patronal anunciaba día tras día que era “inminente” el levantamiento del paro y que había “serias posibilidades de una vuelta al trabajo el miércoles 5”. En este caso, las mejoras ofrecidas por el gobierno eran aún más escasas: un aumento global de salarios del orden del 12 % y algunas promesas, sin nada concreto, sobre condiciones de trabajo y jornada laboral. La burocracia debió extremar sus esfuerzos para hacer pasar este arreglo. Durante todo el día miércoles, a pesar de los anuncios periodísticos, París siguió sin transportes. La burocracia organizó una votación “en las bases” cuyos resultados nunca se hicieron públicos. Por la noche anunció que había sido aprobado el levantamiento de la huelga, sin dar ninguna cifra de la votación, y llamó a los trabajadores “a levantar la huelga con la misma unidad que han mostrado en la lucha”. Al día siguiente ya circulaban algunos ramales y autobuses, pero en varias terminales los sectores más combativos mantenían los piquetes y las líneas más importantes no circulaban. Recién al anoecer del jueves 6 de junio los piquetes fueron desalojados por la policía y los obreros del transporte volvieron a trabajar.

Un operativo similar tuvo lugar contra los trabajadores del correo. Ya durante el fin de semana algunas oficinas habían

sido atacadas por la policía y grupos de derecha. Aunque las negociaciones estaban en pleno curso, la CGT anunció el lunes 3 que se había obtenido una “gran victoria” y que debía organizarse la vuelta al trabajo. Una vez más, los trabajadores querían continuar: las reivindicaciones obtenidas eran magras, la mayoría no eran más que promesas. El martes 4 se reunieron los trabajadores de la región parisina y se votó seguir con la huelga. Recién al día siguiente la burocracia consiguió amañar una asamblea que le resultase favorable: numerosos sectores combativos no tenían representación. Como los trabajadores del transporte, los empleados postales (otro sector “estratégico”) volvieron al trabajo el jueves 6.

## **Macartismo y palos**

Esos dos o tres días que debieron transcurrir entre el fin de las negociaciones entre la burocracia y el gobierno y el real levantamiento del paro en los sectores obreros más estratégicos, daban cuenta, por un lado, de la disposición a luchar por parte de la clase obrera y, por el otro, del rol jugado por el stalinismo como auténtico “bombero” al servicio del régimen gaullista. Es que el rearme de la burguesía en torno a la salida electoral jugó en este sentido un papel decisivo: el PCF tomó nota de esta reorientación patronal y se decidió a jugarse a fondo para apoyarla. Era el seguidismo histórico del stalinismo francés a la política de la burguesía gala lo que se ponía de manifiesto, en toda su crudeza, en estos días finales de la huelga general.

La CGT nunca había declarado la huelga general. Para no perder el tren, había acompañado la ola ascendente; inclusive cuando los trabajadores rechazaron los acuerdos sellados entre la cúpula sindical y el gobierno los días 25 y 26 de mayo. Pero luego del 30 la situación era otra. Ahora la burguesía se rearmaba con un planteamiento de



conjunto. El aparato del PCF, a la cabeza de la CGT, decidió pasar a la ofensiva e inclusive enfrentar a sus propios militantes, que resistían, discutían, cuestionaban. “Elección = Traición” era la consigna de la vanguardia más activa. Es lo que se cantaba en la manifestación del sábado 1º de junio, convocada por la UNEF y boicoteada por la CGT. Pero no eran solo estudiantes los que se hicieron presentes en las calles parisinas; entre los cuarenta mil que volvieron a desfilar en la capital francesa se notaba una gran presencia de la nueva generación obrera. El stalinismo redobló la ofensiva.

En *L'Humanité* del 6 de junio se hablaba de “exitoso retorno al trabajo” y se destacaba la “unidad” y el “entusiasmo” de los trabajadores junto con sus direcciones. Al mismo tiempo se multiplicaban los artículos y comentarios dirigidos contra los “grupúsculos”, los “izquierdistas” y los “aventureros” que se negaban a apoyar la vuelta al trabajo. Según el PCF, “bajo el cubierto de frases pseudorevolucionarias y de actos aventureros, estos grupos llevan en realidad la batalla, no contra el poder y la patronal, sino contra los militantes y las organizaciones que conducen la lucha de los trabajadores”.<sup>46</sup>

La preocupación casi histérica por los “izquierdistas” tenía su lógica: la situación todavía no estaba bajo control. El operativo burocrático había logrado levantar la huelga en varios sectores estratégicos, pero ahora se trataba de rematar la tarea. Había que aislar a los sectores que siguiesen en lucha, terminar de desmontar la huelga general. Con sus artículos de “advertencia”, el stalinismo preparaba el terreno para la represión gubernamental. Y la represión no tardó en llegar. El núcleo de resistencia obrera al levantamiento de la huelga eran los metalúrgicos de las principales fábricas del país, el

---

46 Citado en Vidal Villa, *op. cit.*

corazón del capitalismo francés. Allí se había iniciado la intervención obrera en las primeras semanas de mayo; ahora jugarían un rol protagónico en los últimos estertores de la huelga general. En la planta de Renault en Flins, la burocracia fracasó en su intento de armar una votación con urnas para levantar la huelga. El 5 de junio, miles de trabajadores decidieron continuar de paro. La burguesía se alarmó: el fracaso del operativo para levantar la huelga en las principales plantas automotrices podría poner en crisis toda la situación política. *Le Figaro* dijo que “la CGT está desbordada por los izquierdistas” y le reclamó que se pronunciara. La respuesta de la burocracia fue un nuevo llamamiento al levantamiento de la huelga.

En la noche del 5 al 6 de junio, la policía ocupó la fábrica: los piquetes fueron expulsados, los trabajadores brutalmente reprimidos. El gobierno había elegido una fábrica con una gran proporción de trabajadores inmigrantes y en la que consideraba que los sindicatos no responderían con fuerza. De hecho, la burocracia se limitó a convocar una manifestación de protesta a varios kilómetros del lugar. Sin embargo, se sucedían las manifestaciones de grupos estudiantiles y obreros en la zona, que se convirtió en un territorio virtualmente militarizado. El 10 de junio, Gilles Tautain, estudiante secundario y militante de la organización maoísta UJCML, murió ahogado tras ser lanzado al río por la policía. Era el primer manifestante muerto en todas las jornadas de lucha realizadas hasta entonces. La noticia generó un fuerte impacto y se organizaron manifestaciones de repudio. La federación estudiantil convocó a una marcha en París para el día siguiente, mientras el PCF declaraba que lamentaba la muerte de Tautain pero consideraba que la manifestación era una “aventura” y una “provocación”. El ataque del stalinismo también se registró en los hechos: los ferroviarios de la CGT se negaron a transportar a los manifestantes de París hasta Flins.

## El 11 de junio

En plena madrugada, la policía desalojó la planta de Peugeot en Sochaux, cuyos obreros habían decidido también continuar con la huelga. Los trabajadores se concentraron en la puerta e intentaron reingresar: se produjo un brutal enfrentamiento con la policía que duró varias horas. Una vez más corrió sangre: dos trabajadores cayeron muertos ante la represión de las fuerzas policiales. La CGT llamó a “reaccionar vigorosamente” y convocó a un paro de... una hora, para el día siguiente.

Mientras tanto, en París, se realizaba una manifestación convocada por las asociaciones estudiantiles, en repudio al asesinato de Tautain. En una gran terminal ferroviaria de París (Gare de l’Est) se reunieron estudiantes y jóvenes trabajadores frente al llamamiento de la UNEF. La CGT, dirigida por el stalinismo, desconoció la convocatoria. El aislamiento se sentía. En las movilizaciones estudiantiles de mayo, cuando la burocracia sindical abandonaba al movimiento juvenil, la movilización se apoyaba en el progreso de conjunto de la lucha y en la creciente intervención de la clase obrera que paralizaba Francia. Esta vez, la dislocación de la huelga general era lo decisivo: “La fatiga y el agotamiento del movimiento estudiantil ya eran evidentes”.<sup>47</sup> Además, “se presiente el enfrentamiento violento –dice la crónica de un testigo de la época–, se intuye que esa noche se juega la última acción importante del proceso iniciado un mes atrás”.<sup>48</sup>

La policía, que en mayo había buscado acantonar a los estudiantes en el barrio de la Universidad, buscaba ahora impedir la llegada de los manifestantes al Barrio Latino y trataba de evitar que se formara una auténtica manifestación; por

---

47 De Massot, *op. cit.*

48 Vidal Villa, *op. cit.*

eso reprimió de entrada, detuvo en masa, dispersó a los grupos que se concentraban. Los cálculos sobre la cantidad de personas movilizadas eran difíciles de evaluar en esas condiciones, pero se contaban en decenas de miles. Ante el cerco policial al barrio universitario, los manifestantes se desperdigaron por todo París, acosados por una *razzia* permanente de los uniformados.

La violencia alcanza un nuevo pico: 1.500 detenidos, cientos de heridos entre los manifestantes, 72 policías heridos, algunos graves, 72 barricadas, 75 coches incendiados, diez vehículos de la policía saqueados e incendiados, cinco comisarías de policía atacadas, numerosos incendios, vitrinas rotas, árboles cortados, etc... Como en París, en otras ciudades se han producido también escenas de violencia en las manifestaciones convocadas por los estudiantes.<sup>49</sup>

Al día siguiente, el nuevo ministro del Interior, Raymond Marcellin, acentuó las medidas represivas y anunció que se prohibía cualquier manifestación. El 13 de junio llegaba el golpe de gracia contra los grupos revolucionarios: “numerosos militantes son detenidos, los extranjeros son expulsados del país, las manifestaciones y agrupaciones, mítines, son prohibidos y se decreta la disolución de diversas organizaciones revolucionarias”. Según el *Journal Officiel* del 13 de junio, quedaban disueltos la JCR, Voix ouvrière, la FER, la OCI y el PCI (trotskistas), el PCMLF y la UJCML (maoístas) y el movimiento “22 de marzo”.

Por supuesto, entre los proscriptos no estaba el Partido Comunista. Ese mismo 12 de junio, su diario, *L'Humanité*, denunció a los grupos “provocadores” que intentaban mantener la huelga. Al mismo tiempo que numerosos militantes

---

49 Vidal Villa, *op. cit.*

eran detenidos, activistas extranjeros fueron expulsados del país. Las manifestaciones y los mítines quedaron prohibidos.

Hubo, sin embargo, una última manifestación popular, aún después de la prohibición de las movilizaciones callejeras y la ilegalización de las organizaciones de izquierda. Fue la que se organizó para el entierro de Gilles Tautain, el joven estudiante secundario de 17 años asesinado por la policía, en la represión en los suburbios parisinos de días anteriores. Eran “muchos miles de manifestantes que, en un silencio solo roto por el *Canto de los Mártires* y *La Internacional*, acompañaron al camarada muerto hasta el cementerio de Batignolles”. La policía no apareció en esa marcha, que fue la última gran protesta callejera.<sup>50</sup> Pero el ataque represivo en los frentes de lucha que aún se mantenían abiertos no cesó. El Teatro Odeón, uno de los más famosos de París, ocupado desde hacía varias semanas, fue desalojado por la fuerza el 15 de junio. Finalmente, luego de una campaña mediática de denuncia a los ocupantes como “provocadores”, las fuerzas represivas desalojaron la Sorbona el domingo 17 de junio. “En la semana laboral del 10 al 15 de junio se levantó el paro en la mayoría de las grandes plantas metalúrgicas de la región parisina que aún seguían en huelga”.<sup>51</sup> El 18 se volvió al trabajo en la más importante de ellas, la Renault. Era el fin de la huelga general.

## Últimas maniobras y concesiones

El gobierno siguió combinando palos y zanahorias hasta el final: “Para imponer la vuelta al trabajo multiplicó las concesiones allí donde los trabajadores se mostraban más tenaces”,<sup>52</sup> incluso en el único terreno en el que ya había

---

50 Ídem.

51 Seidman, *op. cit.*

52 Ídem.

retrocedido en los acuerdos del 24 de marzo, el referido a los aumentos salariales:

El salario mínimo pasó de 2,22 a 3 francos (equivalente a un salario mensual de 519 francos, cuando los sindicatos reclamaban 600 y cuando acababa de lanzarse en Renault la consigna de ningún salario por debajo de los 1.000). Era un aumento sustancial –del orden del 35 %– que afectaba directa o indirectamente los salarios de casi dos millones de trabajadores y que abría una brecha significativa en los planes oficiales de superexplotación... el doble o el triple de lo que la patronal planteaba como incremento de sueldos antes de la huelga general.<sup>53</sup>

A comienzos de junio, el gobierno complementó su oferta con aumentos sectoriales para los trabajadores que se mantenían en huelga, en los servicios públicos en particular. Y hubo nuevos ofrecimientos luego del día 6, cuando la CGT dio oficialmente la orden de volver al trabajo. El gobierno rechazó la escala móvil de salarios, la reducción de la semana laboral a un máximo de 40 horas y los mayores descuentos para la jubilación.

## La campaña electoral

Mientras se descargaba la represión sobre los últimos focos aislados de resistencia obrera y estudiantil, el gobierno, los principales partidos patronales, la prensa y el stalinismo se focalizaban en la campaña electoral. Si la salida “democrática” había sido el punto de unión entre la burocracia stalinista y el gaullismo, ahora ambos intentaban presentar su confrontación en las urnas en términos de total polarización.

---

<sup>53</sup> Seidman, *op. cit.*

Los gaullistas se reivindicaban como los garantes de la “ley y el orden” ante la amenaza “comunista”. El primer ministro Pompidou pidió a los votantes que eligieran a la UDR (la Unión en Defensa de la República, gaullista) “si quieren derrotar a la subversión y cerrarle el paso a un partido totalitario que amenaza nuestras libertades”.<sup>54</sup>

El PCF respondió a esta ofensiva corriendo el eje de su campaña hacia la derecha. Defendió su condición de partido “responsable”, comprometido con el “marco de la legalidad”. Esto, en el mismo momento en que el régimen la violentaba con la represión y el estado de emergencia. “No somos aventureros”, dijo Waldeck Rochet, el secretario general del PCF: “en estos momentos difíciles la actitud de nuestro partido permitió evitar el conflicto violento que el régimen gaullista estaba buscando”.<sup>55</sup> Detrás de la fachada de polarización electoral, el gobierno y los “comunistas” reivindicaron lo mismo: la vuelta al orden.

La pequeña burguesía ahora vacilaba. Si se trata de “orden” conviene convocar a los “especialistas”, dirá el autor de un libro sobre la conducta del PCF en aquel momento.<sup>56</sup> El gaullismo se preparó entonces para recoger en las urnas el efecto de la cuidadosa tarea de desmonte de la huelga general ejecutado impiadosamente por el stalinismo. En la campaña electoral, el ataque del PCF a lo que denominaba “ultraizquierda” no cesó; ni siquiera luego de los decretos represivos que colocaron a los partidos de izquierda en la ilegalidad. “Los estridentes ataques del PCF contra los ultraizquierdistas no buscaban solamente enfrentar la propaganda gaullista y asegurarse el respaldo del electorado burgués: eran también una respuesta nerviosa ante un nuevo desafío político e ideológico... Nunca en su historia el PCF

---

54 *Le Monde*, 14 de junio de 1968.

55 Devlin, “The PCF and the crisis”, citado por De Massot, *op. cit.*

56 Ídem.

había estado tan cerca de ser corrido por izquierda”.<sup>57</sup> En realidad, se estaba cavando su propia fosa.

## Los resultados

La UDR gaullista obtuvo un resonante triunfo electoral: ganó 358 de las 487 bancas en la Asamblea Nacional. Era la primera vez en la historia de la República que un partido obtenía la mayoría absoluta. La trascendencia de la victoria era todavía mayor si tenemos en cuenta que en las elecciones del año anterior De Gaulle había ganado por un margen mucho más estrecho. Los comunistas perdieron terreno por amplio margen: de 73 escaños pasaron a 34. Los socialistas, en tanto, también perdieron la mitad de sus diputados y se quedaron con medio centenar. El ascenso de la derecha se evidenció incluso en distritos obreros, tradicionales bastiones de la izquierda comunista y socialista.<sup>58</sup> La victoria no permitió abrir una nueva perspectiva al régimen político francés, pero sí procesar su agotamiento luego de disipar la situación revolucionaria y en un lapso prolongado. Asistiremos a una lenta pero irreversible descomposición del bonapartismo, de la cual no parecía haber tomado nota entonces el propio De Gaulle: en 1969 fue eyectado del poder luego de convocar a un plebiscito sobre su permanencia en el gobierno.

Al concluir la huelga general quedó planteado “un equilibrio inestable, un equilibrio que no nacía de una nueva disposición de fuerzas luego del desenlace de la crisis sino al revés, de la extrema tensión de fuerzas de clase que no llegaron ni de un lado ni del otro a imponer un triunfo decisivo. La huelga general no pudo lograr la satisfacción de sus reivindicaciones fundamentales; la burguesía no pudo aplastarla”.<sup>59</sup>

---

<sup>57</sup> Devlin, *op. cit.*

<sup>58</sup> Ídem.

<sup>59</sup> De Massot, *op. cit.*



## **CAPÍTULO 9**

### **¿Qué balance?**

La huelga general francesa de mayo de 1968 planteó la cuestión del poder; no la de su conquista inmediata. La posibilidad de una batalla directa por el gobierno obrero no surge como flor de un día en el debut de un levantamiento revolucionario: requiere una preparación adecuada, la maduración de la conciencia y la organización del proletariado. Los problemas que planteaba la vieja dirección stalinista, el escaso desarrollo de la vanguardia obrera y la inexistencia de órganos apropiados para imponer un gobierno de los trabajadores no pudieron, y no podían, superarse en el corto lapso en el cual se agotó el estallido popular.

No corresponde establecer el triunfo o la derrota del Mayo Francés mediante el expediente de verificar si los obreros se hicieron o no cargo del poder. No sería más que un ultimátum lanzado sobre el proletariado y fue lo que hizo, a su modo, el stalinismo: planteando que era imposible concretar la insurrección, reclamó terminar con la huelga general. (De otro modo, señalaba el PCF, le “haríamos el juego” al gobierno, que busca aplastar al movimiento obrero con una represión generalizada en una suerte de batalla final.)

## La burguesía y la huelga, el régimen y la historia

El argumento stalinista era doblemente falso. En primer lugar porque el gobierno buscó las mediaciones que impidieran una prueba de fuerza directa con el movimiento obrero insurgente. Para evitar los costos de abordar la represión con los métodos de la guerra civil, los explotadores diseñaron una salida parlamentaria (disolución de la Asamblea Nacional, elecciones generales) y concesiones reivindicativas que en ningún otro caso habrían otorgado. Lo que querían el gobierno y la burguesía era lograr el levantamiento de la huelga general lo más rápido posible, para evitar que se avanzara en el camino de un doble poder, con el proletariado acaudillando la rebelión popular que había detonado la protesta universitaria. En segundo lugar, el problema no era pasar de inmediato a la insurrección armada. El desarrollo de la huelga general unificando un pliego único de reclamos (no dividiéndolos por sector y fábrica), masificando las ocupaciones de fábrica (en lugar de mantenerlas con una suerte de “guardias mínimas”), poniendo en pie los comités de huelga y centralizándolos a nivel nacional en una red de tipo soviético (sin oponerles el “aparato” sindical y su rutina burocrática); todo ello hubiera colocado en otro nivel a la clase obrera en su avance para “asaltar el cielo”. La frase fue acuñada por Marx en ocasión de esa gesta histórica de los obreros parisinos de la Comuna, el primer gobierno obrero de la historia en 1871.

El Mayo Francés, colocando al proletariado como clase frente al Estado de sus explotadores, era la reconstrucción de una historia propia: la que quedó definitivamente establecida con la huelga general de 1936. Entonces, los trabajadores de Francia también paralizaron al país con una gran huelga general, que fue echada atrás por el stalinismo, bajo el comando de los burócratas de Moscú. Los mismos que, en ese otro gran momento histórico, ataban la soga en la

garganta del proletariado que fue más allá que cualquier otro en su levantamiento revolucionario en el siglo XX: el de la república española. El “ensayo general” de 1936 encarrió redivivo en la huelga general de 1968, a través de una nueva generación obrera y con la novedad de un movimiento estudiantil de masas.

El gaullismo y los explotadores temieron entonces que un choque más violento con los huelguistas terminara por pudrir aún más su propia situación. No eran los mejores los recursos de un régimen que daba numerosas muestras de agotamiento luego de una década en el poder. “Diez años ya basta” cantaban los manifestantes en las masivas movilizaciones de mayo. Por eso mismo no concitó apoyo en el bloque patronal el planteo de un referéndum, que De Gaulle formuló el 24 de mayo en la tentativa de reflotar el deteriorado régimen de poder personal. La descomposición del bonapartismo había alcanzado una magnitud que sorprendió a la propia clase dominante. Algunos cronistas del ‘68 compararon la situación con la descomposición del bonapartismo del sobrino de Napoleón en 1848, cuya profundidad no había sido prevista y concluyó también con un levantamiento obrero.

## **La “unión” que no fue**

La burguesía francesa se sumó en masa a la contraofensiva cuando, luego de la entrevista con los jefes del ejército, el viejo general tomó nota de que debía descartar el plebiscito para reflotar el papel de “salvador nacional” que se había transformado en un anacronismo. Son varias las evidencias de que el ejército no estaba unido para encarar una represión en regla contra los trabajadores y que algunos jefes del ejército hubieran aceptado un gobierno de izquierda, con la presencia del PCF, como

recurso último ante la revolución. Era lo que había sucedido en 1936, cuando el Frente Popular “salvó” al país de la emergencia de un gobierno obrero revolucionario. La versión sobre el clima entre los uniformados en los últimos días de mayo, cuando el gaullismo parecía liquidado, la recoge Eric Hobsbawm en un interesante análisis del ‘68:

Estas dos instituciones hobbesianas, la policía y el ejército franceses, acostumbradas desde mucho tiempo atrás a evaluar el justo momento en que el viejo régimen debe ser abandonado y el nuevo aceptado, dieron a entender que no iban a considerar un gobierno del Frente Popular legalmente constituido como una insurrección que estuvieran obligados a combatir. En sí mismo, este gobierno no habría sido revolucionario –salvo en la manera de llegar al poder (sic)– y no habría sido considerado como tal.<sup>60</sup>

Pero Hobsbawm no da ninguna explicación sobre el fracaso de esta variante. Jean Paul Sartre, en cambio, fue mucho más concreto cuando en un reportaje sobre esta cuestión señaló con toda claridad que el PCF no quería ni siquiera un gobierno “legal” burgués en el cual le cupiera un papel decisivo.<sup>61</sup> La burocracia soviética, explicó el famoso filósofo, prefería a De Gaulle. Un gobierno capitalista correspondía a la “división del mundo” que había trazado con el imperialismo en la posguerra. El stalinismo no quería contribuir a desestabilizar el orden del mundo capitalista cuando en su propio patio trasero enfrentaba sublevaciones y protestas para cuyo control reclamaba la complicidad o al menos la neutralidad de sus aliados de “Occidente”. En Praga, como veremos en los próximos capítulos, avanzaba la “primavera”. En los roces y choques de la “guerra fría”,

---

60 Hobsbawm, Eric. “Mayo de 1968” (1969), en *Gente poco corriente*. Barcelona, Crítica, 1999.

61 Sartre, Jean Paul. *Alrededor del 68*. Buenos Aires, Losada, 1973.

De Gaulle había tomado, además, cierta distancia de los yanquis en defensa del imperialismo propio. Los socialistas con los cuales estaba llamado a hacer un “frente” el PCF eran un pequeño partido muy disminuido, dividido y... “atlantista”, es decir, proyanqui. La unión “*de gauche*” quedaría para otra oportunidad, como efectivamente ocurrió en otro contexto en la década siguiente.



## **Tercera parte**

---





## **CAPÍTULO 10**

### **Detrás de la cortina de hierro**

El año 1968 estuvo caracterizado por conjugar una sucesión de luchas a nivel mundial que eran la expresión de la crisis del “orden de posguerra”. Pero no solo en el bloque “capitalista” encontramos estos levantamientos. Detrás de la “cortina de hierro” el avivamiento político del proletariado checoslovaco y de su juventud frente a la crisis de su burocracia, luego de años de censura y purgas, fueron también expresión vívida de un año revolucionario. El año 1968 es un punto de cruce entre la crisis del imperialismo por un lado, y la crisis de la burocracia por el otro.

El impresionante aparato burocrático montado por la dirigencia de Moscú y extendido a toda Europa oriental pretendía un férreo control sobre las masas al interior de los países del bloque “soviético”, agravado con el final de la Segunda Guerra. Las purgas, los ajusticiamientos, la pena de muerte a los dirigentes que habían luchado en la guerra civil española y los crímenes que signaron el período 1949-1952 despedazaron a la burocracia dirigente que había llegado al poder en 1948, sembrando el pánico incluso en los sectores de poder. La imposibilidad de sostener este aparato generó que, a la muerte de Stalin, le siguiera un

período de “desestalinización” que pretendía reconstruir la credibilidad en la burocracia dirigente. Frente a esta “liberalización” las masas obreras y estudiantiles de Alemania oriental, Hungría y Polonia iniciaron entre los años 1953-1956 un verdadero proceso de revoluciones políticas que fueron prontamente abortadas por la intervención de Moscú y la traición de sus direcciones.

## **Berlín, 1953**

El primer estallido fue en junio de 1953 en Berlín oriental, cuando el proletariado de la vieja y entonces dividida capital alemana se lanzó a las calles y a la huelga general. El detonante fue la protesta de los trabajadores de la construcción contra el aumento de las cuotas exigidas de producción sin aumentos salariales. Fue un fósforo en un polvorín, alimentado por las pésimas condiciones de vida de la población, agobiada por la carestía, la falta de productos de primera necesidad y una enorme confiscación de recursos para sostener el aparato de “seguridad”. Fueron decenas de miles los que se lanzaron a las calles y desbordaron completamente al gobierno local. Fue entonces cuando intervinieron las tropas rusas que dispararon contra la multitud. Para aplastar la insurgencia obrera, la ciudad era ocupada por los tanques del ejército... “rojo”.

No era un año cualquiera: paralelamente a la muerte de Stalin, la cúpula del Kremlin llegaba a los límites de su política criminal. El régimen de las deportaciones en masa, de los campos de concentración, del trabajo forzado de enormes contingentes humanos, había transformado la URSS en una cárcel gigantesca y provocado ni más ni menos que 11 millones de muertos.<sup>62</sup> Pero empezaba a hacer agua: en 1953 se

---

<sup>62</sup> Ver Rieznik, Pablo. “Genocidio y trabajo esclavo en la URSS stalinista”, en Rieznik, Pablo (ed.). *Un mundo maravilloso. Capitalismo y socialismo en la escena contemporánea*. Buenos Aires, Biblos, 2009.

produjeron levantamientos muy importantes en los campos de Siberia. Las capillas dirigentes temían ser devoradas por el monstruoso mecanismo represivo, que se había incrementado con purgas y procesos en los últimos años del propio Stalin y después de que, al finalizar los años '40, triunfaran las revoluciones en Yugoslavia y China desafiando las "órdenes de Moscú". La represión fue acompañada entonces por una mayor presión sobre los trabajadores en el intento de elevar la producción y remontar el derrumbe heredado de la guerra y de la propia política de los burócratas en el poder. El poder debía reacomodarse. La "estabilidad" que reposaba en la brutalidad física y el exterminio no daba para más.

El levantamiento obrero de Berlín, en junio de 1953, había puesto inmediatamente de manifiesto la seriedad de los peligros en este terreno. Moscú se apresura a reconciliarse con Tito (secretario general del disidente Partido Comunista Yugoslavo) e impone a las capitales de su *glacis* europeo una política 'liberalizadora' similar a la que intenta aplicar en la metrópoli del imperio...

Apelando a una retórica de renovación para salvar sus propios privilegios. Se preparaba el camino para el Congreso de 1956, cuando Nikita Krushev anunció la llamada política de "desestalinización", exponiendo a cuentagotas algunas de las porquerías de su predecesor al frente de la URSS. "Pero al proceder así precipita la crisis latente en los regímenes más frágiles como el húngaro y el polaco".<sup>63</sup>

---

63 Claudín, Fernando. *La oposición en el "socialismo real". Unión Soviética, Hungría, Checoslovaquia, Polonia 1953-1980*. Madrid, Siglo XXI, 1981, p. 11.

## Polonia, 1956

Desde 1956 quedó de manifiesto un profundo desplazamiento del aparato dirigente, con una intensa agitación en los medios obreros, estudiantiles e intelectuales. El 28 de junio, en Poznan (ciudad industrial de Polonia), miles de obreros protagonizaron una semiinsurrección que abrió todo un período histórico en la vida política polaca.

El levantamiento tuvo su origen en un movimiento reivindicativo de los obreros de la fábrica de material ferroviario y militar Zispo, pero se transformó rápidamente en un movimiento político antiburocrático. La agitación obrera se intensificó y una delegación compuesta por el comité de empresa (aliado a la burocracia) y miembros del PC se dirigió a Varsovia para transmitir la situación. Mientras la delegación aún se encontraba en Varsovia, los obreros de Zispo abandonaron la planta y organizaron una marcha al centro de la ciudad. En los carteles se leían sus reclamos: “Aumento de salario” y “Rebaja de los precios”. A medida que marchaba, miles de personas se iban sumando a la columna. Eran jóvenes, estudiantes y, principalmente, obreros de otras fábricas. Aparecieron nuevas consignas reclamando elecciones libres y la evacuación de las tropas soviéticas del país. En su marcha, los obreros tomaron la radio, los tribunales, la policía y la cárcel, hasta que los tanques y la policía de seguridad lograron aplastar el movimiento dejando el saldo de ciento veinte muertos, trescientos heridos y más de mil detenidos.

La burocracia de Varsovia, en cuyo seno se estaba dando una sorda pelea entre los sectores “duros” y los “renovadores”, intentó explicar los hechos como “resabios del pasado” y consecuencia de la acción de “elementos descontrolados”. La lucha interna de la burocracia polaca estalló abiertamente en el VII Plenario del Comité Central (CC) realizado unos días después, entre el 18 y el 20 de julio. Ni el sector de los “duros” (quienes buscaban profundizar la

represión) ni el de los “renovadores” pretendían alejarse de las políticas del Kremlin. Sin embargo, “la burocracia en su conjunto era consciente de que sin un replanteo de fondo de sus relaciones con Moscú y un cambio en el cliqué dirigente, Polonia marchaba a una repetición de los sucesos de Poznan a escala nacional.”<sup>64</sup>

La reunión del CC no resolvió la crisis (se programó una nueva reunión para el 19 de octubre, que debía dar culminación al proceso de “autoreforma” de la burocracia), pero se decidió recurrir a Wladyslaw Gomulka (antiguo dirigente del sector “renovador” del PC, que había sido anteriormente purgado) como única salida para desactivar la creciente movilización popular. Esta decisión no hizo más que intensificar la lucha de fracciones dentro del gobierno y del partido, bloqueando su iniciativa, lo cual sería aprovechado por las masas. En agosto y septiembre, la liberalización política se extendió a todas las capas de la población: se formaron los primeros consejos obreros, los estudiantes organizaron masivos actos y asambleas junto a los trabajadores.

A medida que se acercaba la fecha del nuevo plenario, la situación en Varsovia se transformaba en prerrevolucionaria. Ante el rumor de que el ala “dura” se aprestaba a dar un golpe preventivo para evitar el ascenso de los “reformistas”, los obreros y estudiantes se declararon en estado de alerta y en las grandes fábricas se distribuyeron armas.

El 18 de octubre de ese año, aterrizó imprevistamente Krushev (secretario general del PCUS) en la capital polaca, acompañado por una imponente delegación, entre quienes se encontraba el jefe militar de las tropas del Pacto de Varsovia. Al mismo tiempo, los tanques rusos iniciaban maniobras en la frontera del país. Krushev se entrevistó con la dirección del Partido Comunista Polaco y aceptó la nominación

---

64 *Prensa Obrera*, n° 145.

del “reformista” Gomulka, a cambio de garantías de subordinación de Polonia a la URSS y un programa de liberalización política y económica que incluyó el abandono de la colectivización del campo, mayores libertades para el clero y restricción a los consejos obreros.

A pesar de los festejos populares de esos días, la clase obrera polaca no tardaría mucho en sufrir los resultados de la “normalización” de la burocracia “renovadora”. Gomulka, desde el poder, reagrupará a la burocracia y con maniobras y represión echará atrás al movimiento obrero, para perpetuarse en el poder con el consentimiento de Moscú. Después de 1968 sería liquidado por una nueva revolución obrera.

## **Hungría, 1956**

Mientras tanto, el desenlace del movimiento que en Polonia condujo al poder a Gomulka y al ala “renovadora” de la burocracia, fue interpretado en el resto de los países del este europeo como un guiño de Moscú a las tendencias reformistas. Sirvió de detonante de una verdadera insurrección nacional y proletaria entre el 23 y el 28 de octubre de ese año, esta vez en Hungría.

Para el día 23 una masiva asamblea de estudiantes de Budapest había convocado a una movilización en solidaridad con el movimiento popular polaco. Trescientos mil manifestantes acudieron a la cita. Pedían la renuncia del gobierno, reformas democráticas y la libertad de sus dirigentes presos. La crisis era total. El CC del PC debió llamar a Imre Nagy (el Gomulka húngaro) para gobernar, mientras que la represión no hacía más que desatar una insurrección que se extendió a las provincias. Los manifestantes consiguieron armas en los cuarteles, formaron milicias populares y derrotaron todos los intentos represivos, incluyendo el de las tropas rusas estacionadas en Hungría, que en muchos

casos terminaron confraternizando con los trabajadores. Paralelamente, se formaron consejos obreros y comités revolucionarios en todas las fábricas y pueblos, un poder obrero que tenía la autoridad sobre las masas y, en muchos casos, el poder real.<sup>65</sup>

Tras el triunfo de la insurrección, Hungría vivió una semana de completa libertad política. Reaparecieron los viejos partidos políticos que habían actuado hasta ocho años antes, suprimidos policialmente por el stalinismo y no superados políticamente por las masas. Los socialdemócratas, el numeroso partido de los pequeños propietarios, y hasta grupos monárquicos aparecieron en escena.

La leyenda stalinista, avalada por los escribas serviles del imperialismo, pretendió deducir de aquí que la nueva Hungría nacida de la revolución se dirigía nada menos que hacia una restauración del capitalismo y de las formas políticas del Estado burgués. Pavadas. El movimiento de las masas se estructuró alrededor de los consejos obreros en cuyo seno la influencia de los partidos burgueses era insignificante. En sus proclamas y resoluciones los consejos obreros dejaron absolutamente en claro su oposición a cualquier restauración de la propiedad privada y su defensa de las estatizaciones de la industria, la banca y el comercio exterior... Un dato definitivo lo brinda el hecho de que el único periódico que pretendió una vuelta al viejo régimen (*La Aurora*) solo vio la luz un número, porque a partir de entonces, los obreros gráficos se negaron a imprimirlo y cesó de aparecer.<sup>66</sup>

La evolución de las masas había desbordado por completo la pretensión de enchalecar el movimiento dentro de los límites de una “autoreforma” burocrática. Ante la moviliz-

---

65 Manuel, François. *La révolution hongroise des conseils ouvriers*. París, Selio, 1976.

66 “1956, octubre revolucionario en Europa oriental”. *Prensa Obrera*, n° 160, 23 de octubre de 1986.

ción obrera que tendía a poner en cuestión todos sus privilegios, un sector de los “reformadores” se pasó al bando de la masacre. Moscú había decidido dar una muestra aleccionadora. Desde la URSS, el 4 de noviembre, se enviaron doscientos mil soldados para terminar con la insurrección: esta vez de origen asiático, para que la población húngara no pudiera comunicarse con ellos. La vuelta al orden se consiguió a sangre y fuego, con un costo de miles de muertos. Aun así, la clase obrera continuó resistiendo hasta diciembre, cuando una formidable huelga general señaló el final del movimiento. Un río de sangre se había abierto entre los trabajadores y la burocracia “socialista”.

En 1985, Jacek Kuron, uno de los jóvenes revolucionarios del ‘56 polaco, trazó el siguiente balance del levantamiento:

La única posibilidad de desarrollo de la revolución residía en la formación de un programa de clase proletario y la organización en torno del mismo de un movimiento capaz de combatir el poder de la burocracia liberal. En ese momento decisivo, la izquierda no solo no propuso tal programa ni organizó su propio partido sino que, por el contrario, apoyó a la burocracia liberal que era la principal fuerza contrarrevolucionaria. Toda la enorme autoridad de que gozaban en sus medios los militantes de la izquierda fue así transferida a la nueva dirección. Así, la izquierda contribuyó a mantener en el poder a la burocracia y preparó su propia muerte política y la derrota de la revolución.<sup>67</sup>

---

67 Citado en “Polonia, la revolución abortada”, en *Prensa Obrera*, n° 158, 9 de octubre de 1986.



## CAPÍTULO 11

### Praga en primavera

Mientras en varios países del “bloque socialista”, se producían levantamientos populares y obreros contra la burocracia stalinista, en Checoslovaquia las aguas parecían estar tranquilas. La profundización de la censura parecía mostrar a una burocracia firme en el poder. En realidad, las cosas eran distintas.

La demora del proceso liberal solo sirvió para acumular presión en la caldera social. Antonin Novotny (secretario del Partido Comunista Checoslovaco desde 1953 y primer ministro del país desde 1957) era el representante del stalinismo más obstinado y su dictadura ejercía un constante proceso disgregador sobre el Estado.<sup>68</sup>

La dirección novotniana había ocultado la verdadera dimensión de sus crímenes. Pero con la nueva requisitoria contra el stalinismo impulsada por Krushev (como estrategia frente a la descomposición de la burocracia) en el

---

68 “Moscu y los renovadores estrangulan la revolución en Checoslovaquia”. *Prensa Obrera*, n° 150, 14 de agosto de 1986.

XX Congreso del PCUS, el ala represiva del PC checoslovaco no pudo impedir la revisión de los procesos llevados adelante en 1949-1953 y la rehabilitación de las víctimas. Esta cuestión

(...) era el talón de Aquiles de la dirección del Partido Comunista Checoslovaco, no solo porque la rehabilitación de las víctimas respondía al espíritu de la nueva política de Moscú, sino, ante todo, porque Novotny y algunos de sus más próximos colaboradores habían llegado al poder gracias, precisamente, a su papel en dichos procesos.<sup>69</sup>

La crisis se profundizaba, además, por los fracasos del gobierno en materia de política económica, que perjudicaron particularmente a la clase obrera en 1962-1963 luego del acelerado retroceso de la producción industrial.

La “revisión” de los procesos y la crisis económica permitió el surgimiento de un nuevo sector dentro de la burocracia gobernante, quebrando la que otrora fuera una homogénea dirección. Al ala “ortodoxa” se le enfrentaba ahora el ala “renovadora”. El sector renovador presionó a la antigua dirección y la forzó a “sacrificar” a algunos de los colaboradores más directos de Novotny, dejándolo solo en el poder. Con la llegada de Leonid Brezhnev al Secretariado del PCUS, en 1964, se le exigió a Novotny que terminase con los renovadores. Ya era demasiado tarde...

## Praga en movimiento

También en Checoslovaquia los estudiantes ocuparon la primera fila de la movilización popular. Desde 1967, reclamaban contra el régimen de estudios en el ámbito de la universi-

---

69 Kavan, Jan y Daniel, Jan, *La oposición socialista en Checoslovaquia*. Documentos 1973-1975.

dad y contra la represión generalizada. El movimiento superó rápidamente los límites del medio estudiantil. En junio de ese mismo año, el IV Congreso de la Unión de Escritores se convirtió en una potente voz de oposición política. Votó un llamamiento público que firmaron 183 escritores, 69 artistas, 56 científicos y 21 cineastas:

Entre nosotros –decía el manifiesto– hay numerosos marxistas, comunistas, y la gran mayoría de nosotros desapruueba el sistema económico y social de las naciones capitalistas, es resueltamente favorable al socialismo. Pero estamos por un socialismo auténtico, por el “reino de la libertad” proclamado por Marx y no por el régimen del terror... [Pedimos] que se restaure la libertad total de palabra y de expresión, de pensamiento y de creación... la supresión de la censura política.<sup>70</sup>

El movimiento progresaba sin cesar. El gobierno prohibió la circulación del pronunciamiento, pero este se difundió masivamente en volantes y periódicos de gran circulación clandestina. La agitación en las casas de estudio se incrementó: el 31 de octubre, una gran manifestación marchó desde la sede de la Universidad hasta el Palacio de Gobierno. Hubo choques con la policía y numerosas detenciones. Un alto funcionario “comunista” se confesaba ante un corresponsal extranjero: “Por primera vez muchachos nacidos y educados en el régimen, sin haber tenido más influencia que la educación socialista, han sido golpeados por la policía y han gritado consignas hostiles al gobierno y al partido”.<sup>71</sup>

La presión del descontento, que se extendía entre todas las capas de la población se hacía insoportable para la cúpula del poder. En la cima, la burocracia ya se encontraba dividida con antelación a la irrupción de la juventud; la crisis

---

70 Citado en Claudín, *op. cit.*

71 Citado en Broué, Pierre. *Les printemps du peuples commence a Prague*. París, La Verité, 1969.

de arriba se combinaba con la insurgencia de abajo. Novotny debió renunciar a su cargo de secretario general del PC en enero de 1968, y fue sustituido por Alexander Dubcek, que encabezaba la fracción de la burocracia conocida como la de los “renovadores”. La movilización popular consideró el cambio como un triunfo propio: el clima en el país se alteró radicalmente. Aunque la censura no sería abolida hasta finales de junio, simplemente se la ignoraba y por primera vez en dos décadas desapareció de los medios de comunicación el monopolio de la versión oficial. El despertar político se propagó de los círculos avanzados al resto de la sociedad y se radicalizó bruscamente a fines de febrero, cuando se hizo público que Novotny había intentado en diciembre un golpe militar. Uno de los jefes de los golpistas –el general Jan Sejna– se fugó... a los Estados Unidos. Una avalancha de reuniones, mítines, resoluciones y cartas exigían el castigo de los responsables. Se sumaron al reclamo jefes y oficiales del ejército.<sup>72</sup>

## El programa de los renovadores

La ola ya no podía detenerse: a partir de marzo la agitación se trasladó a las fábricas. “Más de 250 asambleas destituyen a los dirigentes burocráticos y elevan a una nueva camada de activistas. Naturalmente surgen los reclamos salariales y contra los abusos y privilegios de los burócratas”.<sup>73</sup> El movimiento entraba en una fase decisiva con esta intervención de los trabajadores. El 22 de marzo, una nota en la prensa sacudió al país: “Novotny y su hijo utilizaban una licencia gubernamental de importación para obtener vehículos Mercedes, Alfa Romeo, Jaguar y de otras marcas occidentales,

---

72 Claudín, *op. cit.*

73 Roldán, Andrés. “La Primavera de Praga”. *Prensa Obrera*, n° 598, 27 de agosto de 1998.

para impresionar a las mujeres. Cuando se cansaban de un coche en particular, siempre podían vendérselo a los amigos con un beneficio enorme.” Novotny tuvo que renunciar a la presidencia. El 27 de marzo, en medio de una creciente deliberación popular, se nombró para sustituirlo al general Ludvík Svoboda. Una manifestación estudiantil protestó contra este nombramiento. Era un hecho inédito: la concentración se extendió durante muchas horas sin que nadie interviniera, hasta la medianoche, cuando se concentró ante la sede del Partido Comunista y exigió hablar con Dubcek para manifestar su descontento por el nuevo presidente.<sup>74</sup>

El Comité Central del partido se reunió en los primeros días de abril. Los “renovadores” ocuparon nuevos cargos, aunque se mantenía un compromiso que preservaba posiciones en los organismos dirigentes para la fracción de Novotny; eran exigencias del Kremlin. Se votó también un “programa de acción” para compatibilizar con las presiones de Moscú. Todas las fracciones del Comité Central renovado lo aprobaron por unanimidad. Se establecieron algunas modificaciones en los mecanismos electorales y se procedió a “rehabilitaciones”. Según cifras oficiales, había habido más de 130.000 condenados a prisión, sin contar las detenciones sin proceso, las asignaciones compulsivas de trabajo y/o residencia, las expulsiones de centros escolares, las causas por “vagancia” contra personas privadas previamente de su trabajo. Las revelaciones, a lo largo de 1968, ponían al descubierto que toda esta salvajada contaba con la intervención directa de los servicios manejados desde la dirigencia de la URSS.<sup>75</sup>

El “programa de acción” de los renovadores definía una perspectiva restauracionista, bajo la cobertura de otorgarle racionalización al “socialismo”: planteaba “abrir la economía al mercado mundial con el objetivo de crear las condiciones

---

74 Kurlansky, *op. cit.*

75 Claudín, *op. cit.*

para la convertibilidad de la moneda checoslovaca” y señalaba también la necesidad de la “diferenciación salarial, de (estimular) la productividad del trabajo y de los poderes dirigentes responsables”. “El Partido continuará al frente del proceso de democratización como la mejor garantía contra las tendencias anarquistas”. Por esa época ya se encontraban bien implantadas en la burocracia soviética las fracciones que planteaban alternativas similares. El problema era que la “tendencias anarquistas”, o sea la movilización de las masas y la revolución política, ya estaban en movimiento. Para ir al capitalismo había que liquidar primero el “anarquismo” del pueblo.

## **Lo que se viene, y de dónde**

Ya el 23 de marzo en Dresde –Alemania oriental– los popes soviéticos habían convocado a una reunión de emergencia del Pacto de Varsovia. Toda la reunión giró en torno a recriminaciones por los acontecimientos en Checoslovaquia. El 8 de abril, esta vez en Moscú, la dirección del PC checoslovaco recibió una advertencia: debía controlar a la prensa y poner fin al proceso “antirrevolucionario”. A mediados de mayo, los líderes soviéticos movilizaron las tropas emplazadas en Polonia y Alemania oriental a la vista y conocimiento de la OTAN, que tampoco quería “anarquía”, en especial mientras se desenvolvía el Mayo Francés. La agencia de prensa checoslovaca “renovadora” le mentía al pueblo con seguridades de que lo que estaba ocurriendo era “normal”.

## CAPÍTULO 12

### Las 2.000 palabras del verano

El Comité Central del PC checoslovaco, reunido en los últimos días de mayo, decidió convocar rápidamente al XIV Congreso para el mes de septiembre. Su cometido era terminar de liquidar a los viejos elementos del ala conservadora. La iniciativa, sin embargo, no contaba con el apoyo de Dubcek, que se mostraba vacilante. Acababa de llegar de Moscú y pensaba que podía romperse el precario acuerdo con el sector conservador y frustrar sus promesas a los capítostes del Kremlin de contener el movimiento antiburocrático de las masas.<sup>76</sup>

En junio, concluida la reunión del CC, la movilización tenía a distenderse. La eliminación de la censura, el aumento salarial de emergencia otorgado a los trabajadores y el anuncio de que se estudiaría la creación de consejos obreros por empresa, eran conquistas importantes que “contribuyeron a cierta desmovilización”.<sup>77</sup> Ante la proximidad del verano, los más activistas temían que la calma se transformase en reflujó. Tomaron entonces la iniciativa de redactar lo que pasará

---

76 Rhodes James, Robert. *The Czechoslovak crisis, 1968*. Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1969.

77 Broué, *op. cit.*

a la historia como el “Manifiesto de las 2.000 palabras”. Fue divulgado el 27 de junio con un centenar de firmas de personalidades pertenecientes a diferentes sectores de la sociedad checoslovaca –artistas, actores, profesores, dirigentes obreros, deportistas– y reproducido en los días siguientes en las principales publicaciones del país.

El Manifiesto declaraba su apoyo al “Programa de acción” de los renovadores, que planteaba una perspectiva restauracionista aunque, al mismo tiempo, llamaba a defenestrar sin miramientos a los conservadores y a defender la libertad de expresión. Era un llamado a la acción para acabar “con los que se abusaron del poder y se comportaron de manera deshonesto y brutal”. Apelaba a todos los medios posibles, “críticas públicas, adopción de resoluciones, manifiestos, huelgas” y al desarrollo de una organización propia: “Establezcamos comités para la defensa de la libertad de expresión y nuestros propios organismos de seguridad para proteger nuestras asambleas... desenmascaremos a los espías...”.

Moderado en su forma y su contenido, el Manifiesto de las dos mil palabras es, sin embargo, un texto revolucionario [porque] por primera vez plantea el problema del poder, de la organización independiente de las masas en lucha contra el aparato (stalinista).<sup>78</sup>

La expresión “moderado”, que utiliza Broué, escamotea el contenido social del llamado, que era el restablecimiento de la democracia formal, es decir burguesa, cuya base es la propiedad privada. El documento fue conocido el último día de las maniobras de las tropas del Pacto de Varsovia en territorio checoslovaco y tres días antes de la apertura de las conferencias distritales del partido para su congreso.

---

<sup>78</sup> Broué, *op. cit.*



## La burocracia delibera

La reacción de los conservadores fue inmediata. Reclamaron la implementación de medidas punitivas contra los autores del Manifiesto, la prohibición de su difusión y la recuperación del control de los medios de comunicación, inclusive por la fuerza, contra la voluntad de sus trabajadores y periodistas. El ala renovadora de la burocracia rechazó este extremo pero admitió que la dirección partidaria emitiese una declaración condenando al Manifiesto que, “debido a la situación interior y exterior, coloca en peligro al conjunto del proceso de democratización”. La cúpula del partido, con los renovadores a la cabeza, aseguró que estaba decidida a utilizar “todos los medios disponibles” para mantener el orden público. La burocracia soviética, que temía por sobre todas las cosas que las masas interviniesen en las disputas por el control del partido, postergó la salida de las tropas de los “países socialistas amigos”, que venían de desarrollar ejercicios de “rutina”. El comando del Pacto de Varsovia inició una serie de conversaciones con las autoridades polacas para lograr un arreglo. Como parte de este tortuoso proceso, se informó que a mediados de mes se reunirían los representantes del Pacto en la capital de Polonia. El gobierno afirmó que no concurriría; el cónclave se concretará igual a mediados de julio con representantes de Alemania oriental, Polonia, Bulgaria, Hungría y la Unión Soviética.

Las opiniones no eran unánimes. El presidente de la URSS, Alexei Kosigyn, lideraba un ala proclive a sostener la labor de los “reformistas” checoslovacos. Brezhnev, secretario general del PCUS, proponía una línea intermedia ante otros sectores del partido que reclamaban una invasión militar directa. Los burócratas de los países intermedios temían el efecto contagio. Otras voces se levantaron para señalar que una eventual invasión amenazaría la relación con los otros partidos comunistas, llamados a una conferencia mundial en Moscú para noviembre.

Se llegó finalmente a un compromiso: una carta firmada por todos los miembros del Pacto de Varsovia reclamaba medidas que liquidasen la movilización contra la burocracia, reimplantasen la censura, proscribiesen a los grupos “contrarrevolucionarios” y mantuviesen el “orden”. La dirección del PC checoslovaco hizo pública la carta, rechazando las imputaciones de “descontrol”. Al mismo tiempo, se desarrollaban las reuniones distritales para elegir los delegados al Congreso de septiembre del Partido Comunista. Los representantes de los conservadores fueron literalmente barridos, dando lugar a muchas caras nuevas entre los delegados: 17% eran obreros y apenas 21% funcionarios (en congresos previos constituían la totalidad de las delegaciones).

## Confusión

El Comité Central del PCUS se reunió en esos días de julio, en uno de los momentos de máxima tensión, para tratar con exclusividad la situación checoslovaca. Luego de la respuesta del PC checoslovaco, votada por todas las alas del partido, la cúpula del Kremlin tuvo que admitir que un golpe de mano interno era inviable. “Tiene que decidir entre convivir con el liderazgo de Dubcek, intentando influir en los acontecimientos checoslovacos por medios políticos y económicos (como en Polonia en 1956) o plantear una alternativa de aplastamiento militar (como en Hungría en ese mismo año)”. La cúpula burocrática vacila, “llena de confusiones y dudas”.<sup>79</sup>

En este clima se planteó un viraje: luego de haber rechazado la propuesta de una reunión bilateral entre los dirigentes de ambos países en Checoslovaquia, la cúpula soviética volvió atrás y el 22 de julio aceptó concretar la reunión, que

---

79 Valenta, Jiri. *Soviet Intervention in Czechoslovakia, 1968. Anatomy of a Decision*. Baltimore, John Hopkins University Press, 1979.

se realizó una semana después, el 29 de julio, en Cierna-nad-Tisou, un pequeño pueblo eslovaco en la frontera entre ambos países. La “cumbre” finalizó el 2 de agosto con una convocatoria para el día siguiente, esta vez a los seis miembros del Pacto de Varsovia (URSS, Alemania oriental, Polonia, Bulgaria, Hungría y Checoslovaquia) para encontrarse en Bratislava (capital de Eslovaquia). Esa misma noche del 2 de agosto, Dubcek pronunció un discurso radial expresando su alegría por el éxito de las conversaciones y aseguró al pueblo checoslovaco que su soberanía como Nación no se veía amenazada, y que para ello las buenas relaciones con la Unión Soviética eran esenciales. El clima explosivo reinante se aflojó y la nueva situación fue presentada como una victoria del pueblo checoslovaco.



## **CAPÍTULO 13**

### **Diplomacia secreta quince días antes de la invasión**

Mientras se realizaban las reuniones con los burócratas del Kremlin, el clima en Praga era de vigilia, ante una eventual intervención militar. Al concluir las deliberaciones, cuando el líder de la burocracia “reformista” anunció que se había llegado a un acuerdo, estalló el júbilo popular, las masas festejaron en las calles... Pero también desconfiaban y reclamaban precisiones a los líderes que volvían del encuentro: ¿qué es lo que finalmente se había acordado?

La presencia masiva de prácticamente todos los jefes del Kremlin en el encuentro con los checoslovacos no tenía antecedentes. En los enfrentamientos del pasado con los capitostes de los Partidos Comunistas yugoeslavo, polaco y húngaro, las negociaciones habían quedado siempre en manos de una pequeña delegación. Ahora fueron todos porque no había un acuerdo previo en la cúpula soviética sobre cómo proceder. En el curso de las conversaciones debían conciliar posiciones los partidarios de marchar directamente a una solución de fuerza y quienes consideraban que tal eventualidad sería un búmeran. Por las dudas, el Comité Ejecutivo (Politburó) en Moscú había resuelto

dar curso a la negociación y, al mismo tiempo, a los preparativos para una eventual invasión.<sup>80</sup> El “plan A” estaba comenzando, el “plan B” calentaba los motores.

Apenas dos semanas antes del encuentro bilateral de fin de julio, la publicación de una carta firmada por los dirigentes soviéticos despotricando contra la anarquía reinante en Checoslovaquia había derivado en una mayor movilización de los trabajadores y la juventud en Praga. Había puesto en evidencia, al mismo tiempo, la debilidad de los sectores “duros” del aparato stalinista checoslovaco. Con este panorama habían ganado cierta ventaja los argumentos del sector de la burocracia rusa que planteaba negociar con el primer ministro checoslovaco Dubcek: fuera de los “reformistas”, no había nada para intentar contener la revolución antiburocrática. Y eran los propios burócratas liberales quienes mantenían un salvavidas para los conservadores. Por eso la representación del Partido Comunista Checoslovaco, además de los reformistas (Smrkovsky, Cernik y Kriegel, quienes apoyaban a Dubcek), incluyó tres miembros de la minoría conservadora (Bilak, Kolder y Svestka), contraria a las reformas y partidaria de la mano dura para acabar con la revolución en marcha.

## Acuerdos secretos

La burocracia “reformista”, sin embargo, hizo su propia contribución a una salida negociada con los mandamases moscovitas cuando, días antes del encuentro, echó al general Prchlík, jefe del Departamento de Defensa del PC checoslovaco. El hombre venía de denunciar que las maniobras del Pacto de Varsovia de junio no habían constituido un ejercicio “común” de las fuerzas armadas de los países

---

80 Valenta, *op. cit.*

“socialistas” sino un ensayo general de invasión. El hombre gozaba de cierta popularidad en la Praga insurgente y había señalado también la necesidad de preparativos para resistir tal posibilidad.<sup>81</sup> La burocracia soviética interpretó esto como evidencia de que Dubcek no pensaba resistir una invasión y como un gesto de “buena voluntad” que se reforzaba con la integración de los “duros” a la representación oficial en las conversaciones. Muchos años después, con la apertura de los archivos secretos, se supo que esos mismos “duros” habían entregado sigilosamente, en un baño y en medio de las conversaciones, una solicitud formal de ayuda a sus amigos del Kremlin, reclamando “asistencia” soviética contra el “peligro contrarrevolucionario”.<sup>82</sup>

Cuando el debate entre las delegaciones parecía empanzarse, un compromiso fue establecido por un comité *ad hoc* liderado por las cabezas de las fracciones conciliadoras. No ha quedado ningún acta ni escrito del acuerdo, pero los variados testimonios sobre el asunto indican que los burócratas checoslovacos se comprometieron a limitar la libertad de prensa, vehículo en su país de la enorme deliberación política entre la vanguardia obrera, la juventud y la intelectualidad. También habrían aceptado desplazar a los dirigentes más radicales del partido y disolver las organizaciones consideradas por los soviéticos como contrarrevolucionarias.<sup>83</sup> En estas condiciones la burocracia soviética habría admitido la realización del XVI Congreso Extraordinario del Partido Comunista Checoslovaco convocado para septiembre.

Para sancionar este acuerdo se sumaron a las conversaciones Alemania oriental, Bulgaria, Hungría y Polonia. Pero también había divergencias: mientras el húngaro Kádár

---

81 Ídem.

82 Navrátil, Jaromir, *et al. The Prague Spring 1968. A National Security Archive Documents Reader*. Central European University Press, 1998, p. 309.

83 Broué, *op. cit.*, p. 134. Valenta, *op. cit.*, p. 83.

apoyaba el compromiso alcanzado en la reunión previa, el alemán Ulbrich y el polaco Gomulka lo consideraban poco realista. Dubcek intentó convencerlos de que podría cumplir sus promesas y evitar que la situación se desmadrara. Finalmente, se acordó firmar un documento común sobre la base de una propuesta soviética que fue discutida párrafo a párrafo y oración por oración. El documento no contenía ninguna referencia a la situación interna de Checoslovaquia, pero en el lenguaje propio de la burocracia quedaba planteado el ultimátum al recordar el “deber internacional común [de] asistencia fraternal” si hubiese algún peligro de “contrarrevolución” (“asistencia” en ese lenguaje quiere decir “intervención militar”; “contrarrevolución”, la movilización obrera contra la burocracia).<sup>84</sup> A pesar de las declaraciones triunfales de los “reformistas” checoslovacos, la declaración de Bratislava era solo un compromiso inestable. Reflejaba, sobre todo, que “la intervención podría ser necesaria a menos que el liderazgo de Dubcek consiguiese una drástica restauración del control”.<sup>85</sup> En sus fórmulas generales, la declaración de Bratislava revestía significado distinto para cada una de las partes en litigio, según confesó más tarde quien ocupaba entonces la cancillería del gobierno checoslovaco.<sup>86</sup>

## Dos semanas

Entre la euforia porque la intervención había quedado bloqueada, al menos momentáneamente, y la desconfianza instintiva sobre el pacto firmado por las cúpulas, las masas checoslovacas reforzaron su movilización. El Presídium del

---

84 Valenta, *op. cit.*, p. 74.

85 Williams, Kieran. “New Sources on Soviet Decision Making during the 1968 Czechoslovak Crisis”. *Europe-Asia Studies*, 48:3, mayo de 1996.

86 Hayek, Jiri, citado en Claudín, *op. cit.*



PC checoslovaco tuvo que prohibir las asambleas nocturnas. El 9 y el 15 de agosto, llegaron a Praga los líderes de dos países distanciados de los rusos: Tito, de Yugoslavia, y Ceaucescu, de Rumania; se reforzaba el temor soviético de que Checoslovaquia se sumase a los países que se resistían a su influencia. El 10 de agosto, se publicó la propuesta de reforma de los estatutos partidarios que debía ser discutida en el inminente Congreso Extraordinario del PC checoslovaco. La reforma reconocía derechos para las minorías y establecía el voto secreto para la elección de los cargos de dirección y límites temporales en su permanencia. Un informe interno sobre dicho Congreso Extraordinario del partido advertía que el grueso de la vieja dirección antirreformista y prosoviética sería barrida y que la burocracia reformista no tenía el control de la situación. Estalló la crisis y el Presídium checoslovaco prácticamente se disolvió. Se planteaba una carrera contra el tiempo. Para los dirigentes soviéticos la principal prioridad era ahora evitar que se reuniese el congreso. El 17 de agosto, el Politburó soviético tomó la decisión. La invasión estaba en marcha. Al fin y al cabo, las tropas del Pacto se habían retirado del territorio checoslovaco... pero no de sus fronteras.



## **CAPÍTULO 14**

### **La burocracia decide mandar los tanques a Praga**

Era pleno verano y la Primavera de Praga parecía momentáneamente a salvo del garrote militar. Un acuerdo de último momento entre la cúpula del Kremlin y la dirigencia checoslovaca se había puesto en marcha el 3 de agosto, al finalizar cuatro días de negociaciones. Los ataques de la prensa soviética contra el levantamiento antiburocrático se habían detenido. Las tropas del Pacto de Varsovia se habían terminado de retirar del territorio checoslovaco y los “reformadores” se habían comprometido a poner la situación en caja. Pero solo diez días después la prensa “soviética” retomó la ofensiva contra lo que denominó la “contrarrevolución”. Una semana después sería el turno de los tanques. ¿Qué había pasado?

Los días siguientes al acuerdo, la burocracia “reformista” había intentado cumplir su parte: “comenzaron a planificar una considerable restauración del control del partido y del Estado”, preparando leyes que restringirían la actividad política, autorizando la dispersión de las manifestaciones por parte de las fuerzas de seguridad, retomando el control de los medios de comunicación y planeando el armado de campos de detención para, en palabras del propio Dubcek, “el

aislamiento político de personas”.<sup>87</sup> Pero cuando el 10 de agosto se publicó el proyecto de reforma de los estatutos partidarios para el Congreso Extraordinario del PC checoslovaco, en Moscú se encendieron luces amarillas. La propuesta de voto secreto para la elección de los cargos de dirección, que solo podrían ser ejercidos en plazos limitados, se planteaba como una amenaza para los burócratas más cercanos a la cúpula moscovita. Las luces viraron a rojo cuando, tres días después, se conoció un informe reservado sobre el XIV Congreso. El informe advertía que “con excepción de una pequeña parte del núcleo dirigente, prácticamente la totalidad del Comité Central sería relevada de sus funciones” y que “es muy poco claro el futuro de los órganos centrales (de dirección del partido) y su composición”. La conclusión era que la nueva situación tendría serias consecuencias y que los “extremistas” con “opiniones políticas románticas” buscarían incrementar la hostilidad contra la URSS.<sup>88</sup>

Al día siguiente de conocerse semejante documento, el 13 de agosto, Leonid Brezhnev se comunicó telefónicamente con Dubcek, el nuevo líder “reformista” del PC checoslovaco. Ambos habían sido los artífices del acuerdo de principios de mes. La transcripción de la conversación, contenida en un documento “desclasificado” en la década del ‘90, revela a Brezhnev impugnando con indignación la falta de cumplimiento de lo que había sido pactado.<sup>89</sup> Se quejaba de la continuidad de la campaña “antisoviética” en los medios. Recordaba, además, la promesa de remover a los líderes reformistas más extremistas y proteger a las fuerzas de seguridad, cuyos mandos respondían a los “duros”, incondicionales del stalinismo soviético. Dubcek “reconoció sus promesas”, pero planteaba que la remoción de los dirigentes partidarios debía estar

---

87 Williams, *op. cit.*

88 Valenta, *op. cit.*

89 Williams, *op. cit.*

a cargo del Comité Central, cuya reunión plenaria sería a principios de septiembre. El documento desclasificado de los servicios informa, además, que Brezhnev se dirigía a su “par” a los gritos y que Dubcek, intimidado, llegó a plantear su renuncia al hombre de Moscú, que la rechazó e insistió en que reformulase la dirección del partido.

Luego de la conversación entre los máximos dirigentes, los líderes “duros” del PC checoslovaco abandonaron las reuniones de la dirección y declararon que se “apartaban de las tareas de preparación del Congreso”, con el propósito de poner de manifiesto frente a sus aliados en Moscú una suerte de vacío de poder. La situación se degradó y el ritmo de los acontecimientos se tornó vertiginoso. El 15 de agosto visitó el país el líder de Yugoslavia, Josep Tito, un burócrata “autónomo” enfrentado con los dirigentes del PCUS. La semana previa había estado en Praga el rumano Ceausescu, que también estaba enfrentado con el centro moscovita. Ya no había retorno: faltaba apenas la orden de que la invasión se pusiera en marcha.

## **Anatomía de una decisión**

El 17 de agosto, el Politburó soviético discutió la situación checoslovaca. Esta vez estaba en minoría el sector de la dirección soviética que vacilaba frente a los peligros de una intervención militar y suponía que no solo desestabilizaría todavía más la situación interna, sino que también afectaría los vínculos con los partidos stalinistas en Europa y los compromisos en marcha con el imperialismo norteamericano. Sobre esto último insistían hombres cercanos al presidente Kosigyn, que negociaban un tratado de desarme que se proponía “aislar” a la dirección china, en pleno conflicto con los señores del Kremlin. El secretario del PC francés, a su turno, venía de realizar una visita relámpago para advertir sobre las

consecuencias negativas de una invasión. Pero ahora, la política de presión sobre la burocracia reformista había llegado a un límite porque no estaba dando resultados. Después de la conversación telefónica del 13 de agosto, “Brezhnev se convenció de que Dubcek no cumpliría sus promesas.”<sup>90</sup> Para los dirigentes soviéticos la prioridad era ahora evitar que se reuniese el Congreso Extraordinario: “las consecuencias indeseadas del uso de la fuerza se tornaban secundarias frente a los peligros inmediatos y la fuerte posibilidad de peligros aun más serios en el futuro”.<sup>91</sup> Era ahora o nunca: después del congreso, “en el nuevo Comité Central ya no encontrarían elementos susceptibles de prestarse a un golpe de fuerza”.<sup>92</sup>

El consenso se vio reforzado por la evidencia de que el gobierno checoslovaco no ordenaría la resistencia armada y de que Estados Unidos no intervendría. El presidente norteamericano Lyndon Johnson había asegurado en persona su respeto a la “división del mundo” pactada en la posguerra con el stalinismo. Y así fue: los yanquis “perdieron el rastro a las fuerzas soviéticas que estaban maniobrando en las fronteras checoslovacas (...) y las ‘encontraron’ cuando los tanques ya estaban en Praga”.<sup>93</sup> Hoy se sabe que la CIA conocía al detalle los preparativos de la invasión, incluyendo los horarios y los lugares por donde ocurriría; eligió ni siquiera informar a las autoridades checoslovacas.<sup>94</sup>

Para la burocracia soviética el peligro no era la supuesta “contrarrevolución burguesa”. De hecho, no había opuesto ningún reparo a las reformas económicas restauracionistas

---

90 Bischof, Günter y Ruggenthaler, Peter. “Prague Spring and the Warsaw Pact invasion of Cechoslovakia in 1968”. *Humanities and Social Sciences Online*, 2008, p. 2.

91 Rhodes, *op. cit.*, p. 111.

92 Claudín, *op. cit.*, p. 253.

93 Valenta, *op. cit.*

94 Bischof y Ruggenthaler, *op. cit.* Valenta, *op. cit.*, p. 142. Rodhes, *op. cit.*, p. 77.

planteadas por los líderes checoslovacos. Otra cosa estaba en juego: el desarrollo de una revolución política, que podría contagiar al resto de los países del bloque soviético y reforzaría a los activistas disidentes que se hacían notar al interior de la propia URSS.<sup>95</sup> Lo que inclinó la balanza para definir la invasión fue el fracaso del precario compromiso alcanzado en los días de agosto. A pesar de sus vacilaciones, los burócratas del Kremlin estimaron que no había salida sin intentar un golpe de fuerza. Es lo que se concretaría de un modo brutal el 20 de agosto.

---

<sup>95</sup> Claudín, *op. cit.*, p. 254.





## **CAPÍTULO 15**

### **La invasión y su fracaso**

Las tropas rusas no encontraron reparos en su avance sobre Praga. No había nadie contra quién luchar. Checoslovaquia contaba con las fuerzas mejor equipadas del Pacto de Varsovia, naturalmente si se excluye a la URSS; pero la dirección “reformista” del Partido Comunista Checoslovaco jamás pensó en una hipótesis de enfrentamiento. Al revés, un general simpatizante de los “reformistas” había sido echado un mes antes por sugerir la necesidad de resistir una intervención militar. Al enterarse de la invasión, Dubcek, secretario general del Partido Comunista Checoslovaco, dio la orden de no oponer ninguna resistencia. Los principales dirigentes se limitaron a esperar todo el día la llegada de las tropas en el edificio del Comité Central, donde se habían reunido para la reunión del Presídium.

A las cuatro de la madrugada del miércoles 21 de agosto una limusina negra condujo una columna de tanques hacia el edificio del Comité Central. “Al encontrarse con una multitud airada, la columna soviética abrió fuego con las ametralladoras y un joven resultó muerto por un disparo mientras Dubcek y los demás líderes, furiosos pero impotentes, observaban desde una ventana”. Era la primera víctima de la Primavera de Praga.

El cuerpo de paracaidistas rodeó el edificio del Comité Central, desconectó las líneas telefónicas y esperó la orden de ingresar. A las nueve de la mañana un oficial de la KGB, escoltado por docenas de soldados, irrumpió en la sede donde se encontraban los dirigentes. Sin oponer resistencia, Dubcek, Cernik (jefe del Gobierno) y Smerkovski (presidente de la Asamblea Nacional) fueron detenidos y trasladados a una prisión soviética.

“El propósito de Moscú era formar inmediatamente un nuevo gobierno, presidido por Alois Indra (uno de los más caracterizados conservadores y filosoviéticos de la dirección del partido) e intentó concretarlo presionando al general Svoboda, presidente de la República, para que avalase la operación. Pero Svoboda se negó; todos los órganos legales del partido y del Estado se opusieron y reclamaron la libertad inmediata de los detenidos”. Según Jiri Hayek, ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Dubcek, el plan original fracasó inclusive antes de que las tropas entraran en territorio checoslovaco: consistía en que un autoproclamado nuevo gobierno convocara a la “asistencia de los países socialistas amigos” con el propósito de evitar la disolución nacional. Así, en medio de una doble bancarrota política, y con el poder de los tanques en la calle se creó una insólita situación... de vacío de poder.

## **La resistencia**

Con las horas, más pertrechos y tropas ingresaron en el territorio checoslovaco hasta llegar a unos siete mil tanques y unos quinientos mil soldados. A medida que los tanques aparecían, los jóvenes intentaban bloquear su avance sentándose frente a ellos, armando barricadas con autos, colectivos o cualquier objeto que sirviese. Radio Praga transmitía en directo todos los acontecimientos; acallarla era un objetivo

prioritario de los invasores. Muchos jóvenes y obreros corrieron hasta allí para defenderla. Se sentaban o acostaban en el camino de los tanques y lograban detenerlos por un momento. Cuando los tanquistas detenían su avance y salían de los blindados, los jóvenes checos comenzaban a hablar con ellos en ruso. Preguntaban: “¿Qué hacen aquí? ¿Por qué no vuelven a su país?”. Los tanquistas se ponían nerviosos, desobedecían las órdenes de no atacar y comenzaban los cañonazos. Pero los jóvenes checos no huían: lanzaban bombas *molotov* contra los tanques, muchos se incendiaban y eran detenidos; otros tiraban contra la multitud, había heridos y muertos. En ese momento Radio Praga emitió: “Hermanos en la tristeza, cuando oigan el himno nacional sabrán que todo ha terminado”. Pronto el himno comenzó a sonar, pero solo pudieron escucharse los primeros compases: un tanque T-55 se dispuso frente al edificio y disparó, reduciendo Radio Praga a escombros.

Por todo el territorio se repetían los mismos hechos. En Bratislava, las jóvenes levantaban sus minifaldas frente a los tanques; cuando los jóvenes soldados rusos se detenían para admirarlas, los estudiantes y obreros eslovacos atacaban los tanques destruyendo sus faros con piedras e incendiando los bidones de petróleo. Cuando una nueva columna de tanques cruzó el Danubio en dirección a la ciudad, los estudiantes los recibieron con piedras e insultos. Los soldados respondieron con las armas, matando a un estudiante de quince años. La multitud se enfureció aún más y corrió contra los tanques que respondían con las ametralladoras, sumando otros cuatro estudiantes a la lista de muertos. La lucha era desigual: tanques y ametralladoras contra bombas *molotov*, ladrillos y latas que eran lanzados o puestos en las bocas de los blindados. Antes de que los invasores pudieran tomar las radios y la televisión, salieron del país en forma clandestina varias cintas que mostraban los acontecimientos. Pronto serán emitidas por la BBC y la European Broadcast Union para toda

Europa occidental. Cuando los tanques lograron controlar el país las agresiones contra ellos continuaron. Aparecieron grafitis en los que podía leerse “Moscú 2.000 km”; “Socialismo SÍ, ocupación NO” o “Libertad a Dubcek”.

Las jóvenes checoslovacas besaban espontáneamente a los jóvenes frente a los tanques y gritaban frente a los azorados soldados: “Solo habrá besos para aquellos que no sean ocupantes”. Los pobladores de los pueblos hablaban con los invasores en un ruso básico que habían sido obligados a aprender en la escuela. Les preguntaban: “¿Qué hacen aquí?” “¿Para qué han venido?” Los soldados rusos, muchos de ellos granjeros sin educación, no sabían qué responder. Cuando las radios y la televisión fueron clausuradas, las emisoras clandestinas comenzaron a difundir noticias sobre la ocupación y la resistencia checoslovaca.

## Hacia el XIV Congreso

La fragilidad política del operativo, las dudas, alternativas y debates que lo precedieron, subrayaban contradictoriamente el sentido obligado de la intervención militar:

La elección del momento parecía haber estado determinada por la proximidad del Congreso Extraordinario del Partido Comunista Checoslovaco. La intervención armada –dijo Jiri Pelikan, otro de los dirigentes del ala “reformista”– debía impedir la celebración del Congreso a fin de imposibilitar la elección de un nuevo Comité Central que respondiese a las opiniones y deseos de los miembros del partido. La dirección soviética sabía a ciencia cierta que en el nuevo Comité Central ya no se encontrarían miembros susceptibles de prestarse a un golpe de fuerza.

Por eso mismo el golpe contra la invasión se produjo cuando en Praga, recién invadida, el comité de la ciudad (sin

contar con el aval de los miembros del Comité Central y del Presídium) resolvió convocar por la radio a una conferencia inmediata de los delegados electos al XIV Congreso. La resolución ya era conocida cuando, en la noche del miércoles 21 de agosto, unos sesenta miembros del Comité Central se reunieron de urgencia. La intención era nombrar a los nuevos dirigentes del Estado. Los filosoviéticos no se atrevían a hacerse con el poder: los renovadores se limitaban a protestar y a reclamar la libertad de los detenidos. Los debates continuaron hasta el amanecer, cuando finalmente se decidió que sostendrían la política impuesta desde enero y el “programa de acción” de abril. Llamaron a la población a “mantener la calma” y “colaborar con los ocupantes”. El Secretariado y el Presídium se reunieron en forma conjunta la mañana del 22. Establecieron un acuerdo frente a la amplitud de la reacción nacional, sobre la necesidad de emprender, como prioridad, medidas para la liberación de Dubcek. No se habló del XIV Congreso y un alto funcionario del partido, que sustituía interinamente al líder detenido, llamó a no reconocer la convocatoria del comité de Praga. Pero ya era tarde... El XIV Congreso se reuniría clandestinamente. La situación pegará un violento viraje. “No ponemos el socialismo en peligro –dirá uno de los protagonistas del momento–; por el contrario, ponemos en peligro a la burocracia que está enterrando al socialismo a nivel mundial. Es por eso que no podemos esperar ninguna cooperación o comprensión fraternales de la burocracia”.

## **El Congreso clandestino del PC sesiona en Praga**

La invasión se había transformado rápidamente en un fiasco. No habían pasado 48 horas cuando se puso en marcha el XIV Congreso del Partido Comunista. Era precisamente lo que los burócratas del Kremlin querían evitar. Los

delegados sesionaron ante la impotencia de los ocupantes y bajo la activa protección del movimiento obrero. Todo cambió: los líderes del ala “reformista”, presos en Moscú, serían liberados: era el último recurso para quebrar la perspectiva abierta por el fracaso del intento de resolver los problemas *manu militari*. Los “reformistas” jugarán su autoridad para disipar el levantamiento revolucionario.

El llamado a los delegados electos para el XIV Congreso del PC checoslovaco para reunirse inmediatamente en Praga había partido del comité local de la ciudad y había sido transmitido originalmente por la radio capitalina, horas antes de que las tropas rusas consiguieran silenciarla. Pero, a partir de entonces, la red de transmisión clandestina, creada en principio para ser utilizada en caso de un hipotético ataque de Occidente, se ocupó con enorme eficacia de movilizar la opinión pública y convertir al congreso clandestino en la emergencia de un movimiento de masas. En todas las radios del país se escuchaba el llamado a la “conferencia de delegados”, adelantando el congreso convocado para el 9 de septiembre. Cuando las fuerzas rusas ocuparon el comité de la capital del PC, intentando armar una trampa para detener a los delegados, la red de transmisión radial previno a los delegados para que se dirigiesen a una fábrica de la capital, donde militantes y milicianos los conducirían al lugar de la reunión.

Un simple llamamiento por radio bastó para que se dirigiesen a Praga los delegados del XIV Congreso, unos por tren, otros por carretera, algunos en bicicleta o a pie. Para conservar secreto el lugar de la reunión ante los ocupantes, se indicó a los delegados que debían presentarse en una gran fábrica de Praga, desde donde los obreros les guiarían clandestinamente al lugar convenido.<sup>96</sup>

---

96 Pelikan, Jiri. *Le congres clandestin*. París, Editions du Seuil, 1970, pp. 9-10.

Por radio también se informó que el congreso se realizaría en el edificio del Parlamento, pero la información era falsa y sirvió para despistar a la policía. La población hizo el resto. Cambiaron los carteles con las direcciones, desactivaron las centrales telefónicas, todo para desorientar a los soldados rusos. Y lo lograron.

## Las decisiones del Congreso

En Vysocany, pueblo en los alrededores de Praga, los delegados electos se reunieron en la fábrica CKD, donde eran protegidos por los mismos obreros de la fábrica junto a milicias populares. Todo estaba preparado para sacar a los delegados hacia otro local de reunión en caso que interviniese la policía o las fuerzas armadas rusas. Bajo este impresionante operativo se puso en marcha el XIV Congreso del Partido Comunista Checoslovaco. Comenzó a las 11 de la mañana con 930 miembros; luego llegaron desde lugares más lejanos los delegados eslovacos: 1.026 delegados se reunieron en definitiva sobre un total de 1.250 elegidos en los meses anteriores. Solo ocho dirigentes “conocidos” estaban presentes en la fábrica CKD. El resto estaba conformado por una nueva camada de luchadores y otros más viejos separados del partido en las purgas llevadas adelante entre 1948 y 1949. Era “un acontecimiento capital, sin precedentes en la historia del movimiento comunista internacional: el movimiento de masas retomando el aparato de su partido”.<sup>97</sup>

El Congreso eligió en forma democrática un nuevo Comité Central de 144 miembros. Fueron eliminados todos los dirigentes afines a los jefes de Moscú. Fueron

---

<sup>97</sup> Broué, *op. cit.*

reelegidos los dirigentes presos y otros amenazados, que recibieron una gran cantidad de votos. Alexander Dubcek, en primer lugar, revelando una atadura política del Congreso a la cúpula del sector “reformista” de la burocracia que pesará decisivamente en el próximo período. Una mayoría abrumadora de los integrantes del flamante CC eran nuevos miembros, entre quienes resaltaban antiguos comunistas, dirigentes locales, algunos de los firmantes del “Manifiesto de las 2.000 palabras” e incluso algunos acusados de trotskistas en los tiempos de la más feroz represión stalinista.

Durante el Congreso los debates fueron breves: el tiempo escaseaba y existía la posibilidad real de ser capturados. En una atmósfera acalorada pero silenciosa, se leyó la declaración del XIV Congreso del Partido. Se afirmaba que la ocupación extranjera constituía una violación a la soberanía nacional, que en vísperas de esta no había en Checoslovaquia “ni una contrarrevolución, ni un peligro para el socialismo” y que el país no aceptaría “una autoridad militar de ocupación, ni un poder colaboracionista apoyado en las fuerzas de los ocupantes”.<sup>98</sup> Los delegados respaldaban como autoridades legítimamente designadas a Dubcek, aún preso por los capos de la URSS y al presidente Svoboda, otra de las caras más populares de la burocracia “reformista” y que había rechazado el encargo de los ocupantes de formar un nuevo gobierno. Finalmente, se resolvió exigir negociaciones inmediatas para el retiro de las tropas rusas y convocar a una huelga general de protesta desde el día siguiente, 23 de agosto, si no se concretaba. Las resoluciones del Congreso se hicieron públicas inmediatamente.

---

98 Broué, *op. cit.*



## El viraje de Moscú

La situación política había pegado un viraje profundo. La cuestión de controlar al movimiento obrero insurgente, que había reaccionado como un resorte frente a la invasión, volvió al primer plano de la agenda, porque desbordaba los planteos de la burocracia “reformista” e inviabilizaba todo el andamiaje represivo de la invasión. El dato “nuevo” era la clase obrera de carne y hueso que se había puesto a la cabeza de la resistencia popular, quebrando todas las especulaciones previas sobre las alternativas de la invasión: eran los mineros y obreros del carbón, en huelga desde el comienzo de la invasión; eran los trabajadores del ferrocarril, que frenaban los transportes del material proveniente de Alemania y Rusia destinado a los ocupantes; eran las ciudades obreras de Checoslovaquia, donde estallaban los incidentes más violentos contra los invasores.

En solo unos pocos días, el panorama se modificó radicalmente. Los capitostes de Moscú tuvieron que abandonar la idea de formar un nuevo gobierno. La consigna de la hora era desconocer el Congreso realizado en la clandestinidad y oponerle... las autoridades preexistentes, que los hombres del Kremlin habían buscado destronar. En estas condiciones, el presidente Svoboda, encabezando una delegación de dirigentes del PC checoslovaco, se preparó para partir a Moscú. La invasión y el secuestro del gobierno nacional checoslovaco se habían convertido muy rápidamente en un colapso político. La dirección del Kremlin convocó a los dirigentes del gobierno de Dubcek que había detenido y propuso su restitución en los cargos a cambio de un doble compromiso: por un lado, la aceptación de la invasión; por otro, el control ruso sobre las decisiones del gobierno (derecho a veto sobre cualquier medida del gobierno checoslovaco). El conjunto de la dirección “renovadora”, con la única excepción de un dirigente (Kriegel), capituló y firmó un documento secreto

que establecía la ilegalización del Congreso partidario independiente realizado en Praga. Pero esto era sigiloso. La tarea del momento era volcar la autoridad de los populares dirigentes “reformistas” para desarmar con maniobras y volteretas el ascenso revolucionario. Comenzará entonces la “normalización” pactada en Moscú. Se acercaba el otoño y Dubcek volvía para enterrar la “primavera”.

## CAPÍTULO 16

### Dubcek pacta en Moscú terminar con la Primavera de Praga

El 27 de agosto, en Moscú, Alexander Dubcek, jefe de la burocracia reformista, venía de ser liberado junto a otros dirigentes. El propósito era resolver el *impasse* en Checoslovaquia. Los invasores no habían conseguido formar gobierno, ni impedir la realización del XIV Congreso del PC checoslovaco que había barrido con la vieja dirección stalinista. Frente a esta situación, los jefes “renovadores” firmaban el pacto con los jefes de Moscú.

El acuerdo fue logrado luego de varios días de negociaciones. Los jefes del Kremlin aceptaron que los “renovadores” retomasen el gobierno que sus propios tanques habían tratado de liquidar. Las tropas de los “países socialistas amigos” se replugarían aunque un retiro definitivo quedaba sujeto a nuevas discusiones. La burocracia del “socialismo con rostro humano” se encargaría de resolver con medidas políticas lo que no había podido hacerse con la fuerza de las armas. El contenido de la “normalización” se fijó en un documento secreto que recogía los viejos planteos de los capos moscovitas: “renuncias” de los funcionarios más radicales y de los directores de la radio y la televisión (que habían jugado un importante rol en la resistencia a la invasión); el cese de la campaña contra los dirigentes de la URSS y el desconocimiento de las resoluciones del Congreso clandestino.

## La democracia “normaliza”

Con el retorno de los dirigentes de Moscú, comenzó entonces la “normalización”. Se convocó al viejo Comité Central, no al recientemente elegido en el XIV Congreso, que era impugnado con argumentos relativos a su irregular convocatoria. Pero fueron convocados también varios de los delegados elegidos para lo que debería ser el nuevo Comité Central. La política de “cooptación” iría disolviendo a este último. Los medios de comunicación comenzaron a disciplinarse a la nueva línea y la censura fue ganando terreno. Los elementos más radicales del ala renovadora fueron desplazados en las semanas siguientes. Un nuevo XIV Congreso se reconvocó para meses después. Por sobre todas las cosas, los reformistas se empeñaron en desmovilizar y frenar las acciones de protesta para “facilitar” el progresivo retiro de las tropas extranjeras. Era la política de estrangulamiento “pacífico” del levantamiento obrero y juvenil. El movimiento de masas se desmoralizó y se confundió frente a la política de la burocracia. Comenzó un proceso de emigración masiva. Todavía en los meses de noviembre, diciembre y enero importantes huelgas y manifestaciones obreras y estudiantiles se oponían al invasor y a sus equipos de colaboradores impuestos. En un acto heroico y desesperado, un joven se inmoló públicamente en una plaza de Praga para provocar la respuesta del pueblo.

[Pero] esas reacciones masivas del pueblo y de la clase obrera constituían los últimos gestos de una sociedad que se sentía frustrada e impotente. No solo por la abrumadora superioridad militar de los invasores, sino por el espíritu de capitulación de los órganos dirigentes del partido.<sup>99</sup>

---

99 Claudín, *op. cit.*, p. 260.

El pacto contrarrevolucionario puso de relieve el antagonismo irreductible entre el ala renovadora de la burocracia y la perspectiva abierta por la irrupción de las masas. Para la cúpula, la “democratización” era el instrumento para desarrollar un programa de integración progresiva con el capital mundial, como quedó claro en los planteos del programa de acción que había propuesto en marzo, luego de haber liquidado el gobierno del stalinista Novotny. La clase obrera y su vanguardia no encontraron una vía propia para la revolución política que acabara con la burocracia y recuperara su propio gobierno. No se planteó el problema estratégico del poder, reconstruyendo su propio gobierno, la dictadura del proletariado. No se preparó para un enfrentamiento y depositó su confianza en una dirección que acabó echando la soga democratizante al cuello de la revolución. La “democratización” concebida como un fin en sí mismo volvió a mostrar sus límites insalvables.

## **El derrumbe stalinista (y la cuestión alemana)**

La Primavera de Praga mostró también otros límites, los que arrastraban al régimen de la burocracia stalinista con centro en Moscú a una descomposición imparable. Durante varios meses todo el régimen de camarillas y facciones en la URSS y en el Este europeo se mantuvo en un estado de deliberación sobre los medios para enfrentar el estancamiento económico y el descontento popular creciente que se extendía por toda su geografía. En Checoslovaquia había tomado una forma explosiva pero era expresión de un fenómeno general. Había pasado menos de una década luego de que otras revoluciones hubieran sacudido al mundo “soviético”, entonces en Hungría y en Polonia. Por eso mismo en las discusiones sobre el caso checoslovaco, el ala más dura estuvo representada por los burócratas de Alemania oriental. Se

encontraban en la frontera de Occidente, reinando en un (semi)país, artificialmente dividido por Stalin y el imperialismo para impedir el resurgimiento del proletariado alemán y europeo luego del derrumbe nazi. Los burócratas de Berlín representaban mejor que nadie el inmovilismo de la política staliniana. Pero era justamente para salir de ese mismo inmovilismo que las alas “reformistas” se orientaban a buscar una salida con un giro más acentuado hacia el capitalismo mundial. Los Dubcek de 1968 son los antecesores de los Gorbachov y la *perestroika* de dos décadas después. Y entonces también la cuestión alemana se planteó como el “eslabón débil” de la cadena.

La Primavera de Praga puso de relieve, en un nuevo contexto, el *impasse* más general de la burocracia y las contradicciones planteadas por la tendencia de la burocracia a la restauración y de las masas a rebelarse contra el orden staliniano. Ese nuevo contexto era el del agotamiento de los equilibrios alcanzados al finalizar la Segunda Guerra, el del Mayo Francés, el de la quiebra del régimen gaullista, el del retroceso de los yanquis en Vietnam. Frente al ‘68, “año revolucionario”, la colaboración contrarrevolucionaria entre el imperialismo y la burocracia se intensificó. En 1968 ya habían comenzado las discusiones para la firma de un tratado de “cooperación y seguridad europeo” que no era otra cosa que un tratado de garantías mutuas y de integración de la burocracia al mercado capitalista. En 1970, en Polonia, los obreros retomarían la posta de la movilización que había llegado a su punto más alto en la Checoslovaquia de dos años atrás, mientras el Kremlin firmaba el primer acuerdo con la burguesía alemana, en Bonn. Comenzaba otra etapa en la economía y en la política mundial.

## **Anexo**

---





## La lucha popular en los Estados Unidos de los '60 y la Ofensiva del Têt

A fines de enero de 1968, el comandante de las fuerzas norteamericanas en Vietnam, general William Westmoreland, informaba que el enemigo “solo había experimentado fracasos”. El presidente Lyndon Johnson repetía, una vez más, que el éxito en la guerra de Vietnam estaba asegurado y que el desenlace tendría lugar ese mismo año. Pero cuando unos pocos días más tarde los revolucionarios vietnamitas lanzaron la Ofensiva del Têt, todo cambió de golpe.

La televisión transmitía, en horario central, las imágenes de los aviones norteamericanos destruyendo poblados indefensos, los asesinatos, las bombas de napalm. No se trataba solamente de un episodio militar: la guerra imperialista abría una crisis de proporciones en el corazón de la metrópoli. “En unas pocas semanas, la Ofensiva del Têt acabó con todas las imágenes heroicas de la generación de la Segunda Guerra Mundial. En 1968, los norteamericanos volvieron a la realidad: la guerra era un infierno. Têt mató a John Wayne”.<sup>100</sup> Pero la crisis abierta en 1968 fue preparada

---

100 Anderson, Terry H. “1968: The End and the Beginning in the United States and Western Europe”. *South*

por un amplio período previo de movilización popular contra la guerra y un régimen político racista de republicanos y demócratas.

Las movilizaciones de los años previos habían sido protagonizadas por dos sectores: el movimiento negro en su lucha por los derechos civiles y el movimiento estudiantil. En la segunda mitad de la década, la lucha antibélica le dio un poderoso impulso a ambos y preparó el terreno para la crisis política de 1968. A partir de la Contraofensiva del Têt, los norteamericanos comprenderían que los “años dorados” de la posguerra se habían acabado, aunque esto no quiere decir que, antes de Têt, todo lo que brillaba fuera oro.

## **Caracterización de una etapa**

La guerra de Vietnam formaba parte de un contexto internacional de posguerra caracterizado por la consolidación de Estados Unidos como la principal potencia imperialista.

Se ha convertido en un lugar común hacer referencia a un período “dorado” de tres decenios para el capitalismo mundial en la posguerra –historiadores como Eric Hobsbawm han contribuido a favorecer dicha interpretación–. No obstante, la idea de “treinta años gloriosos” para definir al período 1945-1975 esconde, por un lado, que los primeros diez años de esa treintena estuvieron marcados por un marasmo económico descomunal en Europa y una enorme inestabilidad en todo el planeta, que incluyó revoluciones triunfantes y traicionadas en varios países; por el otro, que la última década se caracterizó por una crisis fenomenal.

En conjunto, el período de la posguerra no se distinguió por la estabilización del capitalismo sino por una profunda

---

*Central Review*, vols. 16-17, 1999.

inestabilidad política tanto en las metrópolis como en las colonias. En cualquier caso, los “treinta años” quedarían reducidos a una década, y ni siquiera tan gloriosa, desde el momento en que en 1959 la revolución cubana trastocó el “orden” latinoamericano, a solo pocas millas de Florida.

Los primeros seis años de la década de 1960, de todos modos, fueron una etapa de crecimiento económico sostenido que enmarcó el intento de los Estados Unidos de lanzar una política ofensiva a nivel internacional. La sucesión de varias revoluciones derrotadas (como en Congo, Brasil, la República Dominicana, Indonesia y Grecia); y la situación de reflujo de la propia clase obrera norteamericana (causa y consecuencia de dicha política agresiva) pretendía, a su vez, profundizar el sometimiento obrero en la metrópoli. Hay que partir de esta situación de reflujo para comprender los años de *boom* económico y no hacer al revés, como la plétora de “teóricos” y políticos de toda laya que argumentaban sobre el “aburguesamiento” de los obreros de los países capitalistas y creían encontrar en ello la base de un “nuevo capitalismo”.

Si en Europa este reflujo obrero se vinculaba a las derrotas de las situaciones revolucionarias obtenidas por el imperialismo gracias al apoyo de la burocracia stalinista y sus partidos comunistas, en los Estados Unidos hay que hallar sus causas en la incapacidad del ascenso obrero de 1944-1946 para romper con la política de la burocracia sindical, el stalinismo americano y el Partido Demócrata. La fusión de la CIO (central obrera creada por la militancia combativa del movimiento obrero en la década del ‘30), con la podrida burocracia sindical de la AFL, en 1955, puso como broche el sometimiento de la clase obrera a la política del Partido Demócrata y sentó las bases para un período prolongado de retroceso político de la clase obrera norteamericana, enmarcado además en el clima chauvinista y macartista de la época.

Esa política traidora de la burocracia de la AFL-CIO generó una importante pérdida de prestigio e influencia de los sindicatos sobre el activismo juvenil y popular. Si en la década del '30 y en 1944-46 el movimiento obrero podía ubicarse a la cabeza de la movilización popular, estudiantil, antibélica y de las minorías segregadas, en la década del '60 el reflujo obrero y la política capituladora de la burocracia sindical hicieron que los movimientos populares se desarrollaran con relativa independencia de la clase obrera organizada.

## El movimiento negro

La población negra era la principal minoría de la sociedad estadounidense de posguerra: 22 millones de personas que conformaban el 11 % de la población total y el 20 % de la población trabajadora. En el país del “sueño americano”, los negros vivían algo más parecido a una pesadilla. Pobreza, brutalidad policial, segregacionismo, desempleo, trabajos mal pagos, malas escuelas, peores hospitales y condiciones de vida: los trabajadores negros eran el sostén del *boom* económico y no recibían en contrapartida más que injusticia, desigualdad y racismo. Antes de la Segunda Guerra Mundial, la mayoría de la población negra aún vivía en zonas rurales de los estados del Sur. Durante la guerra, millones de negros se integraron a la clase obrera en los estados del Norte.

Las luchas de la población negra en los Estados Unidos tienen una valiosa historia de varios siglos –incluyendo la propia abolición de la esclavitud, que no fue un regalo gracioso de la burguesía norteamericana sino el resultado de una guerra civil, que solo pudo ganar Lincoln gracias al apoyo de los soldados negros en el ejército de la Unión. En la posguerra, el llamado “movimiento por los derechos civiles”

cobró impulso a partir del boicot a los autobuses realizado en 1955 en la ciudad de Montgomery, Alabama, luego de que Rose Parks se negase a cederle el asiento a un blanco, tal como estipulaba la normativa racista de ese estado. Tuvieron que pasar algunos años, todavía, para que comenzara a producirse una ruptura con el liderazgo moderado de la NAACP (National Association for the Advancement of Colored People), que proponía vías de lucha estrictamente jurídicas y se había sumado a la caza de brujas macarthista de la época. A partir de finales de la década del '50, el movimiento negro empezó a abandonar las medidas puramente legales que hasta entonces habían predominado, sin lograr ningún objetivo, y a desarrollar acciones de lucha de masas.

En 1960, se sucedieron las “ocupaciones” en comedores universitarios, luego de que varios jóvenes negros fueran expulsados de uno de ellos en Greensboro, Carolina del Norte, por utilizar un espacio que estaba reservado a los blancos. Aumentaron así medidas de lucha como boicots, *freedom rides* (viajes en autobús para desafiar las leyes segregacionistas) y tomas de edificios, que casi siempre terminaban con desalojos, represión y detenidos.

El inicio de la guerra de Vietnam potenció al movimiento por los derechos civiles. Como había sucedido durante la Guerra Mundial, los negros debían soportar las cargas más pesadas de la aventura bélica imperialista. No solo eran proporcionalmente más los negros que eran reclutados en el ejército, sino que una vez allí eran asignados a las tareas más riesgosas y morían en gran número. En la metrópoli, eran los que más sufrían los aumentos de precios y los recortes en los programas sociales generados por la guerra.

A partir de la segunda mitad de la década del '60, y como consecuencia de los cambios demográficos ya mencionados, la rebelión de los trabajadores negros se trasladó del Sur rural a los guetos urbanos de las grandes ciudades industriales del Norte, donde los negros estaban cerca de conformar la

mitad de la población trabajadora total. Entre el 12 y el 23 de julio de 1966 se sucedieron varios motines racistas en contra del movimiento negro en lucha en Chicago, Nueva York, Baltimore y otras ciudades principales; en Cleveland la represión dejó un saldo de 4 muertos y 50 heridos. A fines del mes de septiembre el centro de los hechos se trasladó a San Francisco, donde se recurrió a 3.600 soldados de la guardia nacional para “mantener el orden”.

Solo en la primera mitad de 1967, nueve ciudades conocieron grandes rebeliones: Nashville, Jackson, Houston, Cincinnati, Dayton, Boston, Tampa, Atlanta y Buffalo. Los jóvenes son la punta de lanza y los principales protagonistas de estas revueltas en los guetos (...) son los que más sufren el desempleo, el reclutamiento y las peores escuelas, y los que tienen un futuro más sombrío”.<sup>101</sup>

La guerra, además, agudizó las contradicciones políticas al interior del movimiento por los derechos civiles, entre las tendencias más tradicionales y conservadoras, que se oponían a las medidas de acción directa, y las nuevas camadas de militantes. La NAACP, que había sido fundada en 1909, comenzó a perder influencia frente a organizaciones más combativas como la SNCC (Student Nonviolent Coordinating Committee) y la CORE (Congress of Racial Equality). En una posición intermedia se ubicaban el principal líder popular del movimiento, Martin Luther King y su SCLC (Southern Christian Leadership Conference).

Hacia 1968 la radicalización era tal que el líder pacifista negro y su SCLC anunciaron un plan para movilizar a cientos de miles de pobres blancos y negros en dirección a Washington para que la pobreza, cada vez mayor, en lugar de ocultarse se

---

101 *International Socialist Review*, enero-febrero de 1968.

exhibiese abiertamente y saliese en televisión. El reverendo Ralph Abernathy, número dos del movimiento, dijo: “Vamos a ir allí para hablar con LBJ (Lyndon Johnson), y si LBJ no hace algo al respecto con lo que vamos a decirle, vamos a derribarle y conseguiremos que otro sí lo haga”.<sup>102</sup>

Por otro lado, la lucha de los movimientos de liberación en las colonias, como las de Argelia y Cuba, que se convirtieron en un símbolo de resistencia al orden mundial establecido, ayudó a establecer una conexión entre los negros norteamericanos oprimidos que trataban de liberarse del gobierno de los blancos y los musulmanes africanos oprimidos que trataban de hacerlo de los europeos. Esta es la cuestión en torno a la que giraba el movimiento Musulmanes Negros dirigido por Malcolm X, quien fuera asesinado en 1965.

Martin Luther King también identificó el movimiento de los derechos civiles con la lucha en las colonias. En 1955 dijo acerca del boicot de Montgomery:

Forma parte de un movimiento de alcance mundial. Contemplad cualquier lugar en el mundo y veréis a la gente explotada levantarse en contra de sus explotadores. Esa parece ser la característica más relevante de nuestra generación.<sup>103</sup>

Mientras se agudizaba la crisis política del gobierno de Johnson, producto de los costes económicos y reveses militares que EE.UU. sufría en Vietnam, el movimiento de masas giraba hacia la izquierda en sus posicionamientos políticos. La nueva izquierda californiana había formado un partido político, el Partido de la Paz y la Libertad, que reunió cien mil firmas para poder presentarse a elecciones. Comenzaban a tener protagonismo también grupos más radicalizados como las Panteras Negras, que si bien abogaban por

---

102 Kurlansky, *op. cit.*, p. 146.

103 Ídem, p. 155.

la violencia e instaban a los negros a armarse para la revolución que se avecinaba, habían establecido una coalición con el Partido de la Paz y la Libertad para presentarse a elecciones. A decir verdad, las Panteras Negras causaban temor en la mayoría de la izquierda blanca. Mientras la nueva izquierda blanca se nutría de la acomodada clase media, y la mayoría de los negros pro derechos civiles como Bob Moses y Martin Luther King gozaban de una buena educación, las Panteras Negras procedían en su mayor parte de los barrios bajos, con frecuencia con antecedentes penales. Vestidos de negro con boinas negras y posando para las fotos armados, su intención era atemorizar. Podrían haber contado con muy pocos simpatizantes de no haber sido porque en 1968 la política represiva del Estado comenzó a intensificarse, en especial en el Chicago del alcalde Richard Daley y la California del gobernador Ronald Reagan, donde se estaba dispuesto a utilizar una violencia extrema contra manifestantes desarmados. No bien asumido, además de recortar el presupuesto estatal para la asistencia médica y la educación, Reagan llevo adelante una política de acoso brutal a los manifestantes. Tal es así que tras un ataque a manifestantes contra la guerra, en Oakland el 16 de octubre de 1967, tan brutal que se le dio en llamar “martes sangriento”, elogió al Departamento de Policía de Oakland por su “excepcional capacidad y grandes dotes profesionales”. De ahora en más los jóvenes blancos y privilegiados empezaban a ser tratados por la policía de la misma forma en que los negros lo eran desde hacía mucho.<sup>104</sup>

Sin embargo, la conflictividad social, el movimiento antibelicista y la violencia racial no cesaban. Al anochecer del 4 de abril, descansando en un hotel luego de participar en Memphis del apoyo a una huelga de basureros, Martin

---

104 Kurlansky, *op. cit.*, pp. 156-157.



Luther King fue asesinado de un tiro en el lado derecho de su cara por un hombre blanco llamado James Earl Ray. Al difundirse la noticia la violencia estalló en ciento veintidós ciudades norteamericanas. Hubo saqueos e incendios y para restablecer el orden intervino una vez más la guardia nacional que, en ciudades como Chicago, tenía la orden incluso de “tirar a matar”. En los barrios negros hubo pérdidas por millones de dólares y fueron muchos los muertos a manos de las fuerzas represivas. Cinco días después, el presidente Lyndon Johnson declaró un día de luto nacional por la pérdida del líder de los derechos civiles. Una muchedumbre de 300.000 personas asistió a su funeral ese mismo día. El vicepresidente Hubert Humphrey asistió en nombre de Lyndon Johnson, que estaba en una reunión sobre la guerra de Vietnam en Camp Davis. La ausencia no era casual: el ambiente estaba caldeado y se temía que Johnson pudiese ser agredido por los seguidores de King y se produjesen reclamos contrarios a la guerra.

## **El movimiento estudiantil y la lucha contra la guerra**

La movilización de los sectores estudiantiles había comenzado a manifestarse a fines de la década del '50, en solidaridad con las revoluciones coloniales y las luchas por los derechos civiles. La guerra de Vietnam le dio a este movimiento un impulso extraordinario, y sumó nuevos contingentes juveniles a la acción política contra el imperialismo. Muchos de esos jóvenes habían votado en 1964 por Lyndon Johnson para evitar una victoria del candidato republicano Barry Goldwater, un decidido impulsor de la guerra. Ahora, la juventud se encontraba con que “su” candidato era el alenador de una aventura bélica que se profundizaba.

La agitación contra la guerra comenzó en los *campus* universitarios. En marzo de 1965 se realizó el primer *teach-in*, una

medida de protesta que consistía en quedarse en la universidad durante la noche, en asamblea, discutiendo sobre la situación política y escuchando intervenciones de estudiantes y docentes, en contra de la guerra. Isaac Deutscher, el famoso biógrafo de Trotsky, participó en algunos de ellos e intervino ante más de 1.000 estudiantes –Norman Mailer, Charles Tilly, Hal Draper, Paul Auster y muchos otros participaron en los eventos. El más importante de los *teach-ins* tuvo lugar en la Universidad de California, en Berkeley, en mayo de ese año, y contó con la presencia de 36.000 personas durante 36 horas. Pero el movimiento no se limitó a los claustros universitarios: ganó la calle. La lucha de los estudiantes en los *campus* universitarios se transformó enseguida en una lucha política antigubernamental en contra de la guerra. Uno de los rasgos fundamentales del movimiento eran las gigantescas manifestaciones callejeras de masas. El puntapié inicial lo dio la marcha convocada por Students for a Democratic Society, una organización estudiantil de corte socialdemócrata, que se realizó en abril de 1965 sobre la ciudad de Washington. Se produjo como respuesta a la decisión del presidente Johnson, que acababa de asumir el cargo, de lanzar una ofensiva sobre Vietnam a pesar de haber hecho campaña como el candidato de los moderados frente a los “halcones” republicanos. Toda una generación juvenil ingresaba a la lucha política y salía a las calles, rompiendo con viejos prejuicios: “Por Dios”, dijo un estudiante en la manifestación, “¡entonces todo lo que me habían contado era mentira!”<sup>105</sup>

En los años siguientes se realizaron nuevas manifestaciones de masas, habitualmente una en primavera (abril) y otra en otoño (octubre). En estas protestas jóvenes en edad militar, en un acto de desobediencia civil, quemaban públicamente sus cartillas de reclutamiento. La impopularidad del

---

105 Fraser, Ronald. 1968: *A Student Generation in Revolt*. New York, Pantheon Books, 1988.

sistema de reclutamiento se debía también a que los jóvenes de clase media y alta eludían fácilmente ir a Vietnam. Allí eran enviados mayoritariamente los pobres y los miembros de las minorías raciales. Los afroamericanos, que representaban el 11 % de la población total, suponían el 31 % de las tropas destacadas en Vietnam. Por otra parte, nadie quería ir a morir en una guerra que parecía absurda, a miles de kilómetros en las selvas de un país desconocido, por motivos tan abstractos como “la defensa de la libertad”. Si bien esta conducta era penada con prisión, la magnitud que iba adquiriendo el movimiento hizo que muy pocos realmente vieran las rejas. La posibilidad cada vez más concreta de evitar el reclutamiento fue uno de los principales motivos que minaron la moral del soldado norteamericano.

Mientras tanto las marchas fueron creciendo en número y desembocaron en las manifestaciones del 15 de abril de 1967, las más grandes de la historia de los Estados Unidos, que se desarrollaron simultáneamente en San Francisco y en Nueva York. En octubre del mismo año, se produjo el llamado “cerco al Pentágono”, una movilización popular que rodeó el centro militar del imperialismo norteamericano. Este hecho inédito en la historia marcó un salto político del movimiento, al apuntar directamente al centro militar del imperialismo, y fue la antesala de las luchas que recorrerían el mundo el año siguiente. Así era relatado por Maurice Isserman en su artículo “The Flower in the Gun Barrel”:

La protesta del Pentágono fue vista entonces, y siguió siendo vista de ese modo después, como una divisoria de aguas en la historia del movimiento antibélico. Hasta ese momento, con pocas excepciones, las protestas antibélicas habían sido acontecimientos sobrios: mayormente marchas ordenadas, piquetes y vigilias. Pero los organizadores de la protesta del 21 de octubre la habían anticipado como el momento en el cual el movimiento pasaría “del disenso a la resistencia”. (...)

La protesta fue organizada por el National Mobilization Committee to End the War in Vietnam, encabezado por el veterano pacifista David Dellinger. El verano anterior, Dellinger había sumado al activista estudiantil Jerry Rubin, de Berkeley, como el principal organizador de la ya planificada marcha prevista para ese otoño. Fue idea de Rubin abandonar el plan original, que consistía en una marcha sobre el Capitolio, y reemplazarla por una marcha que cruzara el Puente Arlington Memorial y se dirigiera al Pentágono. (...) Rubin se inspiró en un artículo de Allen Ginsberg titulado “Los días de Vietnam en Berkeley”, publicado en la revista pacifista *Liberation*. Allí, Ginsberg llamaba a los movimientos antibélicos a adoptar una “política mágica” de protesta teatral y espectáculo. Rubin y su compañero Abbie Hoffman se dispusieron a montar un espectáculo de ese tipo en Washington. Se corrió la voz entre las comunidades *hippies* de que el evento tendría tanto de festival contracultural como de protesta tradicional. Habría bandas de rock, muñecos gigantes e incluso un intento de hacer levitar al Pentágono y sacudir a sus demonios. En *Los ejércitos de la noche*, una narración de la protesta del Pentágono que ganó el Premio Pulitzer, Norman Mailer describió extensamente el excéntrico aspecto de los manifestantes, sugiriendo que “estaban cerca de mezclarse desde todas las intersecciones entre la historia y los libros de historietas, entre la leyenda y la televisión, los arquetipos bíblicos y las películas”.(...)

Las cosas no salieron como habían sido planeadas (una frase hecha que puede servir como introducción a virtualmente cualquier protesta de los sesenta). Se suponía que la desobediencia se iba a limitar a un cruce ordenado de la línea policial por parte de aquellos dispuestos a aceptar ser arrestados. El resto de los manifestantes debían contenerse y mantenerse a distancia suficiente como para hacerse escuchar en (o hacer levitar a) el Pentágono. Nadie esperaba que, con miles de soldados y cientos de oficiales protegiendo

el perímetro, los manifestantes serían capaces de encontrar un punto débil en el cerco policial, un sector desprotegido de un terraplén que desembocaba en las escalinatas mismas del Pentágono. Una vanguardia de aproximadamente una docena de manifestantes logró de hecho entrar al edificio antes de ser salvajemente reprimidas. Mientras tanto, unos 5.000 manifestantes se abalanzaron sobre el terraplén hasta que una línea policial pudo restablecerse.

Recuerdo que hubo una angustiante sensación de incertidumbre en esos primeros minutos sobre el terraplén. Ya había corrido sangre en las escalinatas del Pentágono. Nadie sabía cómo iban a reaccionar las tropas que salían del edificio ante nuestra presencia, o si sus armas estaban cargadas. Hubo algunos empujones y algunos proyectiles se lanzaron sobre las tropas desde la multitud. Pero un joven manifestante encontró la manera de aliviar la tensión. Bernie Boston, fotógrafo del *Washington Star*, tomó una fotografía de ese joven cuando colocaba claveles en el cañón del rifle de un soldado. Los editores de Boston aparentemente no le dieron mucha importancia a la foto, que salió en la página 12 del periódico del día siguiente. Más tarde se convertiría en una de las imágenes icónicas de los sesenta.<sup>106</sup>

Dos años más tarde otras 200.000 personas repetirían la demostración. Para entonces el carácter cada vez más antipopular de la guerra hacía estragos en el régimen político norteamericano y hasta la conservadora página editorial del *Wall Street Journal* decía: “El esfuerzo de Vietnam bien puede ser condenado al fracaso”. Sucede que en entre una y otra manifestación se había producido la gran contraofensiva de las fuerzas vietnamitas.

---

106 Isserman, Maurice. “The Flower in the Gun Barrel”. *The Chronicle Review*, 54:8.

## La Ofensiva del Têt

La noche del 30 al 31 de enero de 1968, en un país en guerra, se celebraba el *Têt Nguyen Dan*, la festividad del Año Nuevo Lunar. Esa misma noche 85.000 guerrilleros lanzaron un ataque masivo contra posiciones norteamericanas y del ejército títere de Vietnam del Sur.<sup>107</sup> La guerrilla del Frente de Liberación Nacional (FLN) de Vietnam, o *Viet Minh* (llamado Vietcong por los norteamericanos), atacó masiva y simultáneamente 36 de las 44 capitales provinciales, 5 de las 6 ciudades autónomas y 64 de las 242 capitales de distrito de Vietnam del Sur. Además de las principales unidades militares, el edificio de la Junta de Jefes, el cuartel general del ejército vietnamita del sur y varias embajadas. Cerca del paralelo 17, frontera entre los “dos” Vietnam, tropas regulares de Vietnam del Norte también tomaron parte en los ataques. Se luchó en los jardines del palacio presidencial y un comando ocupó la embajada norteamericana en Saigón, la capital de Vietnam del Sur. Un grupo de 19 guerrilleros sostuvo su posición durante más de seis horas, luchando en “territorio norteamericano”.

El optimismo oficial norteamericano de los primeros años, basado en su superioridad tecnológica militar, había ido desvaneciéndose ante una guerra irregular en la que el conocimiento del terreno y el apoyo de la población resultaban factores decisivos. A comienzos de 1968, los Estados Unidos tenían desplegados en Vietnam casi 500.000 soldados de sus mejores divisiones, incluidas cuatro unidades de elite, respaldados por tropas especiales de Australia, Tailandia y Corea del Sur. Los vietnamitas del sur disponían de unos

---

107 Luego de la guerra de Indochina entre los vietnamitas y el imperialismo francés, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, los acuerdos de Ginebra, en 1954, habían establecido la división del país. Vietnam del Norte, que quedó bajo la dirección del Partido Comunista, y Vietnam del Sur, una suerte de protectorado del imperialismo.

350.000 efectivos con recursos infinitamente más precarios. Todo el poderío norteamericano, poco antes del Têt, demolía gradualmente a las fuerzas de Vietnam del Norte. El presidente Lyndon Johnson recorría el país con un mensaje triunfal: la victoria era inevitable. El mando norteamericano, sin embargo, recibió informes e indicios abundantes de la ofensiva guerrillera que estimó como un último acto de desesperación. Según sus cálculos la guerrilla estaba debilitada y agotada, y solo sería cuestión de tiempo su derrota final. Pero la magnitud de la ofensiva lo tomó de sorpresa. La guerrilla no logró tomar el poder y sufrió enormes bajas, de un tercio de sus efectivos; sin embargo fue una victoria política y propagandística decisiva. Logró cambiar la percepción en el mundo sobre la marcha de la guerra de Vietnam: Estados Unidos la estaba perdiendo.

El impacto sobre la opinión pública norteamericana fue enorme. Las imágenes de la televisión, que poco antes había comenzado las transmisiones en vivo, sacudieron a los norteamericanos. El comentarista más popular de la TV – Walter Cronkite – transmitiendo desde las calles de Saigón, la capital de Vietnam del Sur, y ante millones de televidentes liquidó la “historia oficial”: “¿Qué diablos está pasando? Creí que estábamos ganando la guerra”. Semanas después el presidente Lyndon Johnson renunció a postularse a su reelección –que poco antes parecía asegurada. La burguesía más poderosa del mundo se dividía respecto al asunto y la desmoralización del país respecto de la guerra se volvió ruinosas.<sup>108</sup> En los Estados Unidos se hizo definitiva la idea de que salir de Vietnam solo era cuestión de tiempo. El movimiento antiguerra que venía preparando el terreno con importantes movilizaciones tomaría entonces proporciones inmensas.

---

108 Kurlansky, *op. cit.*

## La masacre

Después de una batalla de dos meses, y de sufrir casi 45.000 bajas, la ofensiva fue rechazada. El FLN quedó en la práctica fuera de combate por mucho tiempo. El heroico pueblo de Vietnam había pagado su victoria política con una sangría bestial en una ofensiva casi suicida. La desproporción de recursos era abismal. Y no era casualidad: el *Che*, liquidado en la sierra boliviana apenas semanas antes de la ofensiva del Têt, había denunciado la retaceada ayuda a los vietnamitas por parte de los estados “socialistas”. La consigna “dos, tres, muchos Vietnam...” era no solo un grito de guerra contra el imperialismo sino la impugnación del colaboracionismo implícito de los burócratas del Kremlin. La inmolación del pueblo vietnamita hay que cargarla entonces en la cuenta de los crímenes de la burocracia soviética y también de la china, que no respaldaron la resistencia y la guerra contra la mayor potencia bélica de la historia humana sino con cuentagotas y como parte de la línea general stalinista de “coexistencia pacífica” con el imperialismo.

Queda la incógnita aún de las premisas sobre las cuales fue lanzada una ofensiva que no podía dar cuenta del imponente aparato militar de la mayor potencia bélica de la historia. La versión apologética rinde culto a la visión política “genial” de la dirección norvietnamita, capaz de prever el giro que el sacrificio de las tropas propias podía dar a la situación norteamericana. En el otro extremo, los historiadores especulan con la ventaja calculada por el stalinismo de acabar con la guerrilla más autónoma de Vietnam del Sur. La historiografía sobre la ofensiva del Têt adolece de falta de fuentes: los archivos permanecen aún cerrados o sin investigar. De lo que no queda duda es del impresionante efecto multiplicador que tuvo la heroica resistencia en la lucha de la juventud y de los explotados del mundo entero, tan explosiva en las más diversas latitudes ese mismo año, cuando debutó con el “Têt”.



## La crisis política: una crisis sistémica

A pesar del reflujo del movimiento obrero y de la política agresiva del imperialismo norteamericano, detrás de la fachada del capitalismo próspero y exitoso se había estado incubando una movilización popular en contra del régimen imperialista. Se trataba de un movimiento políticamente heterogéneo, escasamente organizado y con contradicciones políticas no resueltas. Pero más allá de sus limitaciones, implicaba una intervención de las masas en la situación política del principal país imperialista del planeta. Cuando a principios de 1968 la ofensiva militar de los vietnamitas se combinó con la movilización antibélica al interior de los Estados Unidos, se abrió una crisis del régimen político de grandes proporciones:

Johnson estaba técnicamente en lo cierto —señala un analista— cuando tres semanas después de la ofensiva anunció una gran victoria militar sobre los comunistas. Pero ya no tenía suficiente credibilidad para convencer a los estadounidenses de este hecho.<sup>109</sup>

La opinión pública se volcó definitivamente en contra de la guerra. A ello contribuía enormemente la difusión de fotos, artículos periodísticos y reportajes televisivos que daban cuenta de atrocidades cometidas por sus propias tropas o las de sus aliados. La foto de una niña vietnamita de nueve años, que corre desnuda con el cuerpo en llamas mientras huye de un bombardeo con napalm, estremeció a la opinión pública. O la ejecución sumaria de un guerrillero recién capturado, en plena calle y con toda frialdad, por el jefe de la policía de Saigón, filmada y transmitida por la televisión

---

109 Anderson, *op. cit.*

norteamericana. Asimismo la matanza de los pobladores de la aldea My Lai, en su mayoría ancianos, mujeres y niños, que protagonizó una unidad de infantes de marina, cubierta por corresponsales de guerra occidentales y ampliamente documentada. Las autoridades militares de Estados Unidos insistían en que se trataba de actos aislados, que los responsables habían sido juzgados y condenados. De nada servía. Los periodistas iban tras la noticia y, obviamente, no lo era si una patrulla operaba sin incidentes y siguiendo las normas. Se trataba de la primera guerra televisada en directo y el alto mando no había medido el impacto de las noticias de Vietnam sobre su retaguardia. Los esfuerzos oficiales por ocultar las bajas propias o los abusos que ocasionalmente cometían sus tropas estaban condenados al fracaso.

La mala marcha de la guerra y la difusión de sus atrocidades no solo acentuaban la debacle del gobierno de Johnson, quien ya resignaba la posibilidad de ir a una reelección, sino que sepultaba definitivamente la imagen de los EE.UU. como una potencia anticolonialista y pacifista. Es decir, se caía aquella idea del “nuevo siglo norteamericano” que pergeñaron los estrategas del Departamento de Estado en la posguerra, y que consistía en mostrarse al mundo como una potencia que no basaba ya su dominio en la conquista territorial sino en la hegemonía de su economía y del dólar como patrón de cambio del nuevo orden mundial. Ni una cosa ni la otra. Más que nunca ahora los EE.UU. aparecían ante los ojos del mundo y de gran parte de su población como una fuerza imperialista y agresiva, y su economía –y la economía mundial cuya locomotora efectivamente eran– entraba en una nueva depresión estructural.

Para marzo de 1968 la guerra le estaba costando a Estados Unidos unos 30.000 millones de dólares anuales. El déficit en la balanza de pagos llegaba a 3.600 millones. La guerra estaba siendo financiada con las reservas de oro, para entonces solo a la mitad de su récord posterior a la Segunda

Guerra Mundial de 24.600 millones de dólares. El valor del dólar se fijaba según el oro, y los especuladores que contemplaban esas cifras concluyeron que Estados Unidos no sería capaz de mantener el precio del oro, fijado en 35 dólares la onza. Estados Unidos no tendría pues en teoría suficientes reservas como para vender a 35 dólares a todos los compradores, lo cual obligaría a subir el precio del oro. Aquellos que estuvieran en posesión de oro sacarían enormes beneficios. Lo mismo ocurrió con la libra esterlina en 1967, cuando los británicos devaluaron su moneda. Los especuladores en oro se pusieron a comprar con tal frenesí que provocaron un pánico que la prensa tildaría de “la mayor fiebre del oro de la historia”. Más de doscientas toneladas de oro con un valor de 220 millones de dólares cambiaron de manos en el mercado londinense del oro, estableciendo un nuevo récord en una sola jornada. Los economistas del mundo entero predecían un desastre. “Nos hallamos en el primer acto de una depresión mundial”, diría el economista británico John Vaizey.<sup>110</sup>

Si bien el gasto norteamericano en la guerra era un factor de desestabilización de la economía global, este era parte, como bien señalaba Vaizey, de una crisis más de conjunto que comenzaba a manifestarse. La aventura bélica en Vietnam no se limitaba al objetivo geopolítico de evitar que un país relativamente pequeño y muy atrasado se sustrajera del “mundo libre”, occidental y capitalista y que, peor aún, esto sirviera de ejemplo para que otros pueblos oprimidos por el imperialismo siguiesen el camino de la guerra revolucionaria.<sup>111</sup> La guerra de Vietnam en una primera instancia había servido como válvula de escape de la economía norteamericana, ya que esta implicaba la reactivación de un conjunto

---

110 Kurlansky, *op. cit.*

111 Huberman, Leo y Sweezy, Paul. “Vietnam: el camino del desastre”. En: Pozzi, Pablo y Nigra, Fabio, (comp.). *Huellas imperiales*. Buenos Aires, Imago Mundi, 2003, p. 312.

de industrias afines en un contexto en que la economía del llamado “Estado de bienestar” comenzaba a estancarse.

Es decir, la crisis no era solo del gobierno de Johnson sino que lo que se va a manifestar con toda su crudeza en el año 1968, no solo en EE.UU. sino en todo mundo, es el fracaso o el derrumbe del orden financiero y monetario internacional establecido en los acuerdos de Bretton Woods en julio de 1944. La idea de mantener un orden monetario estable fundado en el dólar que permitiese evitar la historia económica de la primera parte del siglo –marcada por devaluaciones competitivas, desvalorizaciones y luchas comerciales– comenzaba a hacer agua por todos lados. Hacia finales de los ‘60 las políticas fiscales expansivas habían dejado de ser algo transitorio, como había imaginado en su momento lord Keynes, para transformarse en un déficit fiscal permanente. Esta política había llevado al Estado a un endeudamiento sin precedentes. Por otro lado a la clase capitalista se le hacían cada vez más pesadas las cargas del llamado “Estado de bienestar”, el costo de inversión era cada vez mayor y por lo tanto las ganancias eran cada vez menores. Asimismo la inflación creciente minaba el poder adquisitivo de los trabajadores.

Después de algunos años de crecimiento sostenido, los “años gloriosos” que no fueron tan gloriosos, el capitalismo volvía a mostrar su peor cara: volvía entrar cuando se creía que ya estaba afuera en una crisis de características terminales; la barbarie de la guerra y el ataque a las conquistas más elementales de los trabajadores eran la forma de darle una salida capitalista a la crisis.

Las crecientes luchas populares en la Norteamérica de los años ‘60 se enmarcan en este contexto de crisis sistémica: lo que en el fondo estaba en juego era qué sectores sociales pagarían los platos rotos de esta crisis. 1968 fue el año en que estallaron todas estas contradicciones. Mientras los sectores populares más diversos tomaban conciencia de sus intereses y se volcaban a la acción directa, y la ofensiva del Têt sellaba

para siempre la suerte de la guerra, el régimen político norteamericano se tambaleaba como nunca antes. En los años venideros la crisis económica se agudizaría, se declararía la inconvertibilidad del dólar, estallaría la crisis del petróleo, la conflictividad social recrudecería en el mundo y, finalmente, EE.UU. sería derrotado en Vietnam. Pero toda esta etapa histórica siguiente no se puede entender si no es a la luz de comprender la etapa abierta a finales de los años '60, como el fin de una época y el comienzo de una crisis del sistema capitalista que conmocionaría al mundo hasta nuestros días.



## **Apéndice documental**

---





## Los ciento cuarenta y dos se abren paso

*Le Nouvel Observateur*, 3 de abril de 1968.

Los “142” que durante la noche del 22 al 23 de marzo habían invadido el salón del Claustro fueron calificados de exaltados y enfermos mentales: el viernes 29 organizaron unos debates tranquilos, serios y abiertos. Se les reprochó que su audiencia no era más que ellos mismos; sin embargo consiguieron congregar a 500 estudiantes de Nanterre; la cifra no es enorme pero sí marca un progreso. ¿Quiénes son estos 142? Son dutschkistas como Dany Cohn-Bendit, miembros de las Juventudes Comunistas Revolucionarias (JCR, guevaristas), anarco-comunistas, situacionistas, ESU (Estudiantes Socialistas Unificados). También hay militantes de la UNEF (Unión Nacional de los Estudiantes de Francia), de la Asociación de Residentes, de la UJCML (maoístas), del CLER (Comité de Coordinación de los Estudiantes Revolucionarios, trotskistas) y todos actuando sin mandato de sus organizaciones respectivas. No obstante, la mayoría de los “142” son estudiantes que se han movilizado por un problema concreto: la detención de unos militantes.

(...)

“Es cierto –nos dice un estudiante–, los “142” nos han sacado de nuestro letargo, y ahora convendría que hablemos

en serio. La administración tendría que autorizar la apertura de las aulas para las discusiones políticas. Creo que entenderá que la gente que hoy está aquí no son terroristas como se dijo apresuradamente.”

Todo empieza el martes. Por la mañana los “142” reparan octavillas llamando a los estudiantes a convertir el viernes 29 en una jornada de amplio debate. Hay cuatro temas escogidos, pero no son limitativos: el capitalismo en 1968 y las luchas obreras, la Universidad y la universidad-crítica, la lucha antiimperialista, las luchas obreras y estudiantiles en los países del Este.

(...)

Todo el mundo participa de esta amplia jornada política, hasta los maoístas. Todo el mundo excepto un ausente de peso: la UEC (Unión de Estudiantes Comunistas). Aquella misma mañana *L'Humanité* condena severamente la agitación fomentada por “unos grupos irresponsables”...

## Henri Lefebvre: “Yo no soy un policía”

Extractos de un reportaje publicado en  
[www.laetraausente.com/laetraausente1/omblogo2.htm](http://www.laetraausente.com/laetraausente1/omblogo2.htm)

(...) Hablemos ahora de Nanterre. En aquella facultad regida como una empresa industrial en edificios con aire de fábrica, el Departamento de Sociología se singularizó. Dos consideraciones a propósito de este departamento: el clima reinante y el contenido de la enseñanza que se impartía. El Departamento se titulaba oficialmente “Departamento de Sociología”. La misma palabra “sociología” ha originado equívocos. Hay quien, tomándola al pie de la letra, ha despreciado al Departamento entero bajo pretexto de que la sociología contiene una ideología integrada en el capitalismo. Idea no siempre equivocada. De hecho y en el ambiente de Nanterre y dentro de su Departamento de Sociología, el término significaba: teoría crítica, crítica de la sociedad burguesa.

(...)

El marxismo enseñado en Nanterre no tenía nada en común con el marxismo oficial. Los textos esenciales de Marx que los estudiantes leían y comentaban eran los de Marx sobre el Estado, sobre la alienación política. Estos textos tuvieron algo que ver, estoy convencido, con la consigna estudiantil: “Abajo el Estado policía”. Esta consigna les llegó

a través de su experiencia, la de los gendarmes, la del espacio controlado, el de la universidad, el de los suburbios y villas miseria que rodeaban las facultades de Nanterre. La experiencia necesita de una teoría para cristalizar en una consigna. La enseñanza del marxismo auténticamente crítico cristalizó la tendencia contestataria en los estudiantes. En Nanterre se tendía en general a la represión, mientras que en el llamado Departamento de Sociología reinaba una atmósfera excepcionalmente abierta (...) Al principio del curso escolar 1967-1968, el señor decano me convocó para decirme: “Si ve un estudiante que enciende un cigarro en el aula, por favor, pídale su carnet de estudiante y rómpalo allí mismo”. Le contesté: “Señor decano, no soy un policía.” A partir de ese momento, las relaciones entre el Departamento de Sociología y las autoridades se deterioraron.

## Los acontecimientos franceses reflejan toda la situación internacional

*Política Obrera*, año II, nº 31, lunes 10 de junio de 1968.

El capitalismo francés hace rato que le viene vendiendo al mundo el tranvía de su estabilidad. Por esto mismo, se vanagloriaba de ser cada vez más una democracia. Frente a la devaluación de la libra esterlina y la crisis del oro mostraba la “solidez” del franco; frente a las huelgas en Inglaterra y a la lucha de las masas negras en EE.UU. mostraba un cuadro de “armonía” entre las clases.

Pero el imperialismo francés aparecía de este modo no por su vitalidad sino por el callejón sin salida en que la burocracia sindical y el Partido Comunista habían metido a la clase obrera. Hoy las reivindicaciones estudiantiles de democratización de la enseñanza y las reivindicaciones obreras por un aumento general de salarios, democratización política, restitución de derechos sindicales, restitución de los derechos de la seguridad social, etc., nos muestran que el capitalismo francés se había sostenido frente a la presión yanqui, y había encontrado su “solidez” mediante la represión política y sindical y mediante el estancamiento y reducción del nivel de vida de las masas. Detrás del ciclo económico en alza se reforzaron todas las tendencias reaccionarias del Estado imperialista y la superexplotación económica de los obreros.

El agravamiento relativo de la situación social en Francia es un reflejo de las tendencias a descargar sobre las masas populares la crisis mundial que se incubaba. La crisis financiera internacional ha obligado al capitalismo francés a incrementar su ritmo de superexplotación obrera para evitar la inflación y la devaluación de la moneda. Toda la mentada “solidez” del capitalismo francés puede medirse por el hecho de que la satisfacción del 13% de aumento pedido por los sindicatos obreros hubiera obligado a la devaluación del franco, que está respaldado por 6.000 millones de dólares en oro.

La agudización de la lucha de clases en Francia parece caída del cielo solo para los putschistas pequeñoburgueses que jamás se interesaron por los esfuerzos de la vanguardia obrera europea para independizarse de su propia burocracia. Por el contrario, los sucesos de Francia son solo el anuncio de una crisis similar en Europa y en los EE.UU., que la crisis económica internacional en desarrollo va a poner al día. El fracaso yanqui en Vietnam, la crisis sin salida del imperialismo en el mundo semicolonial y el parate de la expansión del capitalismo yanqui en su país y en Europa son los factores que preanuncian una extrema agudización de la lucha de clases. Francia muestra y enseña que esta agudización tiene, y debe tener, un carácter revolucionario.

## El trotskismo en el movimiento estudiantil (según un cronista)

Citado en Vidal Villa, José. *Mayo 1968*. Madrid, Bruguera, 1978.

Fruto de la crisis del PCF, reflejo de la desestalinización y de la inoperancia revolucionaria de los diversos partidos comunistas occidentales, los núcleos trotskistas minoritarios que habían mantenido viva la IV Internacional (...) van a ver revitalizadas sus correspondientes secciones con la afluencia masiva de jóvenes estudiantes, con un grado de combatividad elevado y una disposición a la acción muy superior a la de sus homólogos “comunistas” ortodoxos. Así, en 1961, aparece el Comité de Liaison des Etudiants Revolutionnaires (CLER), organización trotskista de la rama lambertista, ligada a la Organisation Communiste Internationaliste (OCI), sección adulta de este grupo. El CLER, tras una vida relativamente modesta, alcanza un amplio desarrollo en 1967-1968, llegando a poseer en dicho año cerca de 11.000 militantes. En abril de 1968, el CLER se transforma en Federation des Etudiants Revolutionnaires (FER) y con tal sigla intervendrá en los sucesos de mayo. A través de su órgano de prensa, *Revoltes*, los militantes del CLER se esfuerzan por realizar movilizaciones centrales de la juventud, desarrollar la lucha reivindicativa estudiantil y criticar la traición de los dirigentes y burócratas del PCF. En política internacional critican tanto a chinos

como soviéticos –por stalinistas– así como a los tercermundistas –*Che* Guevara o el FNL de Vietnam son pequeñoburgueses. Su punto de referencia principal es el programa de transición de Trotsky y su centro privilegiado de actuación la Union Nationale des Etudiants de France (UNEF), el sindicato estudiantil.

Con mayor vitalidad que el CLER y con una política marcadamente antiimperialista, la Jeunesse Communiste Revolutionnaire (JCR), surgida de una escisión en la Union des Etudiants Communistes (UEC) del PCF en 1966, y encabezada por Alain Krivine, Issy Joshua, Henri Weber y Daniel Bensaid, se entronca con otra ala del trotskismo –Frank y el Parti Communiste Internationaliste (PCI)– y tienen entre sus apoyos principales a la figura del comunista revolucionario belga Ernest Mandel. La JCR anima la lucha antiimperialista a través de la acción de los Comités Vietnam Nacional y ha logrado dar una imagen nueva a las movilizaciones estudiantiles, pasando del enfrentamiento verbal con la burguesía y las burocracias, a la acción directa y la puesta en práctica de nuevos métodos de lucha. En el terreno internacional, la JCR apoya sin vacilar la lucha de los pueblos por su liberación y critica la burocratización de los regímenes tanto chino como soviético. Asimismo, toma parte en la conferencia de Bruselas, el 11 y 12 de marzo de 1967, donde se reúnen organizaciones revolucionarias de todo el mundo, tales como el SDS alemán, el colectivo Falce-Martello italiano, la Jeune Garde Socialiste belga y otras, entre ellas los Etudiants Socialistes Unifiés (ESU), sección estudiantil del PSU francés, que también participará activamente en las jornadas de mayo (...). Será una de las organizaciones básicas en las jornadas de mayo. Su órgano de prensa es *Avantgarde Jeunesse*.



## La Sorbona recuperada

“An eyewitness account by a Libertarian Communist”,  
en *Marxists Internet Archive*.

Después de la orden emitida por Pompidou, la policía se retiró de la Sorbona, el lunes 13 por la mañana, y los estudiantes recuperaron el edificio. Pero ya no volvía la “normalidad” académica. La Universidad estaba tomada. Día y noche estaban ocupadas las aulas, las principales salas de conferencias, los pasillos y todos los rincones, por estudiantes y docentes que discutían y se organizaban para seguir la lucha.

En ese “volcán en erupción” que era la Sorbona, tal como lo definió un testigo de la época, pronto se estableció un orden de nuevo tipo. “Para el segundo día [de la ocupación] ya había aparecido un tablón de anuncios en la entrada que informaba sobre qué se discutía, y en qué lugar. Leí: “Organización de la lucha”, “Derechos políticos y sindicales en la Universidad”, “¿Crisis de la Universidad o crisis social?”, “*Dossier* de la represión policial”, “Autogestión”, “Ingreso irrestricto”, “Métodos de enseñanza”, “Exámenes”, etc. Otros salones de conferencias habían sido asignados a los comités de enlace obrero-estudiantiles, que pronto adquirirían gran importancia. En otros salones, se discutía sobre “represión sexual”, la “cuestión colonial”, “ideología y mistificación”. Cualquier grupo de personas que deseara discutir sobre

algo simplemente ocuparía uno de los salones de conferencias o algún aula más pequeña.

(...)

En el patio, la política (desaparecida durante una generación) reapareció con toda la fuerza. Brotaban puestos que vendían literatura. Aparecieron enormes retratos en las paredes: Marx, Lenin, Trotsky, Mao, Castro, Guevara. Incluso apareció Stalin (en un puesto maoísta) hasta que alguien les sugirió diplomáticamente a los camaradas que tal presencia no era muy bien recibida. (...) El patio de la Sorbona se había convertido en una gigantesca tienda revolucionaria, donde los productos más esotéricos ya no debían guardarse bajo el mostrador sino que podían ofrecerse abiertamente. Por todos lados había grupos de 10 ó 20 personas, en discusiones acaloradas, gente hablando sobre las barricadas, sobre la policía, sobre sus experiencias, pero también sobre la Comuna de 1871, sobre 1905 y 1917, sobre la izquierda italiana de 1921 y sobre Francia en 1936. Se estaba dando una fusión entre la conciencia de las minorías revolucionarias y la conciencia de nuevas camadas de personas, que entraban día a día al mundo de las discusiones políticas. Los estudiantes estaban aprendiendo en días lo que a otros les había llevado años. Muchos alumnos de secundaria llegaron para ver de qué se trataba todo. También fueron copados por la vorágine. Recuerdo a un chico de 14 años explicándole a un incrédulo hombre de 60 por qué los alumnos debían tener derecho a deponer a los profesores.

## **“Si alguien habla de revolución... no será un comunista.” Una extraordinaria caracterización del PCF**

En su número de junio de 1968, *Política Obrera* reprodujo en su periódico un artículo de *The Economist*, importante órgano de la burguesía inglesa, que caracterizaba el rol jugado por el Partido Comunista en los acontecimientos que tenían lugar en Francia.

Una revolución moderna ha de coincidir con una situación revolucionaria y un partido u organización dispuesto a tomar el poder. En la Francia paralizada, la situación tiene visos de revolucionaria, pero el partido que siempre enarboló la bandera revolucionaria no da señales de ir a las barricadas.

Los comunistas se han subido al vagón de los rebeldes, pero lo han hecho para poner los frenos. No es que el Partido Comunista Francés quiera mantener en el poder al general De Gaulle y a su régimen, sino que está usando un arma revolucionaria –huelga general e ilimitada– para conseguir un objetivo parlamentario: la formación de un gobierno de frente popular.

(...)

Después de las manifestaciones multitudinarias del lunes anterior, los trabajadores jóvenes de la fábrica Sud-Aviation de Nantes se habían apoderado de los talleres. Pero el movimiento obrerista no alcanzó ímpetu hasta el 16 de mayo, cuando quedaron ocupadas las fábricas de automóviles Renault.

Esta vez, ya no era el París rojo frente a las provincias conservadoras. Las huelgas se extendieron con más rapidez en el

oeste de Francia, en donde el descontento entre los trabajadores es más pronunciado. La disparidad no fue geográfica, sino entre generaciones. En todas partes los trabajadores jóvenes tomaron la iniciativa y fueron seguidos por los mayores.

Una vez más, los comunistas se vieron desbordados por los acontecimientos. Pero esta vez reaccionaron rápidamente. El mayor de los sindicatos franceses, la CGT, dominada por el Partido Comunista, se puso inmediatamente en contacto con el sindicato católico, la CFDT. Luego envió instrucciones a sus militantes para que apoyasen el movimiento, incluidas las ocupaciones de fábricas, pero limitando las demandas a la tradicional fórmula de salarios más elevados, menos horas de trabajo y la abolición de las impopulares ordenanzas sobre seguridad social. (...)

Cada vez que, en estos días, se oye a alguien en la radio francesa vituperando contra los “aventureros” puede darse por supuesto que el destinatario de la crítica es Daniel Cohn-Bendit o algún otro estudiante izquierdista. En cambio, ya no es fácil adivinar el color político del atacante: puede ser un gaullista o un comunista. Por otra parte, si alguien habla de revolución, cambios estructurales o “sociedad socialista”, puede darse por supuesto que no será un comunista.

## Los autores

### Pablo Rieznik

Economista. Profesor titular de la Universidad de Buenos Aires (UBA) desde hace más de dos décadas. Ha publicado numerosos trabajos en revistas del país y del exterior, donde desempeñó su actividad profesional. Es autor de *Endeudamiento externo y crisis mundial; el caso de Brasil*, editado por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (1986) y de *Marxismo y Sociedad* (EUdeBA, 2000). Más recientes son sus libros *Las formas del Trabajo y la Historia -Una introducción al estudio de la Economía Política-* (Biblos, 2003); *El mundo no empezó en el 4004 antes de Cristo -Marx, Darwin y la ciencia moderna-* (Biblos, 2005); *La Revolución Rusa en el siglo XXI* (en coautoría; Rumbos, 2008); y *Un mundo maravilloso -Capitalismo y Socialismo en la escena contemporánea* (en coautoría; Biblos, 2009). Es militante del sindicalismo docente universitario y dirigente del Partido Obrero.

### Pablo Rabey

Profesor de Antropología graduado en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Actualmente se desempeña como docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Ha publicado dos libros en coautoría *La Revolución Rusa en el siglo XXI* (Rumbos, 2008) y *Un mundo maravilloso -Capitalismo y Socialismo en la escena contemporánea* (Biblos, 2009). Es militante del sindicalismo docente universitario y miembro del Partido Obrero.

## Lucas Poy

Profesor de Historia graduado en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Actualmente se desempeña como docente en las Facultad de Filosofía y Letras y de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y como investigador del CONICET. Ha publicado dos libros en coautoría: *La Revolución Rusa en el siglo XXI* (Rumbos, 2008) y *Un mundo maravilloso –Capitalismo y Socialismo en la escena contemporánea* (Biblos, 2009). Es militante del sindicalismo docente universitario y miembro del Partido Obrero.

## Daniel Duarte

Profesor de Historia, graduado en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Actualmente se desempeña como docente en las Facultad de Filosofía y Letras y de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y como investigador del CONICET. Ha publicado dos libros en coautoría: *La Revolución Rusa en el siglo XXI* (Rumbos, 2008) y *Un mundo maravilloso –Capitalismo y Socialismo en la escena contemporánea* (Biblos, 2009). Es militante del sindicalismo docente universitario y miembro del Partido Obrero.

## Diego Bruno

Profesor de la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) en la materia Historia de los Sistemas Económicos “B”. Realiza actualmente la tesis de licenciatura en Filosofía en la misma facultad. Es militante del sindicalismo docente universitario y miembro del Partido Obrero.

# Índice

<b>Prólogo</b>	
Días que también conmovieron al mundo	5
<b>Primera parte</b>	
<b>Capítulo 1</b>	
El lugar histórico del '68	11
<b>Capítulo 2</b>	
Mayo Francés, crisis mundial, intelectuales y clase obrera	17
<b>Segunda parte</b>	
<b>Capítulo 3</b>	
¿Francia se aburre? El mito del mayo "imprevisto"	27
<b>Capítulo 4</b>	
De Nanterre a París: así arrancó el Mayo Francés	33
<b>Capítulo 5</b>	
Arde París	41

<b>Capítulo 6</b>	
La huelga general y la cuestión del poder	51
<b>Capítulo 7</b>	
Punto de viraje	63
<b>Capítulo 8</b>	
Junio: el gobierno y la burocracia desarman la huelga general	69
<b>Capítulo 9</b>	
¿Qué balance?	81
<b>Tercera parte</b>	
<b>Capítulo 10</b>	
Detrás de la cortina de hierro	89
<b>Capítulo 11</b>	
Praga en primavera	97
<b>Capítulo 12</b>	
Las 2.000 palabras del verano	103
<b>Capítulo 13</b>	
Diplomacia secreta quince días antes de la invasión	109
<b>Capítulo 14</b>	
La burocracia decide mandar los tanques a Praga	115
<b>Capítulo 15</b>	
La invasión y su fracaso	121
<b>Capítulo 16</b>	
Dubcek pacta en Moscú terminar con la Primavera de Praga	131
<b>Anexo</b>	
La lucha popular en los Estados Unidos de los '60 y la Ofensiva del Têt	137
<b>Apéndice documental</b>	
Los ciento cuarenta y dos se abren paso	161



Henri Lefebvre: "Yo no soy un policía"	163
Los acontecimientos franceses reflejan toda la situación internacional	165
El trotskismo en el movimiento estudiantil (según un cronista)	167
La Sorbona recuperada	169
"Si alguien habla de revolución. . . no será un comunista."	
Una extraordinaria caracterización del PCF	171
<b>Los autores</b>	<b>173</b>

1968. Un año revolucionario aborda la quiebra del orden político y económico de la segunda posguerra. Sus protagonistas son las masas explotadas de obreros y estudiantes movilizadas en una revuelta “global” que sacudió los pilares del orden establecido luego de los acuerdos entre el imperialismo y los burócratas del Kremlin en las conferencias de Yalta y Potsdam. 1968 puso de manifiesto el carácter mundial de la lucha de clases como reflejo de la naturaleza del modo de producción capitalista. El libro que presentamos está basado en un conjunto de artículos que, a lo largo de 2008, fueron publicados en el semanario *Prensa Obrera*, con el objetivo de recordar el cuadragésimo aniversario de ese año revolucionario pero, sobre todo, de plantear la vigencia histórica de esos acontecimientos decisivos y poner de relieve las enseñanzas que brinda para los luchadores del nuevo siglo.

Los autores integran la cátedra Historia de los Sistemas Económicos, a cargo de Pablo Rieznik, en la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

